

De academias y subterráneos

Laboratorios de tortura del Chile escondido

Guillermo Teillier

De academias y subterráneos

Laboratorios de tortura del Chile escondido

Guillermo Teillier del Valle (1943) ha sido un activo participante de la política chilena en los últimos cincuenta años. En 1958 ingresó a las Juventudes Comunistas de Chile, de las que llegó a ser miembro del Comité Central y secretario regional de «*la Jota*» en Temuco y Valdivia. A partir del golpe de Estado de septiembre de 1973, pasó a la clandestinidad, condición en la que vivió durante más de quince años.

En 1974 se desempeñó como secretario regional del Partido Comunista (PC) en la ciudad de Concepción, cuando la represión contra el partido y contra la izquierda en general se hacía cada vez más fuerte. En junio de ese año es detenido en Santiago y torturado por seis meses en los subterráneos de la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea. Permaneció por diecisiete meses detenido en distintos centros construidos especialmente para presos políticos en Ritoque, Puchuncaví y Tres Álamos.

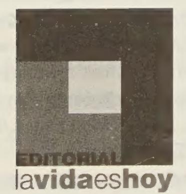
Junto a otros dirigentes, se mantuvo en el país con el objetivo de recomponer la dirección del Partido Comunista en Chile y desde 1978 forma parte de su Equipo de Dirección Interna (EDI). Entre 1983 y 1987, fue encargado de la Comisión Militar del PC, tarea desde la cual le correspondió impulsar la Política de Rebelión Popular de Masas, y ser el nexo con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), que lideró la resistencia armada a la dictadura. En 1988, como miembro de la Comisión Política del PC, desempeñó diversos cargos. En 2002 fue elegido secretario general de su colectividad. Desde el año 2005 —tras la muerte de Gladys Marín— es presidente del Partido Comunista de Chile (PCCh) y desde el 2010 diputado por el distrito 28, correspondiente a las populares comunas de Lo Espejo, Pedro Aguirre Cerda y San Miguel, de la Región Metropolitana.

Además del libro *De academias y subterráneos*, ha escrito *Carrizal o el año decisivo*, donde relata el proceso de internación de armamento en la III Región de Atacama, hecho del que también fue protagonista.

De academias y subterráneos

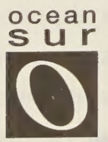
Laboratorios de tortura del Chile escondido

Guillermo Teillier



lavidaeshoy

ocean sur



una editorial latinoamericana

ISBN: 978-1-921700-50-7
Library of Congress Control Number: 2012931744

Primera edición 2012
Impreso por Asia Pacific Offset Ltd., HK

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

México: Orión 145-PB, Prado Churubusco Coyoacán, 04200, México D.F.
E-mail: mexico@oceansur.com • Tel: 52 (55) 5421 4165
EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com
Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com
El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com
Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR
Argentina: Distal Libros • Tel: (54-11) 5235-1555 • E-mail: info@distalnet.com
Australia: Ocean Press • E-mail: info@oceanbooks.com.au
Bolivia: Ocean Sur Bolivia • E-mail: bolivia@oceansur.com
Canadá: Publisher Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • E-mail: customerservice@raincoast.com
Chile: Editorial La Vida es Hoy • Tel: 2221612 • E-mail: lavidaeshoy.chile@gmail.com
Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavivacol@gmail.com
Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com
EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com
El Salvador y Guatemala: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com • Tel: 2235-7897
España: Traficantes de Sueños • E-mail: distribuidora@traficantes.net
Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com
México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com
Paraguay: Editorial Arandura • E-mail: arandura@hotmail.com
Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com
Uruguay: Orbe Libros • E-mail: orbelibr@adinet.com.uy
Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com



Nota editorial

Luego de casi veinte años de su primera publicación, las editoriales Ocean Sur y La Vida es Hoy han decidido reeditar la novela *De academias y subterráneos* del profesor, escritor, actual diputado y presidente del Partido Comunista de Chile, Guillermo Teillier.

Como todo libro, *De academias y subterráneos* no escapa de su tiempo y su contexto. Publicado en los inicios de la democracia tutelada chilena y cuando aún los horrores de la dictadura se sentían en cada espacio, la obra se constituyó en una herramienta para la búsqueda de la verdad y justicia. Como ejercicio crítico, el rescate de la memoria aparecía como una tarea fundamental en un momento en que los chilenos se encaminaban a reconstruir una sociedad diezmada social y culturalmente. Actualmente, el contexto de Chile y América Latina impone nuevos desafíos de transformación en los que esta novela cumple un rol relevante.

Por una parte, la juventud, luego de décadas de luchas subterráneas, ha emergido como un actor clave en los procesos de transformación social. Las multitudinarias movilizaciones sociales que han encabezado los jóvenes chilenos para conseguir un cambio estructural en el modelo educativo son prueba de ello. En este contexto, *De academias y subterráneos* cumple un rol formativo de nuestro pasado reciente para esta nueva camada de revolucionarios y tejedores de utopías. El reconocimiento de los horrores del pasado es condición intrínseca para cambiar el futuro y, por lo mismo, la con-

dena de las atrocidades ocurridas durante la dictadura militar son condición fundamental para los nuevos tiempos.

Por otro lado, la novela es una nítida descripción del *ethos* comunista que, ya a 100 años de existencia, busca rescatar y reconocer lo mejor del ser humano, aún en los momentos más adversos. La fortaleza de la voluntad, la capacidad de sobreponerse y la solidaridad a toda prueba se revelan en este texto como valores sublimes, aún en aquellos momentos en que el cuerpo se encuentra prisionero.

Finalmente, *De academias y subterráneos* es un ejemplo, vívido y feraz de nuestra historia reciente, en parte desconocida para muchos chilenos y latinoamericanos. A casi cuarenta años del trágico 11 de septiembre de 1973, el ejercicio de la memoria aparece no solo como una necesidad para la historia, la justicia y la verdad, sino como una condición de existencia de las propias sociedades. Como latinoamericanos, nuestro deber para construir el futuro implica reconocer y reconstruir el pasado, para aprender de nuestras alegrías y tristezas.

Los editores

Al lector

Dostoievski describió al hombre del subterráneo, aquel que se propone romper el vínculo con el mundo, porque lo considera el absurdo de los absurdos.

De academias y subterráneos, por el contrario, es la odisea del hombre que existe en función del destino de sus hermanos.

En esta primera novela publicada por Guillermo Teillier no se habla de la Academia de la Lengua sino de la Academia de la Guerra Interna, con sus oscuros laboratorios de tortura donde se trata de pulverizar al ser humano, invocando una razón de Estado.

Es un viaje al rescate de la memoria, una travesía por el Chile escondido o soslayado conforme a la doctrina del silencio y del olvido y so pretexto de «mirar al futuro». La amnesia se erige en elemento de la «modernidad» y en garantía de la impunidad.

He aquí un testimonio desobediente, que narra con claridad lo sucedido. No se trata de un documento político ni de un ensayo sobre la crueldad, sino el relato fluido, directo, de los hechos que nos conmocionaron a partir del 11 a través de una experiencia individual y colectiva. Lo cuenta un hombre que vive y siente en primera persona en toda su intensidad la situación límite.

Pocas novelas tan veraces, tan claras, tan válidas por su contenido, por su forma limpia y despejada, literaria sin pretensiones ni artificios.

Fernando es uno y muchos, un exponente singular y representativo a la vez de esa humanidad que se juega la vida en años terribles.

El protagonista tiene mucho más que contar y esperamos que lo siga haciendo, porque posee buen pulso de narrador.

Cubrir tantas lagunas del olvido es también un tema y una tarea de la literatura chilena contemporánea.

Volodia Teitelboim

I

Aunque Fernando había caído atrapado en una situación difícil, que le exigía permanecer atento y concentrado, sintió la necesidad de memorizarla reviviendo todo. Pocos días atrás, un enlace había llegado a Concepción.

—«Vengo por los fletes del norte» —se hizo anunciar un hombre de mirada ansiosa, que escudriñaba por el hueco de una puerta entreabierta. Había tenido mucho cuidado de mencionar el santo y seña, una formalidad vital de los viajeros del silencio.

—¿Ah? ¡Oh, sí, sí! ¿Qué tal? Pero «lo único que tengo es pescado para llevar» —surgió la voz desde el interior misterioso.

Recién entonces, mostrando cierta expresión de alivio, el enlace que venía desde Santiago, penetrando a la «casa-bajada», saludó a su morador.

—¡Muy buenos días, compañero! Yo soy Chumingo, ¿cómo están por aquí?

—Mal, ¡puh! —respondió Rosendo, un tipo moreno, de cara aceitunada, ya pasado en años, que tenía dificultades para caminar pues era zambo—. Nos acaban de agarrar a tres compañeros y no sabemos dónde están. Pero, pase, pase, tomaremos desayuno y si quiere puede darse un baño con agua caliente.

Sería muy conveniente, pensó Chumingo. En ese mes de junio de 1974 hacía bastante frío y para él, que recorría gran parte del país en condiciones muy precarias, no era usual encontrarse con tal posibilidad.

Casi al anochecer, Rosendo trasladó a Chumingo a una casa de seguridad, donde debía conversar con un dirigente del Comité Regional. Se encontró con un tipo flaco, medio agringado, que por toda presentación le dijo:

—¡Hola, compañero! Yo soy Fernando, mucho gusto.

La casa de seguridad era una farmacia, su propietario, un joven de pelo colorín, que lucía pálido y muy pulcro con su delantal blanco, los acomodó en una habitación, les ofreció café, un «traguito» si querían y algo para picar. Fumaban cigarrillo tras cigarrillo, mientras Chumingo le transmitía a Fernando las novedades: un largo recuento acerca de los presos, los fusilados, los desaparecidos, los que partían al exilio. Minuto a minuto, angustia tras angustia él fue interiorizándose de la suerte acaecida a muchos conocidos, amigos, compañeros. Le dolió sobremanera saber que estaba desaparecido Santiago, un empresario de Osorno que era el gobernador de La Unión. Según lo que narraba Chumingo, lo habían secuestrado los carabineros. Lo sentía como un camarada, un amigo sincero, una persona incapaz de hacerle daño a nadie. La Iglesia Católica y también algunas protestantes hacían esfuerzos por defender la vida de miles de seres humanos cuya suerte pendía de un hilo.

—El Cardenal está al frente de todo esto —dijo cabizbajo en un susurro—, a lo largo del país hay que ponerse de acuerdo con los curas y organizar la defensa de la vida de los presos.

Bajo el cobijo de parroquias e iglesias y en medio de estas dificultades, los trabajadores se reunían de manera clandestina, creando diversas formas de coordinación. El Partido Comunista estaba reorganizado a través de todo el país. Su dirigencia opinaba que la presión internacional, especialmente las resoluciones de las Naciones Unidas, debía frenar el genocidio que la Junta Militar perpetraba en Chile. Había una esperanza remota de que se produjeran diferencias en la cúpula del Ejército; se rumoreaba de una conversación entre un expresidente de la República y un general de Ejército, en

la que este último habría planteado la idea de cambiar rumbo al regimen militar y producir un acercamiento con civiles proclives a la democracia cristiana y a la derecha.

Chumingo transmitió a Fernando la resolución de la directiva clandestina, para realizar una reunión nacional de secretarios regionales, que se llevaría a cabo en pequeños grupos, «cortados» (desconexos) unos de otros, a fin de precaverse ante los servicios de seguridad de la dictadura. Uno de los objetivos: discutir la forma de elevar la resistencia y organizar alguna expresión de lucha de masas, que ayudara a revertir la situación. Fernando meditó en silencio. No le parecía un momento ideal. Si bien era cierto que la estructura partidaria estaba reconformada, todavía resultaba muy débil.

—Es complicado, hace una semana detuvieron al encargado de organización del Comité Regional, que andaba con papeles y direcciones. No sabemos si esos papeles cayeron o no, creo que es un peligro que yo vaya a Santiago.

Chumingo insistió:

—Es preciso ir. Compañeros presos van a haber siempre, no podemos detener la organización por ello. Hay que tomar medidas para que llegues limpio a Santiago. Y eso tiene que hacerse esta semana. —No podía soslayarse el carácter perentorio de la resolución.

Fernando no se convencía, sin embargo resolvió prepararse. Pensó que por seguridad haría mejor el viaje en tren, con un «acompañante» que observaría desde cierta distancia sin tomar nunca contacto directo con él. Le consiguieron unos papeles que lo acreditaban como vendedor de una empresa, no era mucho, pero al menos se sentía más confiado. Subiría al convoy, no en Concepción mismo, sino en una estación intermedia.

Largo se le hizo el viaje. No podía evitar un gran nerviosismo. Se sentía observado, seguido. Solo lograba cierta tranquilidad cuando su mirada se cruzaba con la de su «acompañante». En algún momento

se quedó dormido; al despertar ya estaba en la capital, más relajado y dispuesto a seguir adelante, sin ningún tipo de vacilación, pero al descender del tren y mientras salía de la Estación Central tiritaba entero, calado por el frío cordillerano que siempre sorprende a los viajeros del sur, más aún cuando sus nervios contribuían a tal efecto. Lo confundían el murmullo de tantas voces, el ajetreo de maleteros y taxistas, y el ruido ensordecedor que emanaba desde la calle repleta de vehículos motorizados.

Sufría de una evidente desorientación. Había soldados que, fusil en ristre, observaban a los que salían del recinto ferroviario. Pensó que debía calmarse cuando la adrenalina vertida en su sangre lo impelía a escapar en forma atolondrada. Su «acompañante» lo tranquilizó de nuevo; pasó junto a él casi rozándolo, era la señal para que lo siguiera. Lo dejó justo en el paradero de microbuses, allí esperó hasta que descubrió uno con el número indicado. Después de hacer una venia —que significaba un hasta luego— desde cierta distancia a su protector, se encaramó al microbús que lo dejaría a pocos pasos de la casa donde tenía que llegar.

Es cerca de la empresa Sumar —le habían señalado como referencia—. Al bajarse del transporte colectivo, debía caminar todavía unos trescientos metros. Era temprano y avanzó con cierta calma. Sentía alguna flojedad en las piernas. Una cuadra antes de llegar al domicilio buscado, le llamó la atención la presencia de una vieja camioneta en *panne*, la que pretendían hacer partir unos cinco jóvenes vestidos con camisas azules, *blue jeans* y zapatillas. Sentía un cosquilleo, como un golpe instintivo, una advertencia sobre algo inusual, pero no detuvo su camino. Pasó a comprar cigarrillos en un pequeño negocio, como un preámbulo, antes de sumirse en el mundo clandestino.

Golpeó a la puerta con los nudillos entumecidos, casi conteniendo la respiración. Salió una mujer de edad mediana.

—¿Qué se le ofrece?

—Señora, ¿aquí es donde venden chalecos de lana angora?

—Ah... Sí, sí...

—¿Y cuánto valen?

—Bueno, eso depende del color, ¿usted quiere uno?

—Sí, quiero uno azul.

—Entonces pase, por favor —invitó la mujer.

Fue el primero en llegar. La mujer casi no dijo nada. Le sirvió el desayuno en silencio. Decidió afeitarse, mientras esperaba. Era reconfortante sentir el agua tibia en la cara y la pequeña maquinilla rasurando su barba trasnochada. Dormitó un poco. Repentinamente se abrió la puerta que daba al patio y entró un individuo joven que pasó hacia la cocina llevando unas ramas de parra, sin tampoco decir nada. Al poco rato volvió a salir.

—¿Quién es este?

—No se preocupe, compañero —respondió la mujer—. Es un jardinero, un joven de confianza del barrio, pero se irá luego.

Pasaron dos largas horas antes de que alguien golpeara a la puerta. Escuchó Fernando el consabido santo y seña. Entró un hombre maduro, cojeaba de una pierna. Se saludaron de mano en forma efusiva, no se conocían.

—Yo soy Juan, de Bío-Bío —dijo el recién llegado.

Una hora antes tenía que haber hecho su arribo otra persona, que definitivamente no llegó. ¿Qué habría pasado con él? ¿Estaría preso o sencillamente no viajó a Santiago? Quizá nunca resolverían esta incógnita.

A la hora siguiente llegó el personaje principal, José, un hombre calmo de unos 45 años, dirigente nacional. Saludó a ambos con afecto.

—Debemos esperar al compañero de la dirección —advirtió un poco tartamudo—, pero podemos iniciar la conversación.

Entraron en materia de inmediato, iniciando el recuento de lo que ocurría en Concepción y Bío-Bío. Quien no había llegado era

el secretario de Talca. Fernando dio a conocer sus aprensiones respecto a la oportunidad de su viaje y a esta reunión, pues la consideraba un riesgo demasiado grande.

—Los milicos no conocen todo, ni a toda la gente —lo tranquilizó José—, tenemos que actuar ahora.

En un momento la dueña de casa avisó que salía a comprar al negocio de la esquina. Al poco rato dieron golpes a la puerta. Fernando fue a abrir, convencido de que la señora regresaba o el personaje que faltaba había arribado. Sufrió una sorpresa grande, dos tipo jóvenes lo saludaron.

—Somos de la Fiscalía de Aviación Militar —dijo secamente uno de ellos, de cara morena, pelo corto y bigotes pequeños.

—Venimos a ver la casa —agregó el otro, un flaco cara pálida— andamos en una investigación especial. Fernando sospechó de inmediato que algo se les venía encima.

—La dueña de casa no está, así que tienen que esperar su regreso.

Dicho esto cerró la puerta con firmeza. Aceleradamente le dijo a José de qué se trataba:

—Estamos jodidos, hay que destruir los papeles. —Se tragó un par de papeles muy pequeños, que contenían direcciones y teléfonos.

—Tranquilos, tranquilos —argumentó José—, no hay que ponerse nervioso, actuemos con tranquilidad, puede ser algo de rutina —al parecer, lo poseía una calma muy grande. Su serenidad contrastaba con el sobresalto de Juan cuyo rostro se tornó pálido y crispado.

La puerta resonó ahora con violencia. Fernando, ante una seña de José, acudió a abrir con suavidad. Apenas hizo esto, sintió que un revólver le apuntaba al pecho. Como un celaje pasaron unos tipos por su lado que encañonaron a los otros dos.

—¡Todos los maricones con las manos arriba!

—¡Las manos arriba! —gritaban.

Fernando reconoció a los mismos jóvenes de la camioneta en *panne*, también al jardinero. Brutalmente fueron arrinconando a los tres clandestinos con las manos en alto en una pieza interior, donde uno de los asaltantes se quedó apuntándoles con su arma y no los perdía de vista. Otro estableció contacto por radio dando cuenta del éxito de la operación:

—¡Esperen y no se descuiden! —respondió una voz metálica.

—Como usted lo diga, sargento.

José trataba de alcanzar algo del bolsillo de su camisa. El esfuerzo era inútil.

—Señor, por favor, estoy enfermo.

—Y a mi qué, cagaste no más.

—Señor, por favor, necesito ir al baño.

—Ya te lo dije, cagaste y te mandó saludos.

—Pero señor, comprenda, estoy enfermo.

Uno de los aprehensores, pareció compadecerse:

—Bueno, pobre gallo, es la última vez, aprovéchala. ¡Vamos!

Cuando José regresó del baño se quedó tranquilo. El bolsillo de la camisa ya no lo atormentaba.

Cerca del mediodía entraron dos hombres más a la casa, que ordenaron a los jóvenes que salieran al patio interior y esperaran. Pronto se sintieron golpes en la puerta, uno de los hombres abrió, apareció una mujer menuda, cubierta por un largo abrigo, su pelo corto y rubio deslavado y unos lentes juveniles le otorgaban un aire de niña. En una bolsa portaba unas botellas de vino, un pollo asado, pan y otros comestibles. Trabajosamente traía también una torta.

—Adelante, compañerita —invitó amablemente el hombre vestido de un elegante traje azul oscuro—, pase. Le recibió los paquetes y le ofreció asiento. La joven, que no veía bien tras los gruesos cristales, sentía seguramente una gran sorpresa, pero saludó a los hombres.

—¿Trajo los documentos? —preguntó el otro militar.

—Sí, sí —contestó la joven—, están en la torta.

—Ah, en la torta, que bien —rió casi con burla uno de los tipos—, veamos qué nos trae la compañerita —dijo sacando con mucha delicadeza los papeles desde la base de la torta.

—Carnés del partido y cotizaciones, qué bien, qué bien. Una proclama contra la junta —todo esto lo decía en voz alta— y un documento sobre el trabajo clandestino de los comunistas alemanes. ¡Fantástico!, ¡la felicito, compañerita! —Luego invitó—: puede ponerse cómoda porque esperaremos un rato a otros compañeros.

La joven se paró, nerviosa ojeó a su alrededor poco a poco hasta que le vino, como un mazazo, un violento espasmo, cuando su mirada se cruzó a través de la puerta abierta con la de los prisioneros de la pieza contigua. Su asombro fue intenso, se le dilataron las pupilas con expresión de pánico y fue retrocediendo hasta caer desmayada contra la pared.

Transcurrió algún tiempo, el suficiente para que los agentes engulleran el pollo asado y se bebieran casi todo el vino. En eso estaban, cuando un zumbido radial y voces metálicas les hicieron suponer a Fernando y a los demás prisioneros, que tal vez un jefe los había llamado. De inmediato retiraron los restos de alimento y reordenaron la habitación. Los tres hombres y la mujer joven, ya recuperada, permanecían esposados en la pieza contigua. Llegó un individuo un poco gordo, que parecía ser el jefe, seguido de un séquito de hombres armados. Destacaba en él su cabeza calva y una mirada penetrante, vivaz y cruel, de sus ojos grises. Miró a cada uno de sus prisioneros, y se detuvo frente a José:

—A usted lo conozco, me parece que del Estadio Nacional —luego, volviéndose a los subalternos, ordenó—: A este me lo separan, es un pez gordo, aunque no tanto como el que ya tenemos. Y también a este —añadió señalando a Fernando.

A Fernando le pusieron el abrigo al que previamente le habían roto los bolsillos por el interior, para que las esposas no se notaran.

Los sacaron a la calle sin ningún escándalo, nadie sospechaba que iban detenidos. Los subieron a un Datsun de color azul impecable. A José, en el asiento delantero, lo encajaron entre el chofer y un agente y lo manearon de pies y manos, como a un borrego, poniéndole, además, esposas que aseguraban agarrándolas de un fierro del vehículo. En la parte trasera pusieron a Fernando con su mano izquierda sujeta a la manija de la puerta. Junto a él se sentó uno al que le decían «mi coronel», quien sostenía una pistola cuyo cañón afirmaba en el costado del prisionero.

Atravesaron casi todo Santiago antes de llegar a la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea en la avenida Las Condes. El día lucía soleado y la cordillera de los Andes se veía clara, espléndida, casi instalada en pleno barrio alto; no terminaba de admirar tanta belleza cuando poco antes de ingresar al recinto, los hicieron agacharse y los taparon con una frazada.

—Cuidado con los sapos —alertó el coronel.

Varios uniformados se encontraban en los jardines de la Academia, ninguno vio nada. El auto se detuvo en la parte posterior del edificio, solitaria y fría. Hicieron descender primero a José. Había soldados armados esperando. El civil algo gordo y calvo que parecía ser el jefe le espetaba algo a José. Desde el auto no se oía nada. El coronel le ordenó a Fernando que mirara hacia otro lado.

Fernando bajó del automóvil con cierta calma tensa. El coronel lo guiaba firmemente poniendo una mano en su hombro. Allí estaba un tipo de mediana estatura, de civil, al que el coronel llamó «comandante».

—Ah, usted es Fernando, ¿cómo está?

Fernando trató de decir algo, pero en el colmo de la estupidez solo atinó a farfullar, estoy bien. Era algo increíble. Observó cómo a José ya lo introducía por una puerta lateral del edificio, el de los ojos grises. Fue la última vez que vio a José, antes de que desapareciera.

—Bueno, bueno —había vuelto a dirigirle la palabra, cual si lo conociera—, vas a usar desde ahora esta cosa, no te asustes, es solo rutina. En seguida sacó de su bolsillo un paño verde con cuatro tiras y se lo puso en la cara al prisionero, como una venda que tapaba desde su frente hasta su barbilla amarrándola por detrás de la cabeza. Casi con amabilidad le ordenó:

—Ahora vas a caminar por donde yo te diga: de frente, maaar —esto último, con suavidad.

Dio un paso y se quedó quieto, presintiendo un abismo bajo los pies, que le helaba la sangre.

—Adelante —le susurró el de civil, pero siguió quieto, envarado.

Entonces el coronel, que lo había traído amarrado en el auto con un cañón de pistola afirmado entre sus costillas, le gritó:

—¡Anda, huevón! —y le dio un empujón.

Con el estómago encogido y arrastrando los pies comenzó a caminar. Derecho, le indicaban: ¡A la izquierda! ¡Cuidado, hay unos peldaños! ¡Alto, a la derecha!

Después de ingresar al edificio, bajó una interminable escalera que giraba tres veces. Avanzó por lo que presumía un pasillo. Sentía un ruido, semejante al de una caldera que se hacía más y más cercano y amenazante. Cuando estaba casi encima del siniestro ronroneo de máquinas y de hervores de líquidos, escuchó otra vez la voz de mando:

—¡Alto! Hay un tablón, camina por el tablón.

Sentía que iba caminando sobre el ruido al pasar por un tablón bamboleante. A esa altura sudaba entero, imaginándose que caería sobre agua o aceite hirviente.

—Derecho, no te vayas a caer —insistía la voz, que no dejaba de tener un tono de burla cruel, mientras el prisionero se debatía en la incertidumbre.

La constreñida imaginación, que al principio le había hecho exclamar un extraño «estoy bien», ahora trabajaba aceleradamente tratando de desentrañar los misterios que lo atenazaban. Por delante solo avizoraba un peligro creciente para su existencia. Una terrible indefensión, una humillante dependencia. Cuando pareció salir del suplicio del tablón y ya caminaba nuevamente por tierra firme, lo asaltó un olor asfixiante, mezcla de excremento humano y sudor ácido. Mucho más tarde comprendería por qué los oficiales andaban tan pasados a perfume y a colonia.

Los pasos y las voces despertaban un cierto eco y debido a ello pensó en un espacio más amplio. No sin razón lo supuso un gran pasillo o un *hall* extenso. Contó unos treinta pasos, antes que le dijeran nuevamente: ¡Alto! Una radioemisora sonaba fuerte, «La Santiago», y transmitía un programa de música romántica; en ese instante una voz melodiosa entonaba un bolero. Allí se quedó parado, sin que nadie le dijera nada.

Pasó mucho tiempo, de pronto unas horribles ganas de orinar lo acuciaron. Alguien iba y volvía por su lado, en forma regular; se imaginó a una persona calzada de botas con hebillas o estoperoles en los tacos, que sonaban rítmicamente. Tiempo después pudo darse cuenta cabal. Aquel ritmo lo ponía el fusil al hombro del soldado, que con su ir y venir lo hacía chocar con las piezas metálicas del correaje sustentador del arma. Así se producía un ruido común a todos los guardias, apodados «Móviles», para diferenciarlos de los destinados a un punto fijo en las celdas.

—Señor, por favor, necesito orinar —le dijo al de los pasos rítmicos.

—¡Silencio, muñeco! —respondió este y siguió como si nada. Paciente, esperó unas cinco pasadas más.

—Señor, necesito orinar —imploró, un dejo de premura en la voz.

—Silencio, muñeco. Si no guardas silencio, te irás castigado, última advertencia —y le pegó un tremendo fierrazo en un pie con la punta del fusil. El golpe fue tan repentino y violento, que el grito de dolor le salió con cierto retardo.

—Por qué me pega si necesito orinar —lo increpó indignado Fernando. Como respuesta, un nuevo fierrazo, ahora en las costillas. Doblándose, cayó al suelo.

—¡Párate, huevón! —ordenó el Móvil, al mismo tiempo que lo pateaba. A duras penas, se irguió y guardó silencio, gimiendo despacio. Ya no dijo nada más, mientras la vejiga le crecía perentoriamente. Una hora o dos más tarde, vino alguien que lo tomó del cuello y lo llevó a algún lugar del recinto.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó una voz.

—Porque me detuvieron.

—Me detuvieron, SEÑOR —replicó la voz—. SEÑOR, ¿oíste? —recalcó.

—Porque me detuvieron, SEÑOR.

—Bien, bien... y ¿por qué te detuvieron?

—Lo ignoro, señor —balbuceó Fernando.

—¿Cómo que ignoras? ¿Acaso no sabes qué estabas haciendo?

—Nada, señor, nada.

—Bien, bien... y tú, ¿de dónde eres?

—De Concepción, señor.

—De Concepción, eh. Entonces, ¿qué hacías en Santiago?

—Andaba en negocios, señor.

—Bien, bien, en negocios, y ¿cuántos hijos tienes?

—Dos, señor.

—Dos eh... y ¿son pequeños?

—Pequeños, señor.

—Y los quieres mucho.

—Mucho, señor.

—Y, ¿dónde están tus hijos?

—En el sur, señor.

—En el sur, estás seguro —recalcó la voz.

—Bueno, sí, señor —afirmó Fernando.

—Bueno, si los quieres ver de nuevo, tienes que portarte bien, ¿oíste?

—Sí, señor.

—Tienes que cooperar, ¿oíste?

—Sí, señor.

—¿Dónde te detuvieron?

—En Santiago, señor.

—¿En qué dirección?

—No sé, señor.

—¡Cómo que no sabes!

—No me acuerdo de la dirección, señor.

—¿Y qué hacías en ese lugar?

—Estaba de visita, señor… por negocios.

—Por negocios eh. ¿Y conocías a las otras personas, que estaban allí?

—No, señor, no las conocía.

—No las conocías eh… ya veremos, gallito, cómo te portas.

Tras anotar sus datos y prontuariarlo, un par de personas le sacaron los zapatos, los pantalones, los calzoncillos y el resto de la ropa. Alguien gritaba un reloj y otro repetía un reloj. Un cinturón… un cinturón. Dos mil escudos… dos mil escudos. Un boleto de tren… un boleto de tren. Un lápiz pasta… un lápiz pasta. Así todo, hasta completar el listado de sus pertenencias.

—Listo, mi capitán. El prisionero preparado para revisión.

—¿Por qué tienes colorado el costado derecho? —preguntó la voz.

—Porque me pegaron, señor.

—¿Cómo? ¡Aquí no se le pega a nadie! Nosotros no somos brutos como los pacos, que primero pegan y después preguntan. Aquí todos cooperan —replicó iracundo el oficial, empinándose sobre su

metro noventa mientras observaba, con sus ojos pardos, al indefenso y desnudo prisionero, que ni siquiera podía verlo.

—¿Revisaron todo?

—Sí, mi capitán.

—Entonces vístanlo, procedimiento especial.

—A la orden —se cuadró un soldado.

—Señor, señor —inquirió Fernando—, ¿podría orinar?, señor.

Por toda respuesta el oficial replicó:

—Ahora procedimiento especial.

Le esposaron las muñecas a la espalda y unieron las esposas con una cadena a un grillete, que aprisionaba sus tobillos; acto seguido, lo pusieron de pie contra una pared. Sintió que le pegaban un cartón o papel a la espalda. Una voz distinta a la anterior le dijo:

—Te quedas en silencio, no puedes tocar la pared, no te puedes caer, no pedirás nada. ¡Silencio!

Al rato no sabía si tenía pies o unos chocos lacerados. Un dolor punzante se había apoderado de su vejiga. Luego aparecieron unos puntitos grises, que se entrechocaban velozmente en la cuenca de sus ojos: a cada pestañeo el universo de los puntitos crecía y poco a poco se iba deslizando en otro mundo, en otro espacio, otro tiempo. Se puso a rememorar a su familia, pensaba en sus hijos, en su madre. Y, oh contradicción, empezó a sentir sed y más sed, al mismo tiempo que se le hinchaba la vejiga. Horas después estaba gimiendo lo mismo que un perro castigado. Decidió pedir agua. Dijo agua por segunda vez y recibió un culatazo en la espalda. Nuevamente silencio y más dolor. ¡Cuántas veces se le doblaron las piernas, cuántas se afirmó con la frente en la pared, cuántas horas pasaron, cuántos días! ¡Cuántos culatazos, cuántos puntapiés, cuántos golpes en los riñones o en el hígado! Hubo un momento en que nada de eso le importaba: cuando entró al mundo del sopor; un mundo imaginario dentro de cuyos parámetros era feliz, casi, porque lo volvían a la realidad los discursos de Altamirano, Cor-

valán y Allende y las conminaciones de los integrantes de la junta, repetidos una y otra vez por una grabadora en sus oídos. Luego, los alaridos de una mujer torturada o los comentarios lascivos de los guardias sobre las cualidades de las prisioneras y sus intenciones sexuales sobre ellas. Entretanto, calaban su alma llantos de niños que llamaban a sus padres, los cuales no sabía si provenían de algún lugar en el recinto o si se trataba de grabaciones hechas para la ocasión.

II

Con cierto frenesí seguía pensando en las circunstancias que lo habían empujado a esta situación y no podía dejar de sentir temor. Recordó aquella madrugada del 11 de septiembre, cuando alrededor de las dos, sonó el timbre del teléfono directo de la planta de Entel a su casa. Había regresado tarde de una comida de dirigentes de la Unidad Popular, donde se analizaba la situación crítica por la que atravesaba el gobierno. Le costó despertar, pese al insistente repiqueteo. Lo llamaba el Gringo, que había logrado interceptar una conversación vía Entel entre el hermano del general Leigh y el almirante Merino; aquel comunicaba que estaban listos para actuar, refiriéndose a las tropas de aviación acantonadas en Puerto Montt. Merino le contestó que la Armada ya iniciaba el regreso a la costa, que todo había comenzado: se iniciaba el golpe.

—Trata de comunicarte con Santiago —le dijo Fernando al Gringo— es el golpe que viene, acuérdate del número privado.

Extrañamente, ningún frenesí lo sacudió en ese momento, se vistió y fue a la cocina a preparar café. Al rato llegó su esposa, que lo encontró sentado, cavilando.

—¿Qué sucede?

—Nada, nada —hizo esfuerzos por mostrarse calmo y dominar la situación.

—Parece que hay un nuevo intento de golpe.

Sabía que cuanto afirmaba no correspondía a la verdad; en ese momento, sentía que no había fuerza ni moral para oponerse a nada. Tres días atrás habían pasado por la zona dos integrantes del CC del Partido Comunista, comunicando que venía lo peor, pues la renuncia del general Prats al gabinete había precipitado los acontecimientos. Los camaradas acordaron que era hora de tomar en serio las enseñanzas de la vida clandestina adquiridas durante el gobierno de Gabriel González Videla. Trataron de realizar algunos ensayos, poniendo en práctica experiencias de los dirigentes más antiguos. Había que llegar a la casa de reunión con un intervalo de cinco minutos, en cada esquina se colocaba un «loro». El último en entrar a la casa y el primero en salir debía ser el dirigente de más rango. El Comité Regional resolvió formar los grupos con sus integrantes; uno quedó de reserva. Se consideró imprescindible tener un santo y seña, obligatorio para entrar al lugar de reunión. Se recomendó tener una casa donde vivir clandestino mientras duraba la emergencia. No se debía tener ni portar documentos comprometedores. En esos días, ya se empezaba a actuar con seudónimos y «chapas».

Los ensayos habrían resultado perfectos, a no ser porque casi nadie concurría de acuerdo con los cinco minutos de intervalo. Por lo general, «los conspiradores» acudían antes a la cita y veían pasar a sus compañeros o, a causa de sus retrasos, ingresaban de a dos a la casa secreta. No hubo tiempo para perfeccionar nada. En una de las reuniones alguien tomó la palabra para decir que Elías Lafertte había dicho que un comunista debía andar siempre con fósforos, un lazo y un cortaplumas. Lo de los fósforos y el cortaplumas era explicable, pero nadie entendía para qué era el lazo. En todo esto había candidez, una especie de ingenuidad, un casi no querer entender la nueva realidad.

Tampoco había prosperado la proposición de estudiar *El regional clandestino actúa,* una novela sobre las peripecias del secretario

de un Comité Regional del PCUS, que quedó luchando en territorio de la URSS ocupado por las tropas nazis. Curiosamente, este libro se leía casi en secreto por los comunistas; tal vez se había considerado no recomendable su lectura, durante una época en que se actuaba de acuerdo con la «vía pacífica».

A la par que Fernando seguía meditando en silencio, su mujer se había sentado sobre sus rodillas y lo abrazaba. El aroma a café y el sonido de la tetera sobre el fuego obsequiaba un grato ambiente hogareño.

—¿Qué piensas que va a pasar? —ella, solícita, le acarició el cabello.

—No lo sé… es tan difícil de saber, pero el asunto es serio. —Estrechó a María con ternura—. Preocúpate de arreglar las cosas de los niños, y las nuestras también.

—¿Qué va a pasar, Dios mío? —se sobresaltó ella, ahogando un sollozo.

—Nada, nada, amor… pero por si acaso, hay que estar prevenidos.

María se puso a ordenar las ropas en maletas y bolsos. Emitió suaves gemidos y se quejó de un dolor intenso que oprimía su pecho. Sentía la casa vacía y sin vida, aunque sus hijos dormían plácidamente. Desde la sombras de la noche, fría y silenciosa, se cernía sobre ellos algo intangible, desolador, incontrarrestable. No pudo evitar que una catarata de lágrimas bañara su rostro angustiado.

Ni siquiera más de un mes había transcurrido, desde que Fernando se encontró en Santiago, invitado por los «viejos» de la Dirección, en una reunión privada, «clandestina». En realidad solo se trataba de una conversación que se hacía en el local de un CCRR, en calle Cumming, distante no más de diez cuadras de la sede del Comité Central. Tenía al frente cuatro personajes, uno de ellos, de mirada escrutadora y ceño fruncido parecía ser el encargado de los «fierros». Escucharon con atención el relato de una conversación

que Fernando había mantenido con el capitán Aguilera, un oficial de carabineros destacado en la intendencia de Valdivia: un día, cuando Fernando afablemente llevó al oficial hasta su hogar en el *jeep* del partido, conversaron animadamente sobre la situación política. Fernando, entusiasmado, comentaba sobre la posibilidad de resolver el problema de transporte de insumos y semillas para el agro, bloqueado por la actitud de los camioneros en paro.

—Eso es imposible de resolver —acotó el capitán.

—Sí, es posible —retrucó—, tenemos tratos con una flotilla pesquera que traerá los insumos desde el norte.

—Pero eso hay que financiarlo…

—También está resuelto, vamos a pagar con carne y alimentos para los mineros del cobre y el salitre.

Detalló también al incrédulo oficial los entretelones de cómo habían resuelto una situación seria con el general y los mandos de la guarnición del Ejército en la IV Zona, con los cuales discutieron sobre cómo debía ser la forma correcta de traer combustibles por ferrocarriles desde la terminal portuaria de Puerto Montt:

El intendente, que encabezaba el grupo de civiles, pasó de inmediato a la ofensiva.

—General, lo que se necesita es petróleo y parafina. La bencina de alto octanaje, que ustedes privilegian, no sirve para la producción.

Los militares, muy serios, aguardaban expectantes la respuesta del general:

—Nosotros, señores, hacemos lo que podemos. No tenemos ninguna intención de malograr la producción. Y no queremos entremeternos en conflictos políticos.

La entrevista terminó sin solución por parte de los altos oficiales.

Una solución ingeniosa habían ideado estudiantes socialistas y comunistas de la Universidad Técnica de Valdivia; se trasladaron a Puerto Montt y pusieron en práctica un sistema rápido de carga y descarga de petróleo y parafina. Los trabajadores de ferrocarriles

iban dejando los carros cisterna en los pueblos, por donde pasaba el tren, poniéndolos directamente en manos de los campesinos, quienes distribuían el combustible a los asentamientos por los sinuosos caminos rurales hacia la Cordillera o la Costa, de acuerdo con las necesidades; de tal modo evitaron que el vital elemento quedara tan solo en manos de los militares, quienes insistían en transportarlo a los estanques de sus cuarteles o a las bombas bencineras, donde se producía toda suerte de mercado negro y acaparamiento.

El capitán de Carabineros, que escuchaba con atención, al bajarse frente a su casa, estrechando la mano a su interlocutor le dijo:

—Mira, Fernando, te voy a decir algo a lo amigo... Tú y tu gente me caen bien, son personas que nos tratan con respeto. Además le hacen empeño, se la juegan, los admiro por eso. Pero, sabes, el golpe militar viene y nadie lo para, ¿entendiste?, no lo para nadie. Comunícaselo a tu partido, pero no hagan locuras, porque no hay cómo pararlo —miró a Fernando fijamente, casi con dureza, pero se despidió con tono paternal—: Tienes a un amigo, para cualquier cosa, recuérdalo y hazme caso.

Los «viejos» inquirieron un máximo de detalles, pero no vislumbraron mayores opiniones. Accedieron a enviar un instructor de defensa personal a Valdivia. En aquel momento, Fernando había sacado por conclusión que tal hermetismo en la dirección del partido era sinónimo de seguridad. Pensó que se recogían todas las informaciones para preparar una respuesta adecuada. Ahora, ya no pensaba lo mismo: se había arribado a un momento crucial, y resultaba evidente que no existía ninguna directriz clara.

Las instrucciones de autodefensa consistían en unos cursos de judo y kárate y en algunos casos respecto al uso de armas, especialmente pistolas y revólveres. Fernando se compró una 6/35, después que los de Patria y Libertad lanzaron la primera bomba frente a su casa. En el local del partido quedaban guardias todas las noches; el viejo caserón de madera se había salvado de milagro de un intento de incendiarlo.

En medio de estas cavilaciones amanecía el once. Rápidamente, aún de noche, la Dirección Regional del partido se dispuso a la acción. Se resolvió quemar varios miles de fichas que contenían los nombres de los militantes y todo papel o documento que pudiera dar indicios sobre la identidad o direcciones de comunistas. Las emisoras atronaban el aire con himnos marciales y bandos castrenses. Tan solo en un punto del dial, muy débil, se escuchaba Radio Magallanes anunciando que hablaría el Presidente. Frente al local partidista se reunieron unas trescientas personas en aras de defender el gobierno legítimo. Pasaban patrullas de carabineros que parecían algo desorientados, pues no tomaban ninguna iniciativa. Fernando se paró ante los manifestantes y comunicó los acuerdos del Comité Regional:

—Compañeros, estamos en una situación muy difícil, no sabemos cuánto resistirá el gobierno, nuestro deber es defenderlo, pero no tenemos cómo hacerlo, no podemos enfrentar un ejército con las manos vacías, además estamos cortados de la dirección del partido, por ello hemos decidido que lo mejor es replegarnos, pasar a la clandestinidad. Hay que estar muy alertas, atentos a las instrucciones que podamos entregar por diversos medios. Como primera tarea hemos decidido imprimir un volante contra los intentos golpistas y recomendar la ejecución de todo tipo de resistencia, especialmente en lo que se refiere a impedir que puedan hacer funcionar las empresas del Estado.

Respiró hondo antes de proseguir, sintiendo que la emoción lo dominaba; pero se sobrepuso y siguió hablando con tranquilidad, para terminar diciendo:

—Ahora, compañeros, todos deben irse a sus casas, quemen los papeles que contengan datos de militantes y esperen las instrucciones.

Todos se retiraron silenciosos, casi con recogimiento. En el local permanecieron de guardia dos militantes, con la instrucción de entregarlo si llegaban fuerzas militares. Fernando intercambió las

últimas recomendaciones con la «compañera» que asumía en ese momento la responsabilidad de encabezar una dirección clandestina de los comunistas en la región, hecho lo cual procedieron a retirarse. Fernando fue a despedirse de su mujer y sus hijos, los que, pensaba, debían ir por un tiempo a casa de un pariente. Él se trasladaría con un compañero a un lugar reservado donde esperarían el desarrollo de los acontecimientos. Cuando llegó a su casa estaba hablando el Presidente, al escucharlo comprendió que era el fin. No todos captaban lo mismo, porque antes que nada experimentaban cierta confianza al escuchar a Allende. Jugó un momento con sus pequeños hijos mientras conversaba con su esposa, la cual le daba todo tipo de recomendaciones:

—Te puse varias mudas, acuérdate de lavar tus calcetines y calzoncillos y no los revuelvas con la ropa limpia —con angustia continuaba hablando—, cuida tu estómago, hace tiempo que andas con dolores, tienes que ver al médico y acuérdate —titubeó tratando de poner control a su voz alterada— que el quince tienes que pagar varias cuentas, no te olvides cubrir los cheques.

—No me olvido... Prometo no olvidarme de nada.

Acompañó a su compañera y a sus hijos hasta el vehículo que los trasladaría a casa del pariente. En ese momento, María estalló en sollozos; no soportó tanta tensión y se aferró con desesperación a su compañero, en tanto gritaba casi culpándolo:

—¿Por qué, por qué me dejas sola? ¿Por qué ocurre esto tan terrible?

Fernando pensó que la tensión de tantos meses, bajo la presión de la amenaza constante de intervención militar y la campaña política pro golpe tan despiadada, de la derecha y un sector dirigente de la democracia cristiana, no podían menos que hacer reventar los nervios de su mujer.

El hombre sentía que su corazón aceleraba el ritmo y que un nudo le subía del estómago. Acarició unos segundos a María en silencio y la mantuvo entre sus brazos.

—Calma, amor, por favor, tranquilízate, yo siento lo mismo que tú, pero no hagas que se preocupen los niños.

María se rebelaba y no aceptaba la situación. Aferrándose a su marido.

—Yo no me voy y tú no me dejas sola.

Fernando sintió como un golpe por dentro del pecho. Era una crueldad separarse de su familia, pero no había otro camino.

—Entra al auto —exclamó con suavidad, pero con voluntad perentoria.

Su compañera, gimiendo, entró al auto, pálida y demacrada.

—Perdóname, mi amor —musitó, al mismo tiempo que acariciaba su pelo y la besaba en la mejilla. Con un sabor amargo en la boca, de esos que perduran para siempre, apenas le pudo ordenar al chofer.

—Ándate pronto. Suerte, amigo.

María, el rostro crispado y una mirada indefinible, agitaba su mano mientras el vehículo se alejaba.

Callado y reconcentrado subió al Fiat 600 que lo llevaría a la casa donde esperaba reunirse con otros compañeros. Justo antes de partir llegó una persona con un recado del secretario del Partido Socialista:

—Dice el secretario que vayas a la intendencia para analizar la situación.

—¿Estás loco? ¿Acaso quieres que nos agarren a todos como carneros? Lo mejor es que nadie vaya a la intendencia. Dile a tu secretario que nos vemos otro día. A las 9:30 horas llegó una patrulla militar al local:

—Busquen todas las armas y los materiales subversivos —ordenaba un oficial—, estos son los peores enemigos de la nación chilena. Los soldados actuaron con locura desatada. Como no encontraron nada se llevaron a los que cuidaban el local a la casa de Fernando.

—Ya, los huevones me hacen hoyos en todo el patio hasta encontrar las armas. Y los milicos busquen los libros subversivos y hagan pedazos las paredes, no dejen mono parado.

Como no encontraron nada y —¡oh, ignorancia!— no sabían discernir entre lo que era subversivo y lo que no lo era, en uno de los hoyos echaron todos los libros de su biblioteca personal, la mayoría obras literarias o de estudio y los incineraron. Cuando ya solo quedaba el rescoldo, obligaron a los dos prisioneros a sufrir el calor del mismo en los pies.

—A ver si se les ablandaba la memoria a los huevones. Las armas tienen que aparecer, ¿entendieron?

Entretanto, Fernando y un pequeño grupo de dirigentes habían arribado a una casa preparada para el funcionamiento clandestino. Resultaba bastante cómoda. Una salamandra de fierro, graciosamente moldeada, daba un ambiente cálido. Afuera, caía la llovizna. La dueña de casa sirvió unos mates y sopaipillas. Estaban apegados a la radio. Ya no se captaba Radio Magallanes, el dial estaba cubierto por una sola voz que sentían odiosa e inmisericorde.

Llegó un enlace que traía las últimas novedades del exterior. Contó lo ocurrido en el local y en la casa de Fernando. La intendencia había sido tomada y el intendente se encontraba preso. Logró conversar con el Gringo, este se había comunicado con el número de emergencia que le habían dado para llamar a Santiago, no había encontrado a la persona que debía establecer el contacto. Quedó de insistir en la tarde. Ya estaba la ciudad llena de patrullas militares, los servicios, las radioemisoras, las plazas, todo bajo vigilancia directa, casi no quedaba gente en la calle.

Escucharon por radio cómo en La Moneda todavía se resistía; albergaban la esperanza de que en algún momento apareciera un refuerzo, algún general, tropas leales, pero nada. Sobrevino el bombardeo, la muerte de Allende. Los enemigos victoriosos ya podían celebrar con champaña. ¡Templad, campesinos, efímeros dueños

de la tierra!, fue la frase que lo recorrió por dentro. El dueño de casa, un obrero de cierta edad, cabizbajo, triste y lloroso escondía la cabeza entre sus manos, musitando:

—Hemos retrocedido treinta años. Los obreros hemos perdido treinta años.

Nadie tomó conciencia de cuánto Alberto decía. A su pesar, Fernando comparaba este momento triste, doloroso, de impotencia y rabia, con aquel otro, el del triunfo del 4 de septiembre del setenta, cuando miles y miles de chilenos, millones, celebraban por primera vez un triunfo auténticamente popular. Hoy los pobres y postergados empezaban a vivir un vía crucis. El viejo obrero, más que ninguno de los presentes, sabía lo que se venía encima.

Poco después del mediodía supieron que ya estaban corriendo listas de personas buscadas, a las que los militares conminaban a entregarse. La casa en que se albergaban era demasiado sospechosa y conocida, por ello resolvieron mudarse. Esa misma tarde, de dos en dos se fueron a una vivienda de la población El Pantano, mucho más modesta, pero que nadie podía indicar como una casa de comunistas.

Con la atención puesta en las noticias difundidas por la radio, casi no durmieron. Acostados en el suelo pulsaban la noche cruzada de disparos aislados, o ráfagas interminables. Se hacían mil cábalas. Mientras tanto, a las casas, a las familias, a las comunidades iba penetrando el terror paralizante, cual virus incontrarrestable. En una misma habitación permanecían Fernando y dos dirigentes del partido acompañados de un enlace que hacía poco había hecho el servicio militar en las fuerzas especiales. Carlos, un joven obrero que se había preparado en defensa personal, tenía la misión de acompañar a Fernando. Los dueños de casa, arranchados en la cocina, de vez en cuando llevaban café y algo para comer a los extraños visitantes.

A la mañana siguiente un enlace partió a requerir novedades. Su regreso era esperado con ansias. Al mediodía volvió con una visión más cruda de la realidad. El golpe estaba absolutamente consumado:

—El Gringo está listo pa' la foto, lo van a agarrar ligerito, pero habló con Santiago.

—Y, cómo le fue —preguntó Fernando con cierta esperanza.

—Harto mal puh, compañero —respondió Heriberto—. Se asiló el gallo, el mismo que tenía que responder. ¡Putas, nos cagó medio a medio puh, compañero!

—¡Mierda, qué clase de maricón!

Fernando comprendía que estaban absolutamente desvinculados de la dirección nacional del partido y que seguramente esto ocurría a nivel de todo el país. Se supo también que Samuel, un dirigente regional que vivió los sucesos en Santiago, llegaría esa misma tarde.

La ciudad lucía conmocionada. Como por arte de magia habían aparecido los productos, que veinticuatro horas antes no se encontraban en ningún comercio. Los reyes del acaparamiento, ahora a precios exorbitantes, exhibían en los escaparates grandes cantidades de comestibles, café, azúcar, pasta de dientes. Hacían pirámides de conservas en las aceras, que la gente miraba con asombro.

Samuel llegó al anochecer. Había estado el 11 en la mañana en el local del Comité Central. Era portador de recomendaciones vagas y muy generales, se notaba que habían sido entregadas antes de tener una visión completa de lo que acontecía. Trajo, afortunadamente, algo de dinero, que ayudaría a moverse por un tiempo. Contó que en Santiago se hablaba de resistencia en industrias y que ya había muchos muertos en las calles y en el río Mapocho.

Al día siguiente, la situación se puso mucho más complicada. El enlace de turno regresó de su incursión con un diario. En la primera plana aparecía la reproducción de un cartel con una leyenda:

SE BUSCA A LOS SIGUIENTES TERRORISTAS. Había varias fotos, en primer lugar, en forma destacada la de Fernando. El diario describía algunas operaciones peine, realizadas el día anterior.

—Ahora comienza lo mejor —dijo Fernando, que en su interior sentía un poco de pavor, aunque no le quedaba más remedio que disimular, mientras sus compañeros lo miraban. De su actitud en ese momento, dependía lo que hicieran más adelante. Actuó con tranquilidad, pero sentía la presión psicológica. Los artículos del diario se referían a los dirigentes buscados, con los peores adjetivos.

—Hay que tener cuidado con los de Patria y Libertad y los momios, andan denunciando a los de la UP en todas partes —afirmó el enlace—. La gente está cayendo como moscas, los agarran en el trabajo o en sus casas.

No habían terminado de analizar la situación, cuando una campana llenó el aire con su voz cantarina.

—Es la alarma que tienen los vecinos —anunció el dueño de casa.

—¿De qué se trata? —preguntó Fernando.

—Mierda, es un allanamiento y vienen por los dos lados.

La casa quedaba justo en el centro del ángulo que formaba la curva cerrada de una de las calles de la población. Los militares venían entrando por cada extremo de la arteria y debían coincidir en unos cuantos minutos en la casa de los fugitivos. Ramón, el enlace que había salido hacía poco del servicio militar como cabo de fuerzas especiales, empuñaba una pistola, estaba decidido a jugársela. Rápidamente organizó el escape de todos, él cubriría la retaguardia.

—Yo me entiendo con los pelaos —dijo blandiendo el arma.

Por la parte posterior se podía llegar a un sitio baldío y de allí salir de la población, a través de unas alcantarillas en construcción.

—Cuando sientan un disparo, todos se ponen a correr —casi ordenó Ramón.

Nadie podía flaquear. Sabían que ahora la vida estaba en juego. Algunos aún mantenían en su poder el carné del partido; hicieron una breve ceremonia, antes de enterrarlos en el patio. Fue un acto silencioso, de lealtad entre camaradas y amigos, de una solemnidad real que impactaba lo más íntimo de la conciencia de cada uno. Se abrazaron entre sí, pensando en el momento que les tocaba vivir. Fernando, después de ver su fotografía en el diario, se había convencido de que lo matarían en el acto, si es que lo llegaban a descubrir. Otra vez, en el fondo de su alma, sintió ese pavor que lo había asaltado unos momentos antes. Es la muerte que ronda —pensó—, a la muerte no se puede vencer, pero debo derrotar al pavor; es la única manera de vencer a los que quieren terminar con mi vida, aunque finalmente terminen con ella. Entonces, sintió admiración por Ramón, por la decisión con que actuaba.

—Todos ustedes son admirables, gracias, camaradas.

—Estará de Dios si hay que morir ahora —dijo la única mujer del grupo—, pero no le daremos el gusto a estos perros para que nos agarren como si fuéramos animales... ¡maricones de mierda!

La dueña de casa se abrazó muy fuerte con su marido. El hombre solo atinó a aseverar:

—Por eso quiero a mi viejita y si morimos juntos, nos vamos juntos a donde Dios quiera, y no donde digan los milicos de mierda.

Samuel estaba callado. Su emoción era grande. Poniendo una mano sobre el casi imperceptible montículo que guardaba los carnés del partido les pidió a todos que hicieran lo mismo.

—Todos hicimos una promesa al recibir este cartón, que ahora solo podemos llevar en nuestro corazón... Les pido que en silencio cada uno renueve esta promesa, que ahora tiene más valor que nunca.

Nadie dudó en seguir el ejemplo. Ramón ya se mostraba nervioso y los conminó a ponerse en guardia. Carlos se había agenciado un revólver y se puso junto a Fernando. No quedaba más que esperar.

Ansiosos, apenas si respiraban. El disparo no llegó a producirse. Las patrullas coincidieron efectivamente ante la casa de los conspiradores, pero por alguna razón ninguna de ellas procedió a allanarla. Tal vez mutuamente pensaron que la otra ya había realizado el trabajo. Lo cierto es que llegó un camión y se llevó a todos los militares. La tensión bajó; aún así, decidieron dispersarse, buscar otras casas, no había que arriesgarse a que los encontraran a todos juntos. Fernando partió con Carlos, cuando ya empezaba a llover más fuerte; se fueron caminando bajo la lluvia, casi sin reparar en los charcos que enlodaban sus zapatos. Iban demasiado absortos para poner atención en algo tan simple. Confiaban en que los recibirían en algunas de las casas previstas con anterioridad. Sin embargo, no fue así. En la primera de ellas los hicieron pasar amablemente, les ofrecieron té y casi con dulzura la dueña de casa les dijo que no los podía hospedar.

—Tengo cinco hijos —les aclaró con los ojos lagrimosos.

Recorrieron otras casas, con resultados parecidos. Habían decidido hacer un último intento, si no les resultaba regresarían al Pantano. En eso estaban, ya algo desesperados, cuando una joven, menuda y delgada, de unos veinticinco años, que regresaba de comprar pan se les cruzó en el camino.

—¡Fernando! —exclamó sobresaltada—, ¿qué haces tú por aquí?

—Rosita, qué gusto de verte. —Miró sus ojos color avellana que resaltaban en su tez morena.

Se abrazaron. Habían sido compañeros de universidad. Ella era de la juventud radical, una excelente amiga.

—¡Pero tú en la calle, no puede ser! ¡Si te buscan por todas partes, hombre!

—Así es… en realidad no tengo a donde ir.

Dijo todo esto en un tono cansado y sereno, que impresionó a Rosita; su mirada estaba triste, unas grandes ojeras denotaban su cansancio. Tomándolo del brazo, ella lo tironeó para que caminara a su lado.

—Vamos, vamos a mi casa —lo animó con decisión.

Era una opción no exenta de peligro, pues Rosita vivía a un par de cuadras del regimiento y era hija de un suboficial, que, aunque separado de su esposa, ejercía cierto control sobre la casa.

Más tarde, unas copas de vino tinto fueron calmando su ansiedad. Conversaba sueltamente con Rosita. El grato calor de la cocina a leña creaba un ambiente relajante.

—Amiga —dijo tomándole la mano a Rosita—, ¡no sabes cuánto te agradezco por lo que haces! Nunca, jamás olvidaré este gesto tuyo. Siento que comienzo a vivir una nueva etapa en mi vida. Ya no será lo mismo para mí y quizá para cuántos más; solo las personas como tú, tan generosas, permitirán que podamos sobrevivir. Pero ya nunca más nuestras vidas serán como fueron hasta ayer, desde hoy tenemos la obligación de asumir nuestras vidas como un compromiso muy grande con los demás.

III

Desde su mundo de tinieblas y sobresalto presintió que algo conmocionaba el ambiente del fétido subterráneo de la Academia de Guerra: —Debo tomar conciencia de que me encuentro prisionero, esta es la fría realidad. —Se sobresaltó, poniendo en estado de alerta sus sentidos.

—Buenas noches, jefe —escuchó.

—Buenas —respondió alguien, con voz autoritaria. Otro cancerbero le contó las novedades:

—El 17 con tratamiento completo; el 23 acaba de ingresar; devolvieron al 14. El comando preguntó por el 21.

Una mano lo tomó por el hombro.

—¿Cómo estás? —preguntó una voz, que reconoció asociándola con el hombre semicalvo de la mirada gris: el jefe.

A Fernando no le salía la voz. Musitó apenas: «Por favor… orinar». No sabía que ya se había orinado varias veces.

—Llévalo al baño —ordenó el jefe. Fue otra la mano que lo tomó ahora por el hombro, una mano gigantesca. Fernando sentía sobre su cabeza una especie de resoplido. Era la respiración del que lo llevaba casi en el aire. En el baño le soltaron las esposas que le sujetaban las manos a la espalda y se las pusieron por delante, entonces una voz le dijo:

—Mea, huevón. —Trató de orinar, supuso que lo hizo, no sentía nada. Hicieron correr una llave del agua, la sed lo atormentaba, pero no le dieron agua.

—Tienes sueño, ¿quieres dormir? —le preguntó el que presumía de crueles ojos grises.

—Sí, quiero dormir —musitó Fernando.

—Te repito… ¿Tienes sueño, quieres dormir, descansar?

—Sí, quiero dormir, descansar.

—¿Quieres dormir, quieres descansar?

—Sí, por favor, quiero dormir…

Algún vacío se produjo en su actividad consciente. Le pareció que había transcurrido un tiempo largo, cuando se sintió transportado por el de las manos gigantescas, que continuaba con los resoplidos. Se daba cuenta de que lo sacaban del edificio hacia un patio. Lo metieron en otro lugar. Lo desnudaron. Apenas se sostenía en pie. Manos habilidosas que imaginaba de hombres de blanco le fueron pegando algo en los tobillos, en las pantorrillas, en las tetillas, en el pene, en las muñecas. Sintió un pinchazo en el cuello. Alguien le preguntó si tenía alguna dolencia al corazón. Respondió afirmativamente. Habló de una especie de falla congénita y de un ataque que casi le impide ingresar a la administración pública. Lo sentaron y lo amarraron. Luego, sin decir nadie nada, vino un estallido violento; miles de agujas lo atravesaron por todas partes, al mismo tiempo que algo lo atenazaba, lo mordía por dentro, lo sujetaba hiriendo todos sus músculos y nervios que se recogían, mientras una fuerza increíble lanzaba sus carnes en otra dirección, soltándola de los huesos. Escuchó sus propios alaridos, roncos, espeluznantes; de su garganta debía salir sangre, porque no tenía saliva. Sus venas y arterias se hincharon como globos. Tres, cuatro, cinco veces se repitió lo mismo. Se le confundieron las cosas, perdió todo el sentido de la realidad. Entonces, tuvo la impresión de que era a otro al que torturaban; pero no, se equivocaba: él era quien gritaba y quien se debatía contra el dolor. Perdió el conocimiento cuando, imaginación o realidad, tuvo la intuición de que lo habían llevado a un cuarto oscuro, donde gente que lo rodeaba le insistía preguntándole muchas cosas.

Salió aterrado de ese cuarto oscuro cuando una mano lo remecía con suavidad, por el hombro. Dio otro alarido. Pero una voz lo tranquilizó:

—Tranquilo, amigo, tranquilo, ya pasó todo.

Su cuerpo temblaba entero. Estaba tendido sobre una colchoneta en el piso, cubierto por una frazada. Sus dientes entrechocaban. No sentía los pies. Su ropa estaba mojada y muy fría.

—Móvil —llamó el sargento— lleve al prisionero al baño.

Trabajosamente el soldado levantó a Fernando y casi lo llevó en vilo, a través de un largo y ancho pasillo.

—Muy bien, amigo —invitó el sargento, ubicado en un ángulo en penumbras—, puede sacarse la venda.

Fernando seguía temblando; con lentitud, porque sus manos aun estaban esposadas, se desató la venda, un paño de toalla color verde, amarrado por unas tiras que le cubrían todo el rostro. Pensó que se había quedado ciego, pues no veía casi nada. Poco a poco se fueron formando imágenes; se encontró frente a un espejo, vio un rostro pálido, flaco, desencajado, barbón. Su pelo estaba todo revuelto. Los ojos muy hundidos y las pupilas enormemente dilatadas. Su cuello estaba hinchado, sobresalía en él una especie de globo azul sobre una vena o arteria, al lado derecho. Después, empezó a descubrir su cuerpo; su terno estaba absolutamente arrugado y roto en las piernas. Se daba cuenta que se había orinado y defecado. De la cintura hacia abajo, estaba cubierto de una viscosidad asquerosa y fétida. Sus zapatos, unos bototos de caña alta, estaban reventados por la presión de sus pies. Sintió un par de arcadas, pero su estómago estaba vacío.

—Será mejor que tome un baño, amigo —dijo el sargento con tono paternal y seguidamente ordenó—. Móvil, saque las esposas al prisionero.

El soldado le sacó las esposas y de inmediato retrocedió apuntando su fusil sobre Fernando. El sargento, desde un rincón oscuro,

lo instó a que lavara también su ropa. Al sacarse la chaqueta vio un papel pegado a su espalda: No. 17: PARADO - SIN COMIDA - SIN AGUA - SIN HABLAR - SIN DORMIR.

Permanecer bajo el agua tibia de la ducha resultaba maravilloso; no le importaban sus piernas y brazos moreteados, ni las agudas punzadas, que sentía al mover su torso o espalda. Bebió de esa agua y la encontró como la mejor del mundo. Su cuerpo se revitalizaba.

—Te sientes bien, eh —comentó el sargento—. Yo pensé que te ibas cortado, anoche estabas como muerto. ¿Sabes?, la verdad es que te tiraron al suelo, para que te murieras. Le debes la vida a mi general, que bajó anoche y me ordenó en confianza que te ayudara. Él es de la Academia y no tiene nada que ver con esto. Lo hace parar callado, entiendes. Yo soy instructor —el tono de su voz bajó a un murmullo—; vengo aquí a hacer guardia, pero esto no me gusta, entiendes.

Fernando no sabía qué contestar, había leído muchas veces la treta del malo y el bueno. Solo atinó a decir: «Gracias, sargento».

Con los calzoncillos mojados, cubierto por una frazada y vendado, fue conducido nuevamente al pasillo. Esta vez quedó sentado, vuelto hacia la pared, la que de vez en cuando tocaba con la frente o con sus rodillas. No sabía después de cuántos días, recibió una taza de té y un pan. Parecía que comenzaba un régimen normal. Tomaba nota de los cambios de guardia, ponía atención en las conversaciones, en los pasos, en las órdenes. El ritmo de las comidas le indicaba en qué parte del día estaban. En la noche cambiaba todo. Gritos, carreras, llantos, alaridos, golpes, caídas. Risas de los guardias.

Confirmó que no estaba solo en el pasillo, una vez que sonó una sirena estridente y se escucharon disparos y explosiones. Alguien gritó:

—¡Alarma! Todos al suelo.

Un guardia enloquecido lo tiró al suelo con silla y todo y le puso el frío cañón del fusil en el cuello, mientras pasaba bala.

—¡Todos boca abajo, todos boca abajo, el que se mueve es hombre muerto! —vociferaba seguramente un suboficial.

Su pie quedó tocando la cabeza de una persona. En medio del zafarrancho, Fernando escuchó al otro prisionero que rezaba el Padre Nuestro en voz alta. Desesperado, con el pie trataba de darle ánimo intentando hacerse entender, pero era casi imposible. A los quince o veinte minutos volvió la normalidad, no sin que antes un oficial dijera en voz alta que habían sido los extremistas, quienes intentaron asaltar el recinto. Luego advirtió con voz atronadora:

—Si alguien ingresa al área restringida, si a algún loco del MIR se le ocurre traspasar la zona de contención, todos los prisioneros serán pasados por las armas, que quede muy claro.

Este maricón está mintiendo, pensó Fernando, seguro que es pura ficción para meternos miedo.

IV

Se acumulaban los días en el AGA, el prisionero, siempre cavilando, se sentía derrotado físicamente, pero, en lo ético, reafirmándose en la seguridad de haber cumplido al máximo con las posibilidades de que disponía, para enfrentar la situación.

A finales de junio del año 1973 habían logrado superar una de las situaciones más críticas. Quizá un ensayo frustrado —pensaba Fernando—. A las 16:00 horas del día 30 se hallaban reunidos en la intendencia todos los dirigentes de la Unidad Popular (UP), para escuchar las grabaciones de conversaciones telefónicas entre oficiales golpistas pertenecientes a regimientos de Valdivia, Angol, Osorno y Puerto Montt interceptadas en la Compañía de Teléfonos. El día anterior se había producido el «Tancazo» en Santiago. Los oficiales sureños se estaban confabulando. Su propósito: intentar una nueva acción desestabilizadora contra el gobierno, a las cero horas del día 1ro. de julio. El plan consistía en apoderarse de las ciudades del sur y avanzar con tropas hacia Concepción, donde debía cortarse el país. Una vez realizada esta operación, lanzarían un ultimátum a Allende y si este se negaba a acatar la exigencia de renuncia, avanzarían hacia Santiago, seguros de que la mayoría de las guarniciones se plegarían a la insurrección.

El intendente ofreció la palabra.

—¿Qué hacer?

Las voces se atropellaron. Lo que tenían entre manos era una bomba. Un dirigente del MIR pidió la palabra:

—Lo primero es sacar al capitán de Carabineros de la intendencia, bajo cualquier pretexto.

La moción se aprobó de inmediato y el intendente le pidió al capitán un servicio, que lo alejaría por algunas horas de la intendencia.

Idearon un plan de guerra.

Primero: Tomar el control de las radios para comunicar a la ciudadanía la información que fuera necesaria.

Segundo: Mantener el secreto sobre las grabaciones y no dar indicios de que se conocía la conjura de los oficiales golpistas.

Tercero: Comunicar la situación directamente a la Presidencia de la República por télex en clave.

Cuarto: El intendente se dirigiría a las 20:00 horas por cadena de radios a la ciudadanía, para repudiar los intentos golpistas del día 29 en la capital y para llamar a la población a estar alertas, ante cualquier nuevo intento.

Quinto: A partir de las 22:00 horas se transmitirían avisos por las radioemisoras, citando a los trabajadores a reuniones urgentes en sus empresas, a fin de organizar una respuesta al posible avance de tropas hacia el norte, que dificulte al máximo su desplazamiento, con el apoyo de los obreros de aquellas empresas que se encontraban junto a la Carretera Norte-Sur, en una especie de cordón industrial. Cada partido tomó la responsabilidad, respecto a un número determinado de industrias.

Sexto: Llamar al prefecto de Investigaciones y encomendarle que recabara mayores antecedentes, haciéndose responsable de organizar la defensa de la intendencia. Igualmente se acordó que el intendente hablara con el inspector general de Carabineros de la Cuarta Zona para ordenarle la inmediata disposición de combate de los carabineros, en defensa del gobierno. Plantearle, además, la necesidad de ubicar al general de la IV Zona del Ejército, para exigirle una explicación.

Una especie de estado mayor empezó a funcionar por la tarde, en el subterráneo de la casa de una amiga de los comunistas, ubicada en Isla Teja. La bella isla valdiviana, rodeada por los ríos Calle-Calle, Cruces y Cau-Cau se presta más para un coloquio romántico, que para un apresto de combate. Buena parte de su extensión es ocupada por la Universidad Austral; sus estudiantes pueden distraerse de clases y observar a los remolcadores que arrastran largos y pesados lanchones en busca del Océano Pacífico o a pequeños veleros rumbo a cualquier parte, sin que falten esforzados bogadores que practican para futuras competiciones. En ese entonces, frente a la ciudad aún podían apreciarse restos de lo que fuera una cervecería alemana, orgullo y símbolo de la cultura de los colonizadores. En el otro ángulo se terminaba de construir una moderna cárcel.

Aquel subterráneo era amplio; los dirigentes tomaban asiento o se paseaban en torno a una mesa redonda, sobre la cual pendía un foco como los que lucían los bares antiguos. Con el humo de los cigarrillos y la abundancia de café parecía, en efecto, un garito de nerviosos tahúres. Fueron designados varios enlaces, los que podían incursionar directamente hacia el centro de la ciudad por el puente de hormigón, que conformaba un gran arco sobre el Calle-Calle, o que podían, a través de un puente de pisotones ubicado sobre el Cau-Cau, ir sin rodeos hacia Las Ánimas donde estaba el cordón industrial bordeando la Carretera Norte, paso obligado de tropas hacia Concepción.

La táctica era simple, consistía en reunir al máximo de trabajadores y voluntarios en el cordón industrial y realizar todo tipo de acciones, que obstaculizaran el tránsito de vehículos por la carretera. En primer lugar se debía bloquear el puente que unía Valdivia con Las Ánimas. Los trabajadores no debían oponer mayor resistencia. Una vez logrado el propósito de retrasar el avance de las tropas, debían replegarse y volver a la ciudad en botes o por el puente sobre el Cau-Cau. Pensaban que una resistencia de este tipo

daría tiempo al gobierno para prepararse y le quitaría al avance golpista el factor sorpresa.

A las 21:00 horas habló el intendente por cadena de radioemisoras, llamando al pueblo a defender su gobierno y condenando enérgicamente los hechos protagonizados por oficiales alzados en la capital, el día anterior. A las veintidós horas se empezó a citar por la radio a los trabajadores a urgentes reuniones en sus lugares de trabajo. Un locutor, que cubría un *match* de boxeo entre pugilistas chilenos y cubanos, que estaba realizándose en el gimnasio municipal, con más de cuatro mil asistentes, repitió el llamado por los parlantes internos causando expectación.

A las 23:00 horas, la ciudad estaba conmocionada por la presencia en sus calles de centenares y tal vez un par de miles de trabajadores que concurrían con sus cascos y ropa de trabajo a sus respectivos puestos de combate. En cada industria se realizaban asambleas explicando la situación. El ingenio popular puso en práctica prontamente una serie de iniciativas. En menos de una hora todo estaba dispuesto para cubrir la carretera. Con pesadas maquinarias, camiones, impresionantes trozos de madera, aceite quemado, petróleo, pegamento, aserrín y caucho ardiendo.

Fernando iba recibiendo los partes de los enlaces y estaba en permanente comunicación telefónica con el intendente. Había dibujado un mapa a mano alzada para hacerse de una visión de la situación operativa.

—Y el puente, ¿cómo vamos a obstruir el puente?

—Nos pusimos de acuerdo con los socialistas, compañero —respondió el enlace respectivo, medio atorado por el humo de su pipa inseparable—. Hemos dispuesto que toda la maquinaria pesada de la oficina de vialidad, ubicada al lado del puente, se estacione sobre él en el momento que indiquemos.

Un ingeniero hizo un cálculo estimativo y llegó a afirmar que era difícil que el puente resistiera tanto peso. Cerca de la media-

noche, todo estaba dispuesto. Fernando observó tres revólveres y una escopeta, que se había logrado conseguir para la defensa del gobierno, valor simbólico, en realidad, pues los civiles partidarios del gobierno no disponían de armas. Cualquier latifundista mantenía en su poder un arsenal diez veces mayor. Exigió que nadie actuara sin recibir orden expresa de la dirección del movimiento.

La hora cero se acercaba, los efectivos de Investigaciones tomaron posición en la intendencia; Carabineros apostó a sus hombres con traje de campaña en las avenidas por donde presumiblemente avanzarían los golpistas, nadie creía en su lealtad. El inspector general de Carabineros, en quienes algunos confiaban porque había recibido a los comunistas como sus amigos e intercambiaba libros con ellos, decía andar en busca del general de Ejército a cargo de la zona. El presidente Allende había comunicado que se hacía cargo personalmente de la situación. Un parlamentario de la zona, dirigente de la Juventud Socialista, anunció que viajaba de inmediato a Valdivia.

Todos comprendieron que se encontraban en medio de una confrontación muy compleja. Al filo de la medianoche, se realizó una reunión de oficiales en el Regimiento de Caballería; discusión crucial porque los conjurados debían convencer al resto de sus pares para actuar. Nerviosos enlaces, que por misión tenían la de dar inmediato aviso de cualquier novedad, vigilaban de cerca todos los movimientos en torno al cuartel militar. Militantes socialistas habían instalado un enlace radial, entre sus exploradores frente al regimiento, con sus encargados de dirigir las actividades en la empresa más alejada rumbo al norte. A las cero treinta se comunicaron con la empresa Emasil:

—Aló, aló, puma a cóndor, identifíquese, cóndor, identifíquese.

—Sí, sí… Aló, aquí cóndor. Cóndor se identifica, adelante puma.

—Puma informa. Los milicos van saliendo urgente… Los milicos van saliendo en caravana de vehículos.

De inmediato, los trabajadores de la empresa pusieron en práctica el plan, que consistía en derramar aceite quemado en una pequeña cuesta con curva y atravesar trozos de madera en el camino. Estaban en esos preparativos, cuando sintieron un ruido de motor. Se imaginaron lo peor, sorprendentemente no se veía ninguna luz ni se escuchaba alguna reacción en las otras empresas. Pero el ruido se acercaba y «oh, qué espanto», dijo alguien, cuando apareció un *jeep* militar, sorprendiéndolos a todos… pero desde el lado contrario al que esperaban apareciera el «enemigo».

El vehículo patinó en el aceite, descontrolándose cuneteó tumbándose a un costado de la carretera. Los sorprendidos militares, algo aturdidos, apuntaron sus armas hacia las sombras que cubrían a la empresa y dispararon al aire. Los «partisanos» ya habían emprendido la huida hacia lugares más seguros.

Entretanto, en el «cuartel general» de la Isla Teja las cosas resultaban más claras. Los enlaces habían comunicado que a las cero treinta había salido del regimiento una patrulla común y corriente. El intendente había llamado diciendo que el inspector general de Carabineros se había entrevistado con el general de Ejército, jefe de la IV Zona, y que este último había dado garantías de que iniciaría de inmediato una investigación y que recibiría al intendente de la provincia en las próximas horas. La operación se dio por cancelada. Al día siguiente corrían todo tipo de rumores, entre ellos, que en la reunión de oficiales se había producido una áspera discusión, y que el comandante del Regimiento de Telecomunicaciones se opuso terminantemente a los planes golpistas. El ordenanza del comandante habría salido herido de bala, por defender a su superior. Trabajadores del hospital John Kennedy testificaban que había llegado un militar herido a sus dependencias esa misma madrugada.

V

Quizás aquel lejano 30 de junio de 1973 habían logrado una victoria, a la cual no le habían sacado el provecho suficiente como para lograr el triunfo definitivo. Habría sido menester entregar en ese entonces al pueblo las herramientas para luchar, tenían que haber confiado en el pueblo. Ahora, el pago resultaba caro por esa derrota. El enemigo surgido desde el omnipotente mundo de los poderosos, era implacable y cruel.

Una de aquellas noches de tortura en el AGA, Fernando fue interrumpido en sus pensamientos por los gritos de una mujer a la que le preguntaban algo y le pegaban. Supuso sería la joven que había sido detenida en la casa ratonera.

Ella lloraba y gritaba, nada sabía y era lo más probable, porque las preguntas se referían a cosas absurdas. Fernando sintió crecer su indignación; sus manos se esforzaron por soltarse de las esposas, en un gesto automático o instintivo. Después de mucho rato, el interrogador, cansado y exasperado por la negativa de la mujer, llamó a los guardias.

—¡Ya huevones! ¡Ahí tienen esta mierda! ¡Se las regalo! ¡Culéensela hasta por las orejas, a la concha'e su madre!

Los guardias no se hicieron de rogar.

—¡Hagámosla sándwich! —gritaba uno—. Tú por delante y yo por detrás.

De seguro varios, cada uno reclamaba su parte. La mujer se defendía y los retaba.

—Maricones, desgraciados.

Otra prisionera comenzó a gritar.

—¡Déjenla, infelices; milicos asesinos, poco hombres!

Un culatazo la hizo quejarse salvajemente.

¿Qué puede suceder en la imaginación de un ser humano vendado por días y días, sometido a tan tremenda tensión, quien, más que en sí mismo, piensa y sufre por cuanto puede estarle ocurriendo a sus seres queridos, a sus amigos, a sus compañeros?

Fernando estalló. Se paró enfurecido y trató de avanzar, pero se caía enredado en la cadena que ataba sus pies.

—¡Cobardes, asesinos, milicos cobardes! ¿Por qué no pelean como hombres?

Fuera de sí avanzaba hacia cualquier lado cayendo una y otra vez. Se dejó oír un griterío de varios presos. Pronto vinieron a acallarlo. Lo trataban de llevar a su lugar, pero se defendía a cabezazos cuando podía. Por un golpe recibía veinte. Finalmente lo amarraron en la silla. La mujer joven lloraba amargamente, mientras otra la consolaba.

—Estoy sucia —reclamaba la pobre joven.

—Oficial —gritaba la mujer que parecía mayor—, oficial, déjeme llevar a esta niña al baño.

Llegó alguien que puso orden y autorizó a las mujeres para ir al baño. Al volver, la joven seguía llorando en forma intermitente. Largos y profundos sollozos salieron de la garganta de Fernando, también lloraba, de indignación e impotencia.

Lo castigaron por dos días. Parado, sin dormir y sin comer, solo con derecho a tomar agua. Hasta que vino un oficial y lo llevó a una habitación que parecía diferente porque el piso era de madera, algo así como un estrado que crujía a cada paso.

—Es mejor que cooperes, lo sabemos todo —dijo amablemente el oficial.

—Pero, ¿en qué voy a cooperar? —respondió Fernando, hablando como una momia bajo sus vendas.

—Tú sabes de qué se trata, diecisiete. No te hagas el tonto.

—Pero si yo no sé nada, señor oficial.

—Bueno, yo te voy a refrescar la memoria, tu nombre político es Daniel, ¿es tu chapa, no?

Fernando casi se quedó lelo. Efectivamente, era la chapa que había dado para arriba, pero no la conocía nadie.

—Te sorprendes, eh. Te diré más, tenemos a un senador que tú conoces.

—¿Y qué tengo yo que ver con un senador?

—¿Cómo? ¿Acaso no conoces a tu jefe? Es un senador de tu zona, si es de Concepción también.

—Sí, puedo conocerlo, pero ¿qué tengo yo que ver con él?

En realidad no tenía idea de qué manera estaba relacionado con el senador. Sabía perfectamente a quién se refería, pero él desconocía cuál función estaba cumpliendo en la labor clandestina del partido. De verdad, nada le creía al oficial, salvo por aquel detalle del seudónimo, y supuso que le estaban tendiendo una trampa.

—Te diré más, todavía... Tenemos una libreta con todas las direcciones, las bajadas, las chapas y las casas de seguridad.

—Señor oficial... no sé de qué me está hablando, no sé nada de libretas y no tengo nada que ver con un senador, como usted me dice —replicó con cierta dignidad e indisimulado nerviosismo.

—Piénsalo bien —la voz resultaba persuasiva e insistente, desprovista del seco autoritarismo—. Debo advertirte que el que coopera, aquí lo pasa bien. Así es que de ti depende. Te notifico a nombre de la Fiscalía de Aviación Militar que estás acusado de intento de subversión y de infiltración a las Fuerzas Armadas. Y que, además, se te investiga por posibles delitos económicos cometidos contra el Estado.

El oficial pareció ser bastante benigno; antes de terminar su misión, invitó a Fernando a una taza de té y un sándwich, lo cual fue engullido en pocos segundos. Volvió al pasillo y nuevamente lo dejaron parado. Cuando solicitó tomar agua, se la negaron. Una nueva etapa de presión sicológica, moral y de aniquilamiento físico empezaba.

VI

Fernando, aunque menoscabado por sus sufrimientos, no podía dejar de pensar. En los recuerdos, había recorrido infinidad de veces el mismo trayecto ferroviario, que ahora se le venía a la mente y se concentraba en una situación especial, diferente a todas. Un tren, con su carrera bamboleante entre pantanos cubiertos de restos de selva sureña, lo introducía al peligro. Su rostro, sus manos, sus ojos, todo su ser se volvía contra él. Cada curva le producía un sobresalto, cada mirada de otro pasajero lo convertía en hielo. Se había cortado el pelo exagerando su color rubio, parecía un gringo sureño. Ya no tenía sus largas patillas. Unos lentes completaban el disfraz improvisado. Entre su equipaje se destacaba una caña de pescar. Tenía que controlar cada músculo y cada glándula sudorípara. Lo principal era vencer el miedo, ese temor angustiante que se había introducido en la mente de la mitad de los chilenos, y que a tantos delataba o inducía a entregarse mansamente a los verdugos de la tiranía.

Iba regresando al mismo lugar de donde había salido hacía tres días con el propósito de escapar al cerco, que se estrechaba en torno a los dirigentes de los partidos de la UP. Recordaba la lluvia persistente y el frío. Cogió un abrigo que le había prestado un compañero y se dispuso a partir. Al salir de la casa de Rosita, lo aguardaban en una camioneta. Se iría con un «chico malo» —así apodaban a los integrantes de los grupos de autodefensa—, un joven combatiente,

experto karateka al que ningún servicio de seguridad tenía en su lista de búsqueda. Pasó, ansioso, a despedirse de su mujer y sus hijos que habían sido trasladados a casa de unos amigos. Su mujer solo atinó a mirarlo, asombrada, angustiada, temerosa, con amor. Casi no había nada que decir, porque nadie sabía en realidad qué estaba sucediendo. El porvenir no parecía claro, sino algo difuso que ni la mejor imaginación podía vislumbrar. El mismo día del golpe, un viejo luchador le había dicho:

—Compañero, hemos retrocedido treinta años.

Después cayó en un mutismo atravesado por quién sabe qué tristezas. Sus rugosas manos, que habían contribuido a generar tantas riquezas ajenas, parecían ya no querer más guerra.

Mientras se despedía, su pequeña hija lo miraba tras una ventana. ¿Qué había cruzado en ese momento por su mente de niña regalona? Luego salió corriendo y se colgó muy apretadamente a su cuello en silencio, su cuerpecito se estremecía, pero no lloraba, porque seguramente pensaba no apenar a su padre. Se sintió desganado, su garganta casi no resistía el dolor, presintiendo que no la vería por mucho tiempo. Cuando abrazó largo rato a su mujer, algunos sollozos ahogados se confundieron con sus palabras de aliento.

Su hijo, casi una guagua, jugaba en el barro aprovechando esos minutos, en que las circunstancias le otorgaban esa libertad. Cuando lo cogió en sus brazos, sonreía feliz y lo incitaba a chapotear en el agua, haciendo todo tipo de gestos y movimientos. Como vio que no le hacía caso, se desprendió de sus brazos y siguió jugando.

Se dirigieron a la estación de ferrocarriles. Entraron al recinto, pasando junto a dos «tiras» que con listas y foto en mano observaban a toda la gente. Allí, en la boletería, un militar pedía los documentos a todo el que compraba pasaje. Era la prueba de fuego. Mostró el carné de un amigo, a cuya fisonomía trató de parecerse lo más posible con los cambios operados en su rostro. El militar lo observó con mirada inquisitoria.

—A do' va —dijo bronca la voz, seca, inhibitoria.

—Señor, quiero un pasaje ida y vuelta a Mariquina.

El «ida y vuelta» era una frase tranquilizadora, daba a entender que no se trataba de un tipo que pretendiera escaparse.

El suboficial exclamó algo como: «¡uf!, ¡uf!», que seguramente equivalía a una aprobación, porque el boletero le vendió de inmediato el pasaje.

El tren iba custodiado por soldados armados de fusiles y granadas de mano. En algunos trechos, sin saberse el motivo, hacían bajar las cortinas de las ventanillas, demostración de poder para acrecentar el temor. Apenas salieron del ramal hacia la línea central, procedieron a revisar todo el equipaje de los pasajeros. En la estación de Mariquina, carabineros vigilaban el recinto y los andenes. Nuevamente, hubo de someter a comprobación el documento. Un oficial, en silencio, tomaba el carné, miraba la foto y al pasajero y lo devolvía sin ningún gesto. Después, un soldado-escribiente anotaba los datos en un libro.

A la salida, los esperaba una camioneta con distintivos de una empresa constructora en las puertas. Se pusieron un casco, overol y botas de goma, mientras viajaban hacia la costa. Habían ideado embarcarse en una goleta pesquera y llegar a alguna caleta cercana a Concepción.

Mehuín ya era un balneario, tras comenzar como caleta pesquera. Las casas de veraneo se aparecían entreveradas con las más modestas de los pescadores y una gran hostería para gente pudiente que reinaba sobre el conjunto de construcciones, diseminadas casi todas en una larga calle polvorienta, paralela a la playa. Un tibio sol se cernía cuando llegaron y no se divisaban soldados ni policías. El pueblo parecía estar ajeno a la gran debacle nacional. Habían pasado dos meses desde el golpe de Estado, desde la declaración de guerra aquella. ¿Quién podía ser enemigo de quién en ese poblado?

Se dirigieron a un hotelito, cuyo dueño conocían. Era un amigo de los comunistas. Sin embargo, no se dieron a conocer como tales ni como quienes eran realmente, a pesar de que Nicolás había conocido a Fernando como dirigente, ya que este cada vez que venía a reunirse con sus camaradas de Mehuín, se alojaba en su hotel. Se registró con el nombre de su amigo. Nicolás no lo reconoció, aunque lo miró fijamente varias veces. Fernando, tras unos gruesos lentes y con un sombrero de pescador no titubeó y dijo que iba a descansar por recomendación médica, porque había sufrido un preinfarto, que necesitaba tranquilidad y que comería siempre en su cuarto. Con mucha naturalidad la pareja de huéspedes salió a pescar. Con naturalidad también, se encontraron con un capitán de goleta al que le plantearon la necesidad de salir hacia el norte. El capitán, antiguo comunista, aceptó de inmediato, pero necesitaba una cantidad importante de dinero para comprar combustible y vituallas.

El «chico malo», debió regresar a Valdivia temprano, la mañana siguiente, a conseguir dinero. Fernando no llamaba la atención entre otros pasajeros. Había varios matrimonios de edad y algunas parejas de amantes. Pernoctaban también en el hotel algunos empleados de una empresa constructora y un par de profesores de la escuelita del pueblo. Por la noche, el bar se llenaba de parroquianos que jugaban a las cartas o al cacho, mientras bebían vino o cerveza.

Esa mañana Fernando salió con su caña de pescar y se instaló entre unas rocas a probar suerte con la lienza. A su regreso, a la hora de almuerzo, corría el rumor de que en la radio habían dado la noticia del descubrimiento de un submarino «extranjero», que estaba en una caleta cercana a Mehuín. Unos decían que el submarino estaba desembarcando armas. Otros aseguraban que estaba esperando a un dirigente importante, para sacarlo del país.

Subió a su cuarto a esperar el almuerzo. El aire marino le produjo algo de modorra y se quedó dormido sobre la cama. Al poco

rato fue despertado bruscamente por un ruido que hacía temblar los ventanales del hotel. Se asomó y vio un helicóptero de guerra que pasaba hacia el norte, pareció perderse en la lejanía, pero pronto volvió y pasó, con un zumbido ensordecedor, a muy poca altura sobre el hotel, hasta posarse lentamente a unos cien metros justo delante del cuarto de Fernando. Una impresionante cantidad de gaviotas y pelícanos se abalanzaron hacia el cielo protestando ante la invasión. Una nube de polvo rodeó al helicóptero y también muchos niños de una escuela cercana; para ellos, se trataba de un acontecimiento fantástico, inédito, sus gritos se confundían con los de los pájaros. Pronto, sin embargo, fueron obligados a encerrarse en las aulas.

Las grandes aspas se aquietaron y se desvaneció la nube de polvo; una veintena de soldados descendieron y se formaron disciplinadamente; un oficial vociferó órdenes de mando; luego llegaron unas camionetas blancas premunidas de ametralladoras «punto-30», en ellas venían carabineros, que se sumaron a la pequeña y temible tropa. Ya todo en orden, apareció en la puerta del helicóptero un tipo alto, delgado, con un impermeable claro y algo corto para su estatura, con un sombrero negro. Fernando lo reconoció de inmediato, un coronel de Inteligencia, al que un par de veces había visto en los actos de la izquierda, «sapeando».

Fernando sintió que su mundo se reducía a la nada, se hacía cábalas sobre lo que estaba sucediendo. Habrían detenido al «chico malo», lo habría reconocido alguien y lo habría denunciado. Sin embargo, le parecía exagerado el operativo, aunque por las noticias alarmantes y la imagen que se había montado respecto a los militantes de la izquierda, todo podía esperarse. Vio al coronel dando instrucciones, al término de las cuales los soldados dieron media vuelta y se dirigieron hacia el hotel. Los carabineros, entretanto, se diseminaron por el poblado. Tomó unas cuantas gotas de baralgina

para tranquilizar su estómago y se dispuso a esperar. No había otra alternativa.

Los soldados entraron como un raudal al hotel. La mayoría de los huéspedes se encontraba almorzando. El coloquio fue interrumpido violentamente y sin ningún decoro. Todos debían avanzar hacia el helicóptero con las manos sobre la cabeza, desde el dueño del hotel, los pasajeros, hasta el personal de servicio. Entre ellos pudo distinguir a un antiguo y conocido empleado municipal, democratacristiano, con una joven de poco más de veinte años.

Después de un rato, un soldado llegó a la habitación de Fernando. Con la punta del fusil iba golpeando las paredes como buscando algo escondido. Cuando vio al huésped tendido sobre la cama se sobresaltó:

—Y tú, ¿qué haces aquí? —preguntó secamente.

—Estoy enfermo —respondió Fernando.

—¿Cómo te llamas, tu carné, de dónde eres, en qué trabajas? No más terminó su interrogatorio lo conminó a bajar con las manos sobre la cabeza y con el fusil encañonándole la espalda. Lo llevó hacia el jardín y lo dejó esperando allí, con las manos arriba. Muy pronto vino un suboficial, que le pidió el carné para llevárselo. Le explicó que estaba enfermo. El suboficial lo autorizó para sentarse sobre una roca, siempre con las manos por arriba de la cabeza.

Pasó una larga media hora. Junto al helicóptero habían levantado una carpa de campaña. Todos los habitantes del hotel hacían una fila frente a ella. Por el otro costado, los carabineros iban conformando su propia cadena de seres con los brazos sobre los hombros. Seguramente, la gente del pueblo sindicada como de izquierda «peligrosa», «enemigos» en la larga guerra que recién comenzaba.

Al parecer su rostro no sufrió ningún cambio cuando apareció el coronel de Inteligencia con un soldado y otro oficial de civil; había logrado imponer la imagen de un hombre tranquilo y se

refugió en ella. El coronel traía su carné en la mano. El soldado se adelantó y le gritó:

—¡De pie, firme!

Pero el coronel, de forma displicente, le dijo que se quedara sentado, mientras encendía un cigarrillo; luego encendió otro y se lo pasó al prisionero, que lo rechazó porque su enfermedad le impedía fumar. El oficial ayudante empezó a hacer preguntas y anotaba las respuestas en una libreta.

—Nombre… número del carné… nombre de la señora… trabajo… dirección… enfermedad.

A todo respondía Fernando con tranquilidad: era dueño de un taller de reparaciones de generadores y alternadores de vehículos, bastante conocido en Valdivia. Su nombre —en realidad el de su amigo— no tenía ninguna relación con la UP o con la izquierda, estaba en reposo por una enfermedad al corazón, y por prescripción médica se había alejado de los sobresaltos de la ciudad. Su señora llegaría el fin de semana, después de dejar las cosas arregladas en el taller. La historia resultaba creíble. La debilidad estaba en el carné que seguía en manos del coronel. Un estudio dactilar superficial daría con todo al trasto. Indudablemente, el coronel —del cual se rumoreaba respecto a su vanidad y refinada crueldad— pensó que ese ser indefenso no osaría engañarlo tan descaradamente y aunque de reojo miró algunas fotos, que llevaba en el bolsillo, no puso mayor atención en ese huésped desvalido. Un soldado trajo el equipaje, abrió una maleta y un bolso y desparramó todo su contenido en el suelo. Junto a la ropa había un mazo de naipes, varias novelas policiales y de pistoleros, una Biblia de bolsillo, remedios, las recetas médicas, una radio portátil.

Mientras el oficial ayudante y los soldados revolvían todo de manera bastante ridícula, el coronel fijó su atención, primero, en una media botella de whisky Chivas Reagal que indudablemente le atraía, y luego se entretuvo un rato con la caña de pescar. De

pronto se irguió y, mientras devolvía el carné a su dueño, ordenó que dejaran al huésped ingresar al comedor. Dio media vuelta y partió rápidamente hacia el helicóptero.

Primero regresaron los cocineros y las camareras, quienes arreglaron todo para seguir con el almuerzo. Cuando regresó Nicolás, Fernando decidió sincerarse con él. Nicolás puso cara de espanto, sus manos temblaban.

—¡Pero, si preguntaban por usted también y cómo no lo reconocieron! ¡Es increíble!

En forma entrecortada empezó a contar todo lo que le preguntaron. Efectivamente, su argumentación se centró en el cuento del submarino «extranjero»; preguntaban por gente extraña que hubiera pasado por el pueblo en esos días; luego, respecto a una lista de nombres, entre los que figuraba el verdadero de Fernando: a todos ellos los buscaban con orden de detención inmediata. Nicolás sacó una botella de pisco y llenó dos copas, la suya la vació dos veces al seco.

Más tarde, sus recuerdos viajaban en el tren, que seguía bamboleándose y se arrastraba inmisericorde a su destino. Fernando se dirigió al baño. Repentinamente se sobresaltó, sintió un calor intenso en su piel. Casi no lo creía, pero allí estaba su esposa, sola en un asiento, mirando como distraída el paisaje. Dudó unos instantes, si acercarse a ella o no. Pero casi sin reflexionar se dirigió lentamente al asiento. Se sentó frente a ella con un diario extendido. Tenía que lograr que lo reconociera de a poco, sin asustarla. Se dio a conocer tocándole suavemente la mano. Ella no lo había conocido. Se puso muy pálida y su nerviosismo solo se reflejaba en sus manos, que arrugaban un pañuelo una y otra vez. Le contó que había viajado a dejar a sus hijos con su abuela y ahora regresaba a su trabajo.

—Y tú —preguntó con voz baja pero perentoria—, ¿por qué vuelves a Valdivia?

Él le contó la situación sin caer en detalles.

—Ay, es horrible —dijo María—, tu hermano está preso, todos tus amigos, quién te va a ayudar. Si te vas conmigo te agarran.

Hablaban como por entremedio del diario semidesplegado. Desde otro asiento una mujer los observaba insistentemente, pero Fernando no le dio la mirada. Bajó la mano y tomó la punta de los dedos de su mujer. La tranquilizó lo más que pudo y le pidió que lo ayudara a conseguir un taxi en la estación, que él se las arreglaría en lo demás.

Por un momento se sustrajo de la realidad recordando otros viajes junto a María, en un pequeño barco, por el lago Panguipulli, en pleno invierno bajo una intensa lluvia y sobre aguas alborotadas, un verdadero temporal que sacudía el barquichuelo que, a pesar de todo, tenía ciertos aires de transatlántico. Poseía un pequeño comedor, donde se podía saborear un sándwich con una taza de café, el que por lo general salpicaba los pantalones o los vestidos. Eran viajes alegres. Llegaban a un pequeño puerto, rodeado de picachos blancos de nieve, que los acogía en una casa donde ardía aromática leña nativa en una chimenea, impregnando el ambiente de una suave tibieza. Eran días cálidos y serenos, junto a la naturaleza exuberante.

Pero no podía seguir pensando en esos momentos de felicidad. Esa mañana había abandonado temprano el hotel. Nicolás y el personal de servicio se habían comportado magníficamente. El helicóptero partió ya casi de noche el día anterior, todo parecía volver a la normalidad. La puerta del hotel estaba herméticamente cerrada y todos sentían una sensación de seguridad. Sin embargo, a la medianoche, unos fuertes golpes retumbaron en el silencio. Fernando se asomó a la ventana, lo que vio le avinagró el estómago. Era una patrulla de soldados que volvía en una camioneta. Pensó lo peor, que lo habían descubierto y lo venían a detener. Nicolás abrió la puerta y la patrulla entró. Desde su habitación, Fernando

escuchaba voces y órdenes. Luego sintió ruido de varios pasos en la escalera. No sabía cómo reaccionaría ante la eventualidad de que lo vinieran a detener. Alguien se detuvo ante su puerta y golpeó. Vaciló un momento, miró por la ventana, no había nadie abajo, pensó que si saltaba podría huir entre las rocas de la playa, pero una voz lo contuvo cuando ya estaba decidido. Don Fernando, soy yo, Nicolás; por favor, quiero entregarle un encargo. Si Nicolás iba a su cuarto, se debía a que la situación se podía manejar, pensó abriendo la puerta.

—Hola —dijo el dueño del hotel—, no se preocupe, los milicos vienen a pasar la noche para controlar todas las salidas de mañana. Van a dormir aquí en el pasillo junto a su puerta.

—Eso está muy mal, pues, Nicolás. ¿Cómo me voy yo mañana, temprano?

—Bueno, eso hay que arreglarlo, hablaremos con el personal, yo me ocupo.

Al rato llegaron de uno en uno las mucamas y los garzones, Nicolás les dijo de quién se trataba. Venían a desearle suerte y a asegurarle que a la mañana siguiente podría salir sin novedad.

Los militares fueron atendidos espléndidamente por el personal, pudieron comer y tomar lo que quisieron y hasta bailar, a tal punto que al día siguiente Fernando salió pasando por sobre los cuerpos de los soldados dormidos en los pasillos y de los fusiles dejados en cualquier parte. Esos mismos soldados debían controlar la salida del microbús de la mañana hacia Mariquina donde no tuvo mayor dificultad en tomar el tren, que ahora lo llevaba de regreso al punto de destino. Había tomado tal decisión, en vista de lo muy peligroso que resultaba quedarse en el hotel. Tenía poco dinero y hacia el norte no había ningún contacto. Los dirigentes máximos del partido de la provincia vecina habían sido fusilados sin juicio alguno, acusados falsamente de haber asaltado el regimiento. Confiaba en que nadie sospecharía que uno de los hombres

más buscados en Valdivia, volvía a la misma ciudad. Seguramente estaban vigilando para que no saliera de ella; no obstante, cuán grande era el peligro.

Viajaba en un coche de primera clase; había supuesto que ello tenía sus ventajas, porque el sentido clasista de la policía no otorgaba ni la capacidad ni el derecho a los de abajo, para merecer un viaje placentero junto a los de arriba, de modo que esos vagones no eran tan vigilados. Pero sentía, al mismo tiempo, sus desventajas; una de ellas: la posibilidad de que allí viajaran, sin lugar a dudas, algunos enemigos acérrimos del gobierno de la UP, y por tanto, sería difícil encontrar la solidaridad popular en caso de peligro.

—Mi corazón duele... mi corazón palpita... mi corazón salta... mi corazón llora —rimaba Fernando con el traquetear del tren.

Una mujer lo seguía observando de manera insistente, gotitas de sudor frío pugnaban por salir de su piel. Sus sentidos resonaban en forma inédita en su cerebro. La tensión era por ratos dolorosa.

Su plan, bastante sencillo, ya se lo había comunicado a su compañera: bajarían separados, ella se adelantaría a conseguir un taxi, él trataría de hablar por teléfono a alguna amistad, desde un negocio ubicado frente a la estación de ferrocarriles. Ahí se propuso esperar a su mujer, que llevaría el taxi.

Como todos los trenes, este se detuvo resoplando en la terminal. Estaba todo lleno de soldados, era la represión visible, la más peligrosa no se descubría a simple vista. Hacía esfuerzos por avanzar lo más rápido posible entre los equipajes, los maleteros, los vendedores y los pasajeros. La mujer de la mirada insistente venía detrás en forma ostensible, casi corriendo. Al salir de la estación la perdió de vista. Se metió al almacén. Compró una manzana para no parecer tan ansioso por llamar por teléfono. Llamó a un amigo, la sorpresa de este fue mayúscula:

—¡Huevón estás aquí! ¡Pero qué mierda haces aquí, huevón! —Después de varios titubeos se comprometió a recibirlo por un par de días.

Dejó el teléfono. Al darse la vuelta y levantar la mirada, se encontró con un espectáculo que lo petrificó: un oficial de carabineros en uniforme de guerra, con un extraño casco de plástico le apuntaba con una subametralladora, detrás de él varios carabineros le apuntaban con sus fusiles SIG. Afuera se encontraban dos camionetas blancas premunidas de ametralladoras pesadas. El oficial estaba inmóvil y lo miraba con fijeza, era una versión adelantada del moderno «Terminator». Fernando, al mismo tiempo que daba un mordisco a su manzana, sintió que la mirilla del arma le apuntaba directamente entre los ojos.

VII

En algún extremo del gran pasillo, alguien empezó a gemir. Los quejidos crecían amplificados por la resonancia fantasmagórica del recinto, penetrando hasta el alma. Los gemidos se transformaron en gritos y luego en alaridos. Era un prisionero que se volvía loco, tal vez por unas horas o días, pero quizá tales efectos sicológicos habrían de influir en su vida posterior

—Santo Padre, ven a ayudarme, Santo Padre, ayúdame, por favor. Mira cómo desgarran mi carne, Santo Padre. Me están cortando en pedazos, Santo Padre. Mis pedazos los echan a una camioneta, Santo Padre. Me están cortando entero, Santo Padre. Mira mi sangre, mira mi sangre, Santo Padre; por favor, me están metiendo un palo en el culo, Santo Padre, un palo en el culo. Me rompen las entrañas, Santo Padre. ¡Qué dolor, qué dolor! Sáquenme el palo del culo, ayúdame, Santo Padre!

Los guardias corrían a aplacar al prisionero, nada fácil porque este actuaba como un enajenado mental; se caía una y otra vez; le dieron de golpes con los fusiles hasta que se desmoronó inconsciente por el resto de la noche.

Fernando meditaba, cuántos días había permanecido ya, parado sin dormir, no lo sabía con exactitud. Tal vez los torturadores le hicieran creer que había pasado mucho tiempo. De repente caía al suelo y lo pateaban o le pegaban con los fusiles hasta, de nuevo, ponerlo de pie, sin ninguna misericordia. Por ratos pensaba

en lo sucedido. Cómo llegaron los agentes a la casa de reunión. Lo habrían seguido a él. Caería el resto de sus camaradas de Concepción. Cuánto sabía efectivamente la Fiscalía. Sentía que estaba cerca de su propia locura, ya empezaba a evadirse de la realidad. No sabía si era verdad o mentira que conversaba con su madre, durante algún momento de su infancia, en un paraje conocido, cálido, hermoso y tranquilo del sur. Siempre había un río que mitigaba su sed y las manos o las palabras de su madre que aplacaban su dolor. Veía hermosos colores, días esplendorosos. Cada vez eran más nítidos los recuerdos de su niñez, hasta que fue un niño otra vez, hablando con su madre; cosas muy remotas en su subconsciente emergían como por arte de magia. Caminaba largos trechos por campos llenos de verdor y luz. Había una placidez muy grande. Después se sintió un escolar, jugaba con sus compañeros de escuela. Había siempre algún obstáculo que salvar, pero lo rodeaba. No lograba establecer una idea clara de cuál era ese obstáculo. Pero él ya no estaba en un subterráneo fétido sometido a la tortura. Era un niño libre.

En la medida que crecía como persona, el obstáculo iba tomando forma. Primero como una mancha en el césped. Luego, poco a poco iba transformándose en un hoyo que evadía o saltaba con facilidad. Cuando se adentró en la adolescencia, el obstáculo tenía formas vagas, pero temibles. Un hoyo que se movía, al que no se le veía fondo. Salía de él una especie de niebla que lo irritaba en forma creciente. Cuando era más complicado superar el obstáculo, se encontró en una clase de inglés, con una vieja maestra que a cada instante amenazaba a los alumnos con castigos o con amonestaciones morales. Y aunque en la vida real la maestra había sido una viejita buena, ahora la sentía como una bruja, quizás por su propia dificultad para aprender el inglés. Fue de forma repentina que empezó a gritar:

—Bruja, ándate, bruja.

Acto seguido se puso a gritar en inglés. Repetía lecciones o conversaciones de sus clases con absoluta seguridad. Pero la bruja aparecía ahora en el hoyo, entonces trataba de huir y se caía. Vino un oficial, con curiosidad a ver por qué un prisionero hablaba inglés. Entonces, con su inglés de alguna academia norteamericana procuró tener un diálogo con el prisionero.

—*What is your name?*

El prisionero seguía con su monólogo. El oficial lo agarró por los hombros y lo remeció como para sacarlo de su ensoñación.

—*What is your name?* —repitió con voz de mando. Se produjo un silencio. Si el prisionero no contestaba, el oficial quedaría en ridículo ante los guardias. Tal cosa no era concebible.

—*What is your name?* —zamarreó otra vez a Fernando. Un guardia le dio algunos golpes:

—Contéstale a mi oficial.

Tal vez Fernando tuvo algún chispazo de conciencia porque contestó:

—*My name is Fernando, official, shell of your mother.*

La respuesta del oficial fue de la mejor tradición colonial inglesa, sacó la pistola y propinó con ella varios golpes al prisionero. Lo propio hicieron los guardias con los cañones de sus fusiles. Fernando siguió repitiendo: «*Official, shell of your mother*». Gritaba cada vez más fuerte con mofa y se reía en forma estridente, se abalanzaba hacia todos lados y con fuerza sobrehumana se negaba a quedar quieto. Los guardias lo golpeaban con violencia en las piernas y el abdomen. Debajo de la venda tenía los ojos desaforados y babas espumosas le salían de la boca mientras seguía vociferando. Hasta que lo amarraron de las piernas con unas correas y le taponearon la boca con otra venda.

Despertó, adolorido todo el cuerpo, sobre una silla. Recordaba de forma vaga lo ocurrido. Debía ser de mañana porque un guar-

dia le trajo una taza de té con un pan. De seguro el desayuno. Le dolía masticar, pero le daba gusto comer, señal de que aún vivía.

Le daba la impresión que muy cerca de él había otra persona sometida al mismo tratamiento. Escuchaba sus palabras, sus caídas, los golpes que le propinaban a cada instante. Lo imaginó como una persona robusta porque en el desigual duelo oponía resistencia y retaba una y otra vez a los guardias y oficiales que lo asediaban. Como respuesta recibía más y más golpes e improperios de grueso calibre. Un día o una noche, daba igual porque todo le parecía noche, estalló la locura de su vecino.

—Llegaste, viejita, al fin llegaste. Dejen entrar a mi viejita, cabrones de mierda, no la ven que está ahí en la puerta. Déjenla entrar, maricones. Viejita, me trajiste pan caliente. Pero entra, viejita, no sabes cuánto te quiero. Pancito caliente, viejita. ¡Dejen entrar a mi vieja, maricones, está ahí en la puerta!

Una y otra vez repetía lo mismo. Los guardias lo golpeaban con frenesí y lo conminaban a calmarse. Fernando sentía pasar el aire originado por los movimientos de los cancerberos. El prisionero atacado con saña se caía cada vez más pesadamente. Hasta que al fin se derrumbó entre estertores. Un guardia hacía un último intento por ponerlo de pie.

—Párate, mierda —le gritó, mientras le propinaba puntapiés. Otro, sin embargo, lo contuvo.

—Espera, espera, está vomitando sangre y está como desmayado.

—Oficial, llamen al oficial —escuchó gritar, al mismo tiempo que se producían carreras locas. El oficial debió observar con atención al prisionero caído ya que después de un momento de silencio, gritó:

—Este huevón se nos va, llamen al doctor ¡Que venga el jefe, díganle que hay una emergencia!

De nuevo las carreras locas y los gritos y órdenes. Escuchó con claridad los estertores del prisionero que, al parecer, vomitaba algo.

Llegó el jefe, el de los ojos grises, cuya voz le era ya inconfundible, acompañado por quien presumió como el doctor. El doctor tuteaba al jefe, por lo que debía tener un grado similar o tal vez pertenecía al equipo de confianza y formaba parte del grupo de torturadores.

—Se les pasó la mano, comandante; este ya está liquidado, no dura más de media hora.

—Estás loco —respondió el jefe—, este gallo no se puede morir así, lo necesito vivo todavía.

—No te garantizo nada —respondió el médico—, este hombre está liquidado.

Acto seguido pidió unas inyecciones, ambulancia y camilla. El desbarajuste pareció ser grande, el propio jefe perdió todo el sentido de la conspiratividad. Cuando llegaron los de la ambulancia, el que venía al mando preguntó:

—Nombre del enfermo.

—Alfonso —respondió el oficial.

VIII

El trágico desenlace del vía crucis de Alfonso produjo cambios significativos para los prisioneros, al menos momentáneamente. Todos fueron introducidos en celdas. En estas, por lo general, habia unas tres literas con tres camas cada una. En el espacio restante se acomodaban los prisioneros sentados en sillas, vendados, esposados y con absoluta prohibición de conversar entre ellos. Había un guardia permanente apuntándoles con el fusil y cada cierto tiempo, con regularidad, pasaba un «móvil»; estos mismos repartían la comida o guiaban a los prisioneros al baño formando unos trencitos.

Siguieron unos días de relajo. Por orden superior, todos los prisioneros debieron bañarse y lavar sus ropas. La dieta alimenticia mejoró notablemente. Los guardias hacían la vista gorda cuando a veces se producían cuchicheos entre prisioneros y solo gritaban: «¡Silencio!». Los suboficiales comentaban que los alemanes estaban exigiendo que representantes de las Naciones Unidas visitaran la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea (AGA) y que una misión alemana estaba ya en Chile con el mismo propósito.

El servicio de inteligencia se cuidaba mucho de no dejar en una misma celda a personas de una misma causa, aún en proceso de interrogatorio. Pero el relajo permitió que una noche llegara a la celda un prisionero que debía acomodarse en la litera de Fernando. Mientras arreglaban la cama, el guardia le preguntó algo a Fernando. Nadie era mencionado por su nombre, sino por un número.

Pero pronto se reconocían por la voz. El recién llegado reconoció a Fernando y muy despacio le dijo:

—Soy yo, compadre, Arturo.

A Fernando casi se le cayó el pelo. Le parecía increíble, era una de las personas por quien más le habían preguntado en todos los interrogatorios y él se había negado en forma sistemática a dar algún indicio.

—Saben todo —susurró Arturo—. Llegaron por los datos de una libreta. Está la cagada en todo el país.

De golpe, Fernando comprendió la sorna y el sarcasmo de los torturadores. Era efectivo, tenían conocimiento de toda la estructura en que participaban los prisioneros, podían jugar con ellos. Entonces, ¿a qué obedecía la tortura, si ya conocían todo? El objetivo, tan solo uno —pensó—: quebrantar al máximo la voluntad de los prisioneros, hasta lograr que alguno decidiera «cooperar», ya soplón, ya infiltrado, ya torturador de sus compañeros. Aquel subterráneo de la Academia de Guerra era un laboratorio dedicado a manipular la personalidad de los prisioneros, para convertirlos en esclavos de la conciencia y los designios de sus torturadores. Fernando trató de inquirir más datos, pero el guardia gritó: «¡Silencio!». Al día siguiente, el oficial de turno cayó en la cuenta de que había puesto a Arturo junto a Fernando y lo mandó a sacar con prontitud de la celda.

Durante los días inmediatamente posteriores, pareció continuar el aflojamiento de la disciplina. Los presos podían conversar en los baños, donde se intercambiaban todo tipo de rumores. Por entonces, se hablaba de un posible acuerdo entre la SIFA y un grupo del MIR, para sacar a uno de sus cabecillas del país, a cambio de una tregua que comprendería la entrega de las armas de los pocos combatientes de la resistencia armada, a la Junta Militar. Se rumoreaba, también, respecto al permiso que la SIFA habría otorgado a un prisionero, dirigente del Partido Socialista, para que saliera

de la Academia de Guerra y entregara el texto de una supuesta carta intercambiada entre dirigentes del interior y el exterior del Partido Comunista, en la cual se habrían vertido comentarios adversos sobre la posición y actitud de un alto dirigente socialista. Ningún prisionero pudo esclarecer los rumores en ese momento; sin embargo, aprovechando la incomunicación de los mismos, el coronel Cabezas, siniestro aprendiz de Maquiavelo, sometía a cada grupo a la duda en sus aliados.

En las celdas, en esos poquísimos días de relajo, a los prisioneros se les permitía leer por turnos. Cada una hora se les autorizaba para levantar un poco la venda de manera que pudieran ver las páginas de los textos por entre los pequeños espacios creados por la prominencia de la nariz. Ello producía también un gran alivio para los internados al sentir libre las fosas nasales y la boca, así no se acumulaba fetidez en la venda. Les permitían solo leer libros como *El archipiélago de Gulag* y *La noche quedó atrás*, pero un suboficial instructor repartía en las noches novelas policiales o de *cowboys*, cuya lectura los rehenes podían disfrutar cuando no había oficiales presentes en la guardia. La alimentación, de calidad regular aunque muy reducida, correspondía más o menos a un cuarto de ración normal.

Había pasado casi un mes, desde el ingreso de todos los prisioneros de los pasillos a las celdas y quizás dos, desde que fueron secuestrados. Una noche, cuando ya estaban acostados, repentinamente entraron varios tipos de civil a la celda donde dormía Fernando. Lo hicieron levantarse. Le pusieron el abrigo y después lo esposaron con las manos a la espalda y aseguraron el grillete de sus tobillos. Lo cubrieron entero con una frazada y se lo llevaron a través del largo pasillo. Apenas quiso protestar, le pusieron un trapo en la boca. Hizo el recorrido a la inversa de cuando recién había llegado al AGA. Lo llevaban prácticamente en vilo. Antes de echarlo boca abajo al piso en la parte del asiento trasero de un auto Chevrolet 56, de motor reforzado, lo envolvieron como una espe-

cie de lulo de pies a cabeza. Los tres tipos, que se sentaron en el asiento trasero, pusieron sus pies sobre el cuerpo de Fernando, y uno de ellos le afirmó su pistola en la nuca.

—Ahora sí que cagaste, comunista de mierda.

El cancerbero tal vez pretendió que el prisionero reaccionara con temor. Fernando, cualquiera hubiera sido el sentimiento que lo embargara, no pudo expresarlo ni siquiera moverse y apenas consiguió liberarse del ahogo que le producía la venda con que le habían taponeado la boca. Me van a fusilar, ha llegado mi hora, supuso. Pero lo más extraño era que se encontraba sereno. Tenía tranquilidad de alma. Sin reprimirse sintió ganas de llorar por sus seres queridos y lo hizo con ese sentimiento interior, que limpia y embellece el espíritu. No se trataba de un llanto desgarrador, convulsionado, aunque era incontenible. Sus lágrimas iban brindando una especial expresión de dulzura por sus hijos y lo embargaban de la decisión suprema de no claudicar; menos aún, cuando se sentía decidido a ofrendar la vida por sus convicciones más profundas.

Quizás una hora más tarde el automóvil se detuvo. Tiraron al prisionero fuera del auto, tal si fuera un fardo. Lo «desempacaron» y lo pusieron de pie, cubierto con la misma frazada. Lo hicieron caminar. Sintió ruidos de motores a reacción de un avión, mientras caminaban sobre algo que crujía como gravilla.

—Esperen —dijo el que iba a cargo—, hay muchos huevones sapos.

Pasó un rato, los motores del avión rugieron estrepitosamente, al mismo tiempo que se alejaba para decolar. Fernando pensaba: este es mi destino, seré arrojado desde un helicóptero al mar o a un río. Conocía lo ocurrido más al sur, donde habían lanzado a prisioneros, especialmente mapuches, desde helicópteros o los torturaban colgándolos y arrastrándolos por entre las copas de los árboles. Recordó que unos seis meses antes del golpe, cuando regresaba de Santiago en una camioneta cargada de un número especial de *El*

Siglo, patrullas militares lo detuvieron cerca de Lautaro, alrededor de la medianoche. A punta de fusil, lo llevaron junto a dos compañeros mas al regimiento de Temuco. Los militares revisaron los paquetes de diarios y la cabina de la camioneta. Fueron interrogados sobre su procedencia y su destino, su filiación política y si tenían armas en el vehículo. Los hicieron esperar, porque tenían que verificar los datos. Todo era una faramalla, pero en medio del lío, apareció el comandante del Ala de la FACH en Temuco. Muy amable ordenó a los militares que les devolvieran los documentos a los detenidos, la camioneta y todo. Se ofreció solícito, pero con aire de autoridad, a acompañarlos y encaminarlos hacia el sur, para que no tuvieran más problemas; incluso les extendió un salvoconducto. Cuando ya salían de la ciudad los hizo detenerse y los invitó a comer a una posada campesina. Allí habló mucho de Allende, que le gustaba lo que hacía, que él se sentía amigo de los comunistas, que siempre conversaba con los dirigentes de Temuco:

—En la institución hay mucha gente que tiene mi pensamiento y nunca se prestará para un golpe o algo así.

Pero, como corolario de aquella historia, resultó ser uno de los que encabezó el golpe en Temuco; él, el que ordenaba torturar a los prisioneros, colgándolos de helicópteros, y otras veces liquidarlos lanzándolos a los ríos o al mar.

Entretanto, el avión había partido. Avanzaron sobre la gravilla, hasta llegar a los pies de una escalinata, que por su sonido le pareció de fierro. Subieron. Al llegar arriba, caminaron unos pasos y volvieron a bajar por otra escalera de fierro. Llegaron a una superficie sólida, de cemento. Caminaron por pasillos que Fernando presentía similares al del subterráneo del AGA. Pronto arribaron a un lugar frío y húmedo.

—Te quedarás de pie —dijo el cabecilla—, sin afirmarte en las paredes, sin hablar, sin dormir. No tienes derecho a nada. ¿Oíste, maricón? Hasta aquí no más llegó tu carrera.

Seguidamente, Fernando sintió cómo a sus espaldas con un entrechocar de metales, se cerraba una pesada puerta.

Transcurría el tiempo, no sabía cuánto. A intervalos y muy lejano, le parecía oír un altavoz anunciando vuelos procedentes de Buenos Aires, también de Arica. Escuchaba niños jugando en un lugar cercano. Cada cierto tiempo se abría lo que presumía una mirilla de la puerta; intuía la mirada de un ser anónimo. Se fue debilitando rápidamente. Se adueñó de su cuerpo un pesado sopor. Revivió la experiencia de los primeros días de tortura, constatando que ahora se abandonaba más fácilmente a la imaginación. Era la forma de evadirse. Antes de las veinticuatro horas se quedó dormido afirmado en la pared. Esta vez no sintió cuando la puerta se abría; solo los violentos puntapiés, que lo despertaron lanzándolo al suelo.

—¡Párate, desgraciado, antes que te mate! —Fernando se levantó trabajosamente.

—A la otra te voy a hundir los riñones, pobre huevón —sentenció el anónimo cancerbero, exhalando olor a alcohol.

A cada rato, más y más difícil le resultaba sostenerse en pie, pero no pensaba rendirse. Cerca del calabozo percibía una conversación en alta voz. Le daba la impresión que eran guardias que se emborrachaban, pronto se les unieron mujeres. La conversación giraba en torno a requiebros amorosos y proposiciones francas de relaciones sexuales. Sentía el entrechocar de copas y botellas, y risas estridentes, seguramente de prostitutas que le hacían compañía a los guardias en su vigilancia nocturna.

Había descubierto cómo pasar hacia delante sus manos atadas tras la espalda, deslizándolas trabajosamente bajo sus pies, y cómo zafar una mano de las esposas, para lo cual se mojaba la delgada muñeca y la mano con saliva y lentamente, con suavidad, con delicadeza, sin tirones, la retiraba. Esta vez lo hizo y trajinó los bolsillos de su abrigo. En uno de ellos encontró un caramelo, que tenía su histo-

ria. Uno de los prisioneros que compartía su celda, a quien los guardias apodaban el Chaihuín, era casado con una ciudadana alemana. La Embajada de Alemania supo que aquel se encontraba en los subterráneos de la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea y ejercía presión por la salvación de la vida y la seguridad del prisionero.

La historia tenía que ver también con su apodo. En un lugar llamado de tal manera, en la costa de la provincia de Valdivia, entre Corral y la Unión, a la sombra de frondosos bosques de alerces y otras especies nativas, durante los tiempos de la presidencia de Eduardo Frei, el Partido Socialista instaló un campamento guerrillero, que fue descubierto, causando conmoción local y nacional. Casi todos sus integrantes fueron detenidos, y sometidos a juicio, quedaron posteriormente en libertad. Uno de ellos era este prisionero, más conocido como Chaihuín.

Creció a tal punto la presión diplomática, que en una ocasión le llegaron chocolates, caramelos y una carta de su esposa. «Chaihuín» repartió parte de este botín entre los prisioneros y con el resto procedía a comprar pequeños servicios de parte de los guardias, informaciones sobre otros presos, un poco más de comida, una ducha caliente.

Uno de esos caramelos había quedado en el bolsillo del abrigo de Fernando. Nunca pensó que un simple caramelo pudiera producir semejante efecto en su organismo. Al mismo tiempo que lo disolvía suavemente en su boca, fue sintiendo un efecto revitalizador, placentero, sensual.

IX

Pronto se despertó del todo y su cerebro empezó a funcionar con más intensidad.

Pensaba en los hijos como el punto de llegada o partida de sus alegrías o tristezas: el sentimiento por los hijos quizás sea la fuerza que determina la vida, la muerte, el porvenir y todas las inescrutables vicisitudes a las que se ve enfrentado el ser humano. Pero no; debía existir una fuerza superior; de lo contrario podría haber elegido quedarse junto a sus hijos y su compañera; escapar con ellos al extranjero, o rendirse esperando la misericordia de sus verdugos. Pero había elegido partir a la lucha sin tener claro a dónde iba y con la espina de la incertidumbre en que quedaban sus seres queridos; disyuntiva implacable y dolorosa, cualquiera fuese la decisión; dolor que partía el alma a todos, a su esposa, a sus hijos y a él mismo; un dolor del que podría ser acusado como causante en el futuro. Pero no podía abstraerse de esa otra fuerza que lo determinaba, la fuerza de las ideas.

Sus pensamientos reincidían en sus hijos, lo mismo que aquella ocasión en que se encontró al oficial de carabineros apuntándole directo a la cabeza. En ese instante, cuando sintió que iba a morir, pensó en sus hijos.

Ese momento fue escalofriante para Fernando. El oficial, por unos segundos, cruzó su mirada con la de él, una mirada fría y cortante, que de pronto se deshizo en una casi imperceptible tona-

lidad amistosa. Luego bajó el arma y ordenó secamente retirarse a su patrulla. Era el mismo oficial, que poco antes del golpe le había ofrecido su amistad.

No podía salir de su asombro: era tremendamente inusitado sentirse casi muerto. Entre su vida y su muerte medió tan solo un relámpago de fuego que no se produjo por orden del destino. Todavía no terminaba de reaccionar, cuando un taxi hizo sonar la bocina fuera del almacén y su compañera le gritaba, conminándolo a subir. Por primera vez, en su odisea, corrió desesperado. Al bajarse del taxi y despedirse nuevamente, su esposa lloraba abrazándolo con fuerza; nada le dijo de lo que había ocurrido en el almacén. Solo susurró:

—Cuida a los niños.

Ambos comprendían lo inseguro de permanecer juntos, pero tal comprensión no aplacaba la pena, sobre todo la de ella, solitaria y afligida alejándose en el taxi. Se quedó meditando en el significado desgarrador de la distancia que lo separaba de sus seres queridos.

Los recuerdos seguían afluyendo a su cerebro revitalizado. El regreso a Valdivia fue complicado. La casa de Rosita, donde le fue brindado un refugio cálido y seguro, ahora aparecía transformada en lugar de socorro de otros perseguidos. Doña Juanita, la madre de Rosa, día tras día se iba a visitar a los presos políticos en la cárcel de Isla Teja, indagando por la suerte de personas detenidas en la Fiscalía Militar. Se decía a sí mismo que nunca olvidaría a esas mujeres que le dieron tanto afecto, tanta humanidad. Rosita, mujer frágil y sensible, padecía una enfermedad complicada, que la seguiría acompañando toda su vida. A pesar del sufrimiento, a diario andaba preocupada por las personas que estaban enfrentando la persecución. No más abandonar la casa de Rosita, sintió un vacío enorme de afecto, amistad y apoyo sincero.

Más tarde su reencuentro con Carlos le produjo una reanimación, instándolo a seguir adelante, a buscar una salida. Ambos

empezaron a peregrinar de una a otra casa. Los socorrían por una o dos noches y después debían partir. La vida se les había convertido en un sobresalto continuo. Mantenían el plan de dirigirse al norte, primero a Concepción, pero no sabían a dónde llegar. Toda comunicación con la capital resultaba impracticable, menos con las ciudades intermedias. Hicieron un listado de compañeros o personas conocidas en Concepción y aunque un cierto recelo les advertía la posibilidad de poner en peligro a terceros, no les quedaba otra alternativa que partir en su busca.

El viaje a Concepción se decidió en forma repentina e impostergable, justo cuando ambos amigos conversaban sobre ello en una casa de los barrios bajos. A eso de la medianoche, alguien golpeó, perentorio. En silencio corrieron hacia una pieza posterior. Una voz de mujer solicitaba desde el exterior que le abrieran la puerta, urgente. Cuando los dueños de casa le abrieron, estaban todos asustados. La mujer entró y pidió hablar con don Fernando.

—Yo sé que está aquí —insistió, con voz entrecortada, impaciente—. Su vida corre peligro, vine a darle aviso. Por favor, quiero hablar con él.

Los dueños de casa negaron que estuviera presente, sospechaban una trampa. La mujer insistió:

—Quiero hablarle, los carabineros saben que está aquí y lo van a venir a buscar.

El requerido, la oreja pegada a la puerta del dormitorio, decidió apersonarse.

—¡Ah, por fin, don Fernando! —casi gritó, corriendo a su encuentro con las manos extendidas—. Escúcheme, por favor. Mi marido me manda a decirle que tiene que irse antes de las seis, porque a esa hora van a venir los carabineros para llevárselo y que lo pueden matar si lo encuentran.

—Pero, señora ¿quién es usted?, ¿cómo sabe que me van a venir a buscar?

—¿No se acuerda? Yo soy la mamá de Anita, la niñita enferma, la pobrecita que salvaron los médicos, a los que usted me mandó.

Entonces, veloz y efectiva, cruzó por sus pensamientos la imagen de esa madre, que había llegado al local del partido, solicitando ayuda para su hija enferma. Él la había enviado donde el doctor Rodríguez, un camarada de gran voluntad para atender a personas en dificultades.

—Sí, sí, ya me acuerdo. Pero dígame, ¿quién es su marido?, ¿cómo sabe que me pueden matar?

—¿Acaso no lo sabe, don Fernando? Mi marido es el sargento Mondaca, el jefe de la brigada civil... Él me mandó a decirle que se fuera antes de las seis, porque saben que usted está aquí.

Oírla y sentir una suerte de languidez recorriéndole el cuerpo, fue todo uno: no tenía idea que había ayudado a la hija del jefe de la brigada civil, que se infiltraba entre las bandas de delincuentes, pero en el último tiempo se dedicaba a informar sobre los partidos de la UP como tenaz perseguidor de las brigadas de propaganda de la juventud comunista. Sopesando cuanto había escuchado, no descartaba que se tratara de una trampa, pero la mujer se veía sincera. Su marido, de seguro, la había trasladado hasta la casa, porque nadie que no mantuviera vínculos con los uniformados podía transgredir el toque de queda, que se levantaba recién a las seis de la mañana, justo a la hora en que lo vendrían a detener.

Se decidió, agradeciéndole con un tono de voz alterado por la emoción, se despidió de la mujer. Luego se tendió procurando descanso y sueño reparador, casi imposible debido a la tensión. Acordaron salir con Carlos a las cinco de la mañana, hacia la casa de un compañero; allí cambiarse de ropa y partir a Concepción en el tren de las siete. Estuvo horas despierto tirado sobre la cama, pensando en el peligro inminente que corrían.

A las cinco, en plena oscuridad incrementada por una lluvia intensa y uno de esos vientos del sur que lo calan todo con sus

cuchillos de agua y frío, metieron en bolsas de plástico algunas prendas de vestir y demás pertenencias y saltaron por la ventana trasera, que daba a unos sitios eriazos anegados de agua y lodo, en los que se hundían hasta las rodillas. Practicaron un gran rodeo por calles oscuras, agazapados y silenciosos, hasta llegar a casa de Manuel, quien les abrió la puerta y los recibió con expresiones de asombro. Pronto prendió la estufa a leña y preparó café y unos huevos revueltos. Sentado en un sillón, Fernando durmió casi una hora. Se duchó con agua tibia y se sintió reconfortado y decidido a partir. Manuel los llevó en su auto a la Estación de Ferrocarriles.

Portando el mismo carné de su amigo y la misma historia de su primera salida, no tuvo dificultades en sacar su boleto de segunda clase. Partía con cierta ansiedad. Iba rumbo a la libertad o hacia mayores dificultades, he ahí la gran incertidumbre. Los militares, desde el inicio del viaje, presionaron sicológicamente. Se paseaban con el fusil en posición de disparo, de carro en carro. Hacían bajar las cortinas de las ventanas. Revisaban bultos y pedían carnés al azar. Entre Lanco y Loncoche, en un lugar solitario, el tren se detuvo repentinamente. Mientras diez o doce soldados apuntaban a los pasajeros, un suboficial leyó una lista de personas buscadas, señaladas como extremistas, conminando a que si estaba presente alguno de los nombrados debía descender inmediatamente, bajo amenaza de sufrir severo castigo al que desobedeciera. Último susto grande, antes del arribo a Concepción, diez horas más tarde. Ya en la estación faltaba poco más de media hora para el toque de queda y había largas colas ante los puntos de control establecidos por los militares para revisar los carnés. Había listas pegadas a los muros con decenas de nombres de buscados de casi todo el país. Fernando tuvo la certeza de que si llegaba al control, su precario documento de identidad podría no resistir una revisión atenta. Casi sin pensarlo, con pasos firmes, se dirigió resueltamente a un oficial, a cargo de la custodia de la salida.

—Señor oficial —inquirió con voz segura, mirándolo a los ojos—, ¿qué debo hacer para llegar a mi domicilio antes del toque de queda?

—¿Usted vive lejos o cerca de la estación? —inquirió muy amablemente el oficial—, porque si vive lejos debe subir en un bus con salvoconducto y guardias. Si vive cerca, puede irse de inmediato de a pie.

—Vivo muy cerca, señor oficial —contestó Fernando con mucha rapidez—, le solicito que me deje salir. Mostró su carné, como si quisiera dar a entender que no ocultaba nada. El oficial apenas si miró el carné, solo ordenó: «Guardias, dejen salir al civil».

Sintió un alivio inmenso. Carlos ya lo esperaba fuera de la estación. El domicilio cuya dirección llevaban estaba, de verdad, cerca y hacia allí caminaron lo más rápidamente posible, pero no encontraron a la persona buscada. Una mujer rubia y alta les comunicó lacónicamente que no sabía dónde la podían encontrar.

En la calle, cada minuto los ponía en situación más desesperadas. Sin proponérselo, se metieron al primer hotel que encontraron, el España. Había que dejar los carnés en la recepción. A los pocos minutos, cerraron sus puertas y los escasos huéspedes continuaron dedicados a comer o a tomarse unos tragos. Fernando y Carlos subieron a una habitación, donde en cualquier momento esperaban que los vinieran a allanar. Afortunadamente, esa noche el hotel no sufrió ninguna investigación directa sobre sus albergados.

Muy temprano, se dedicaron a buscar a las posibles personas amigas. En Concepción reinaba la inseguridad. En toda la zona, donde los comunistas tenían una gran presencia electoral, especialmente en las minas de carbón de Lota y Coronel, era difícil encontrar a alguien dispuesto a socorrerlos. Todos sufrían los mismos pesares. Lograron ubicar a un dirigente local del partido, en Talcahuano:

—Compañeros, no hay nada que hacer —comentó con los ojos lacrimosos— están casi todos los dirigentes presos y los van a matar.

Pasará mucho tiempo antes de poder rehacernos, pero ahora cada uno tiene que arreglárselas como pueda.

Esa era la ley del momento —pensó Fernando.

—Con mi familia estamos con la idea de irnos a Argentina, por un tiempo —musitó apenas, con amargura, descansando su frente en el hueco de una mano—. No hay nada que hacer —repitió en forma vaga.

Antes de despedirse, sin embargo, les entregó la dirección de Ana María, que no era conocida como comunista y que tal vez accedería a acogerlos. Obligados, dejaron transcurrir el tiempo, lentísimo y lleno de sobresaltos, hasta el anochecer, antes de golpear a la puerta de la casa de Ana María, una mujer joven, separada, que vivía con una hija pequeña. Era una obrera textil. Los recibió con desconfianza, pero pronto se dio cuenta de que estaban bastante desesperados por conseguir un lugar donde quedarse. Su padre había sido dirigente comunista y sabía, por su madre, que había vivido por mucho tiempo a salto de mata. Algo dentro de ella la impulsaba a socorrer a sus angustiados visitantes. Su hogar era modesto. Aceptó que Fernando se quedara esa noche, su presencia en la casa debía pasar lo más inadvertida posible. Carlos no tenía problemas para buscar alojamiento en otro lado, podía resistir cualquier control policial.

Una mujer sola podía tener un amigo. Era la mejor leyenda. Aquella noche conversaron largamente. El huésped, viajero furtivo, estaba tranquilo y seguro. Hacía mucho tiempo que no se sentía tratado con calidez. La tibieza del hogar y la tierna acogida que le brindaba la mujer lo serenaron a tal punto, que pudo dormir sin sobresaltos y al fin desprenderse de parte de la gran tensión que lo atenazaba.

Al día siguiente, Ana María le pidió que la acompañara al cumpleaños de la hija pequeña de una amiga. Había que actuar con naturalidad. Se dirigieron al centro de Concepción, a una casa de

gente acomodada, donde vivía otra mujer joven, separada, con una hermana y una señora anciana, que rara vez se asomaba desde las habitaciones del fondo. Conversaron de asuntos triviales y comieron tortas y dulces, en medio de la algarabía de una decena de cabros chicos, que saltaban sobre las mesas o derramaban el chocolate en las faldas de sus mamás. El acompañante de Ana María les parecía una persona de bien, atento, educado y algo atractivo. Al término de la fiesta se despidieron de besos en las mejillas y con promesas de visitarse.

No pasó mucho tiempo antes de que la situación se pusiera oscura en el barrio donde vivía la joven obrera. Los infantes de marina encontraron a unos «extremistas» en la misma población y era inminente un allanamiento general. Ana María, con grandes dudas, llamó a una hermana, Estela, casada con un camionero. Ella recibía pensionistas y le pediría que por un tiempo albergara a su amigo. Le advirtió que estaba en dificultades pero que nada debía saber su marido, el camionero. Esa misma tarde debió partir Fernando con Estela. Ana María lo despidió con un estrecho abrazo, sintió la cercanía de aquel cuerpo pegado al suyo y la sangre enloqueció su corazón. Se fue, sintiendo que dejaba algo más que una amiga, pero no había tiempo para averiguarlo.

X

Poco tiempo debió pasar, hasta que se diera cuenta de que Estela era una mujer amargada. Su casa, al lado de la carretera que une a Concepción con Talcahuano, tenía una especie de departamento al fondo del patio. En ese lugar del camino había una guardia permanente de managuás, como llamaban a los marineros. Él veía detenerse allí, casi todos los días, camiones con prisioneros que eran trasladados seguramente a la Isla Quiriquina. Por lo general, los suboficiales a cargo del piquete iban a desayunar a la casa de Estela. Apenas tomaban en cuenta al pensionista. Estela coqueteaba con uno de ellos, que cuando el marido no estaba, aparecía por la tarde y se quedaba largo rato platicando con la mujer, tomándose unos tragos. Estela salía a hacer compras después del mediodía, casi siempre la traía de vuelta el suboficial en un vehículo. La llamaba continuamente por teléfono.

El camionero llegaba solo los fines de semana a comer, a tomar y a poseer a su mujer, a la que le daba un trato procaz. Finalmente se emborrachaban los dos. No le extrañaba la presencia de Fernando, al parecer estaba acostumbrado a los pensionistas. Amigo de los suboficiales, los invitaba a comer. Hablaba a gritos y gesticulaba narrando sus historias:

—Ja... ja... ja, casi me hice rico con el paro.

Cuando puso su vehículo premunido de grandes rampas, como parte del bloqueo de carreteras en Cabrero, ganó más que en años

de trabajo. Quién pagaba, para él no tenía importancia. Le significaba más la enorme cantidad de productos comestibles, ropa, colchones, licores y otros escasos para el común de la gente.

Su relato, escalofriante, constituía una viva imagen de cómo los oficiales del regimiento de Los Ángeles les transmitían las pretensiones del gobierno a los camioneros y cómo se negaban, al mismo tiempo, a cumplir las órdenes de desalojo. Con jactancia socarrona seguía hablando:

—Yo tenía una metralleta y los de Patria y Libertad me enseñaron a usarla. Por las noches, nosotros mismos les disparábamos a los camiones y acusábamos a los del gobierno. Los huevones no sabían qué hacer.

El pensionista no tenía estómago para soportar hasta el final, farfullando cualquier disculpa se iba a su dormitorio donde, escondido bajo las frazadas, escuchaba las emisiones de Radio Moscú. El «Escucha, Chile» resultaba claro y persistente, sus comentaristas hacían esfuerzos por reflejar la situación imperante. Volodia, con documentados e iracundos comentarios arremetía contra la Junta Militar, su propósito era evidente: levantar la moral de los perseguidos. Al menos, daba cuenta de la actividad de una resistencia incipiente y de una organización que emitía informes desde el interior.

Se preguntaba qué era lo que lo mantenía aún en pie, no solo sobreviviendo, sino que a la búsqueda de un contacto, de un hilo que lo llevara a formar parte de la Resistencia. Cuando niño, le maravillaba la poesía de Neruda. Se sentía embrujado por los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Toda esa generación del sur lluvioso leía a Neruda; soñaban hermosas y extrañas aventuras, amores imposibles, lejanas y eternas utopías de amor y felicidad; incluso ese dolor poético nerudiano les causaba una especie de éxtasis. Ni la locura del *rock*, ni la seducción de la Coca Cola conseguían apartarlos de la admiración por el vate. Por todos los poros de la piel se les metía el entusiasmo por lo exótico, lo

nuevo, por aquello que aparecía prohibido y peligroso. Desfilaban en verso la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial, Stalingrado, Pisagua, las oficinas salitreras, Machu Picchu. Cada cosa iba tomando su lugar en la historia y en la geografía, y Fernando presentía que su vida simple, casi de origen campesino, debía entrar a ese mundo; ingreso que se produjo en tiempos ilegales, en las postrimerías del gobierno de Ibáñez. Se reunían en pequeños círculos de estudiantes, profesores e intelectuales que, poco a poco, se entrelazaban con células de obreros. Se estudiaba a Marx, Engels y Lenin. Asumían a Recabarren como un auténtico dirigente de los trabajadores, casi mítico. En el partido existía una suerte de tradición de lucha, transmitida en forma oral y, además, se leía *La Base* de Luis Enrique Délano. En los Liceos se disputaba la dirección de los centros estudiantiles con la juventud laica y la naciente juventud democratacristiana. Finalizaba la década de los cincuenta. Se había iniciado la era del Frente de Acción Popular, precursor de la UP.

Todavía esa generación no podía sospechar que en una isla caribeña se gestaba una revolución inminente.

Pasaron un par de semanas, desde su estadía en Concepción. Fernando se recluía cada vez más en su habitación. Ana María vino un día con un mensaje:

—Carlos te manda a decir que se va a Valdivia y no vuelve hasta dentro de quince días.

Luego le confidenció:

—Los allanamientos son diarios, Fernando, y para peor, están a punto de echarme de la pega.

Por su parte, Fernando nada le dijo sobre su situación particular, de depresión profunda, por el ambiente. La actitud solidaria de Ana María le levantó algo el ánimo. Vio que esta le lavó y planchó la ropa como si fuera la de alguien querido. Preparó las once que tomaron en la habitación. Conversaron largo rato. Se sentía extrañamente atraído por aquella mujer. Tal vez algo del momento,

pensó. Tenues sombras en las miradas, roces, el tono de voz, una seducción algo melancólica entrañaban una atmósfera de inquieto deseo. Tomó las manos de Ana María y jugueteó con ellas. Podía sentir nuevamente el contacto con su cuerpo cálido y sinuoso como en aquel abrazo de despedida cuando salió de su casa. Pensó en atraerla, en besarla, en acariciarla entera. Pero se contuvo.

Ella tenía que irse antes del toque de queda y ya era tarde. Se despidió con los ojos húmedos. Fernando acarició su rostro y le dio las gracias por su ayuda; entonces, sin decir nada, Ana María se dejó estar en un abrazo; temblorosa se abandonó a un largo beso y a un breve frenesí de caricias, pero se fue, dejando a Fernando en una atmósfera de ensoñación.

XI

Pasó otra semana, Carlos no aparecía. Una cierta sensación de desesperanza se incubaba en su corazón. Casi no soportaba más el ambiente. Estela se emborrachaba cada vez con más frecuencia debido a su inestabilidad emocional agravada por el alejamiento temporal del suboficial, al que concedía sus favores. Su comportamiento, agresivo o extremadamente amable, reverso de la moneda respecto de su hermana, le urgía a Fernando tomar una decisión pero no sabía cómo hacerlo, no tenía a dónde ir. Fueron las circunstancias, las que lo llevaron a actuar.

A medianoche, Estela entró repentinamente a la habitación.

—Hola, muñeco —su voz denotaba su embriaguez—, ¿cómo está mi muñeco lindo, quiere pasarlo bien, ah? Total, qué le hace el agua al pescado y no hay moros en la costa.

Los dichos marineros terminaron por despertar a Fernando: ante él, la mujer algo entrada en carnes, pero muy bien formada, vestida apenas con un *baby-dolls* transparente, nada más.

—Despierta, muñequito —repetía al pie de la cama—, despierta —insistía, mientras se agachaba y zamarreaba a Fernando por las rodillas. Este vio sus enormes y bien formados pechos, que se agitaban enteramente fuera del *baby-dolls*. La mujer se irguió.

—No quieres despertar, muñeco, eh, despierta —Fernando no decía nada—. No te gusta mi cuerpo, mira, mira, muñequito —exclamó, levantándose el *baby-dolls* y mostrando su pubis.

Fernando sintió un impacto muy fuerte, la sangre llegaba galopante a sus mejillas y ahogaba su corazón, que daba unos saltos locos. Despertaba su instinto animal. La mujer se bamboleaba y amenazaba con caerse sobre la cama. Fernando se levantó.

—Ándate, Estela —dijo sin convencimiento—, ándate, por favor.

La mujer lo tomó del cuello y trató de besarlo, su aliento exhalaba alcohol. Fernando no podía dejar de tocar su cuerpo desnudo, que lo excitaba enormemente; acarició sus pechos suaves, sus nalgas, sus piernas. Era una lucha de sí y no, en la que lentamente la mujer iba dominando al varón. Cayeron sobre la cama, ella sobre él aún cubierto por el pijama. Cuando ya todo era abandono y frenético deseo, un bocinazo lo dejó helado. El camionero regresaba.

—Estela, Estela, tu marido —gritó Fernando a la mujer, que no reaccionaba. Cuando se dio cuenta se levantó de un salto; tenía temor a su marido y no dudaba de lo que podía acontecer si la encontraba en ese trance. Se fue a su habitación, que daba a la calle y prendió las luces.

El pensionista cerró la puerta con llave y se metió en la cama, guardando el más absoluto silencio, transido aún de deseo rabioso mezclado con desagrado. Entonces percibió la voz de Estela:

—Hola, mi muñeco, cómo te he echado de menos, mi amorcito.

Al poco rato, Fernando los sintió en el fragor apasionado del encuentro. Al día siguiente, ojeroso y sin dormir, Fernando se despidió de Estela. Comprendía que no podía seguir allí, no solo resultaba peligroso para su vida —había un marido y un suboficial de por medio—, sino por su moral misma no debía someterse a un ambiente de cierto envilecimiento. La mujer no se disculpó; ni siquiera pensó en el peligro que lo acechaba, al irse de allí:

—No seas tonto, no te vayas; ya ves cómo es la vida, hay que pasarlo lo mejor posible y nosotros nos podemos entretener bastante.

Fernando ya no se detuvo. Ningún canto de sirena lo detendría. Se dirigió hacia Concepción, a la casa de un pariente lejano, del que

finalmente había encontrado la dirección. No lo conocía pero pensaba que en las actuales circunstancias le daría acogida. Llegó a un negocio de telas; con cierta timidez preguntó por su tío Armando: este lo miró desde la caja registradora.

—Qué desea, señor —preguntó el tío Armando.

—Hola, tío… yo soy su sobrino, Fernando, el hijo de Blanca.

—Ah, la Blanquita. Y cómo está ella, tantos años que no la veo, por Dios.

—Bien, está muy bien…

—Y qué te trae por aquí, sobrino, de paseo, ¿eh?

—Sí, se puede decir que de paseo, tío.

—Bueno, hombre, pasa, estás en tu casa —invitó el tío mientras avanzaba cojeando. Pasaron al interior, a un *living* comedor muy amplio, en cuyos rincones se acumulaban paquetes y rollos de género.

—Julia, ven, te voy a presentar a mi sobrino, el hijo de la Blanquita.

Una mujer bajita con la permanente recién hecha, entró al *living*. Se le apreciaba un poco huraña. Fernando se acercó y la saludó con un beso en la mejilla. Miró a su nuevo sobrino como si evaluara una pieza de género más. En forma casi automática le sirvió un refresco. El tío Armando dijo:

—Espérame un ratito aquí, mientras atiendo el negocio —dicho lo cual se retiró a sus quehaceres.

La tía se esfumó en las piezas interiores que daban a un largo pasillo. Fernando prendió la tele y se quedó esperando hasta la hora de almuerzo. Su tío lo pasó a buscar y lo llevó a un comedor de diario. Una empleada servía y desaparecía. La tía había salido. Luego el tío se fue a dormir la siesta y Fernando continuó viendo tele. A la noche, después de cenar se sinceró con el dueño de casa:

—Tío, ando con problemas.

Este como que no captó de inmediato la situación, solo musitó:

—Mmm, ya veremos. —Ni siquiera preguntó más detalles—. Ahora a dormir, sobrino. —Lo condujo a un dormitorio en el que el espacio que dejaba libre la cama, estaba ocupado por piezas de tela.

Durmió tranquilo; ni siquiera advirtió el olor a naftalina, que protegía las telas de las polillas, en tanto, pensaba que su problema se había solucionado por algún tiempo.

Por la mañana, Fernando estaba enteramente relajado. El desayuno fue bueno, huevos con jamón, jugo de naranja auténtica, café de grano con leche, mermeladas y un pan recién traído de la panadería. Su tío, con mucha solicitud, le ofrecía que se sirviera más. Al final del desayuno la tía desapareció nuevamente. Ahora fue el tío el que se sinceró con el sobrino.

—Mira, hijo —casi susurró—, tu tía está muy nerviosa y sabes, tu primo, el Robertito, se fue a Santiago hace varios días y no ha vuelto ni ha llamado por teléfono... Entonces, está intranquila, ¿comprendes?

Fernando se quedó mudo, sus ojos claros lo decían todo, trasuntaban una inmensa decepción y tristeza, pues según lo que sabía, su primo era una especie de tonante con plata, ninguno de sus problemas podían ser similares a los de él.

—Aquí está mala la cosa, sobrino. Lo siento mucho —dijo, bajando la vista.

—Bueno, ¡qué le vamos a hacer, así es la vida! No te preocupes, me voy de inmediato. —Se paró y fue a buscar sus cosas. Cuando iba saliendo, su tío lo atajó.

—Espera, espera, no te vayas así. —Casi ofendido, metió su mano al bolsillo y sacó unos cuantos billetes—. Toma, aquí tienes algo de plata, lo mejor es que te vayas para el norte, aquí es muy peligroso. Puedes almorzar en el mercado, es muy bueno.

Fernando dudó, luego tomó el dinero y como se quedó pensativo, su tío sacó otro fajo y se lo entregó.

—Adiós, gracias —musitó, y se fue sin siquiera mirar hacia atrás

XII

Caminó por el centro de Concepción con sus bártulos en la mano. No se acordaba cómo llegar a casa de Ana María. Deambuló un par de horas, luego se sentó en un banco de una plaza y se compró un paquete de avellanas tostadas que se comió una a una buscando matar el tiempo; incluso —pensaba en forma desesperada— me siento obligado a tomar una decisión irrevocable. Luego se puso de pie para iniciar una segunda ronda de vueltas por el centro. Sorprendido, sintió que alguien lo llamaba:

—Fernando, Fernando.

Reconoció a Carlos, asomado por la ventanilla de una micro. Sintió una alegría inmensa. Carlos lo había buscado desde esa mañana, fue donde Ana María y luego donde Estela. Esta última le contó que se había ido a Concepción, pero no sabía a dónde. Se sintió salvado.

Pero Carlos le aguó el panizo. No podían regresar donde Ana María, porque había mucha vigilancia y allanamientos sorpresivos. ¿A dónde ir?

—Préstame una moneda —pidió Fernando—: si sale cara, nos vamos al sur; si es sello al norte, no hay alternativa. Dicho y hecho, tiró la moneda al aire, pero al caer se perdió en el hueco de una alcantarilla. Tendrían que quedarse en Concepción. Dejaron las maletas en una custodia, luego fueron al mercado a comer mariscos, una buena paila marina con una botella de vino. Por ello, al

menos, podía estar agradecido de su tío. Repasaron todas las direcciones, todas las posibilidades. Al final, fue abriéndose como una lucecita.

—Sabes, nos vamos donde las niñas del cumpleaños. —Se había animado con el vino—. Total, no hay peor diligencia que la que no se hace —sentenció.

La casa estaba en pleno centro. Tenía un cerco muy alto que no dejaba ver nada hacia adentro. Tocaron el timbre junto al portón metálico. Al poco rato salió Betty la amiga de Ana María. Saludó con mucha naturalidad:

—Hola, Fernando —dándole un sonoro beso en la mejilla a cada uno—. Pasen, pasen, estamos tomando once con unos amigos.

Entraron con decisión por un corredor que los llevó al *living* de la casa. Se quedaron helados, estaba la hermana de Betty, Eugenia, junto a dos militares de uniforme, sus gorras y cinturones estaban sobre un sillón.

Dios —pensó Fernando—, pero si es el *Pelao* Báez en persona. Ya no podía retroceder.

—Les presento a unos amigos —dijo Betty.

Se dieron la mano, cortésmente. Cuando estrechó la del Pelao, Fernando sintió un escalofrío que lo atenazaba entero: el *Pelao* Báez era miembro del Comité Regional de Valdivia, ¿cómo podía explicarse que ahora estuviera en Concepción vestido de milico? El oficial apenas lo miró.

—Mucho gusto, amigo —dijo con voz firme, pasándole una copa llena de vino a Fernando.

Está haciendo teatro, era mucho cinismo o qué, se preguntaba Fernando. Ni un solo gesto que indicara que lo había reconocido. La conversación comenzó a girar en torno al trago, luego a la comida. Los militares eran expertos en ambos tópicos. Fernando se metió en la conversación, recordaba que eran los temas favoritos del Pelao. Siguieron conversando largo rato. Luego, Báez comenzó

a contar chistes. Uno de ellos era un cuento largo, que Fernando ya había escuchado. No se trataba por tanto de una confusión.

—Una vez, cuando era joven, iba yo muy cansado por un bosque caminando hacia mi casa, que estaba muy lejana. En un claro, vi a unas niñas muy hermosas, que danzaban desnudas. Cuando me vieron se escondieron tras unas matas, pero no huyeron. Me llamaron y me preguntaron:

—¿A dónde vas?

Yo les dije que muy lejos.

—Es de noche… puedes quedarte en nuestra casa.

Esta es la mía, me dije yo, pensando en ellas desnudas y tan hermosas. Se pusieron sus ropas y me llevaron consigo; cuando llegamos a la casa me presentaron a su madre, que era más hermosa. Me dieron comida y luego me llevaron a una cama. Cuando pensaron que estaba dormido, todas se desnudaron.

—Aprovechemos la oportunidad —dijo la madre.

Yo pensé lo mejor para mí… ¡pero, oh!, sorpresa sacaron unos potes y de ellos unas cremas con las que se untaron por todo el cuerpo. Debía ser mágica, pues muy pronto se pusieron a volar y salieron por la ventana. Yo estaba decepcionado, pero luego pensé:

—Y por qué no aprovecho yo.

Me saqué la ropa y me puse crema de un pote. Pero qué espanto, me equivoqué de crema y me convertí en ratón, casi todo el cuerpo, menos las presas más íntimas donde no me eché crema, por lo que seguían del mismo tamaño. Así que me arrastraba y me hería en mis pudendas partes, me herí tanto que cuando volvieron las niñas con su mamá me curaron, pero quedé lleno de cicatrices.

—¡No puede ser! —exclamó Eugenia.

—¿Quieres que te muestre, quieres que te muestre? —decía el *Pelao* Báez, haciendo amago de abrir su marrueco.

—¡No, no, por favor! —exclamaron las dos mujeres, tapándose la cara con los dedos separados.

Entonces, el Pelao siguió el cuento:

—Y para castigarme, la mamá de las niñitas me convirtió en burro...

El cuento era casi infinito

Fernando miró el reloj, faltaba una hora para el toque de queda.

—Nos vamos —dijo resuelto. Betty los acompañó a la puerta:

—¿Sabes, Fernando? Te noto raro, me tinca que estás con problemas.

Este flaqueó un segundo, y a las perdidas, decidió:

—Sí, estamos con problemas, no tenemos dónde quedarnos.

Betty sin dudarlo, le ofreció que volviera:

—En media hora más se van los milicos, así que dense una vuelta y se vienen para acá.

XIII

Casi se había evadido del lugar y del tiempo, pensando, recordando. Sintió que se abría la mirilla de la puerta de la celda.

—El maricón está parado —exclamó una voz. Se sintió un ruido metálico al abrirse la puerta de fierro.

—Estás bien eh, número diecisiete —sentenció la misma voz— estás demasiado bien, así que vamos a hacer ejercicio. Vamos, flexiones de pierna marrr: uno, dos, un, dos.

Fernando empezó a bajar y a subir su cuerpo flectando las rodillas.

—Más lento —ordenó la voz—, un, dos, un, dos. Cuando ya no daba más del dolor, la voz ordenó:

—Más rápido ahora, marrr: un, dos, un, dos.

No podía seguir más, cayó de rodillas. El de la voz le aplicó unos terribles puntapiés en los riñones. Fernando se afirmó en los codos y se levantó apenas. Siguió un rato más, se mordía los labios, sentía agujas en las piernas. Volvió a caer. Esta vez el de la voz lo pateó por todos lados. Se volvió a parar, hizo varios intentos por seguir con las flexiones hasta que se derrumbó sin sentido.

Lo despertó un chorro de agua fría sobre su rostro. Tal vez era la madrugada. Alguien le tiró encima una frazada y luego puso algo duro bajo su cabeza como si fuera una almohada. Se acurrucó y trató de seguir durmiendo. Su cuerpo estaba muy adolorido y sentía frío.

XIV

Seguía con el curso de sus pensamientos interrumpidos. Recordaba Concepción, cuando tuvo que dormir en el suelo de la cocina del departamento, a donde lo llevaron las hermanas Carrasco. Se trataba de un departamento de una abuela que se había ido a España, que ellas usaban a su antojo. Era una época de grandes fiestas. La burguesía se liberaba. Casi no había límite para las emociones. Estaban de moda los *striptease* callejeros. Hombres y mujeres salían desnudos corriendo de las fiestas. El departamento tenía un pequeño *living*, un dormitorio con dos camas y una cocina. Una noche llegaron las dos hermanas acompañadas de sus respectivos pololos. Los cuatro absolutamente en cueros, tiraron la ropa por cualquier parte. Betty se fue al dormitorio y se acostó con su pololo en la cama contigua a la de Fernando, al que se le hacía insoportable permanecer en la habitación. Sacó una frazada y se fue al *living*. Allí Eugenia se acariciaba con su pololo en el sofá. No le quedó más remedio a Fernando que irse a la cocina, se estiró sobre un par de sillas y trató de dormir. Despertó en el suelo adolorido y pasado de frío, cuando Eugenia, cubierta apenas con una toalla, preparaba un par de huevos fritos y café.

—Podían haberme avisado —protestó Fernando.

—Y qué —contestó Eugenia—, para dónde te ibas a arrancar. Total, tú eres nuestro hermano y nos tienes que aguantar.

Efectivamente, ambas hermanas lo trataban como al hermano que no tenían y que deseaban tener. Le contaban sus problemas, sus amoríos. Lo mimaban. Lavaban su ropa, lo premunían de comida. Era una extraña clandestinidad. A sus amigos les decían que era un primo del campo.

Pasaba el tiempo leyendo el diario, novelas, escuchando radio. Muy a lo lejos salía a caminar un par de cuadras. Se conectaba con Carlos a través de Eugenia. No había ningún indicio de contacto con el partido. No sabía nada de su familia. El lento transcurrir del tiempo comenzaba a inquietarlo cada vez más. Las noticias eran desalentadoras. El peso del derrumbe que parecía total lo llenaba de angustia. Las hermanas se daban cuenta de su estado de ánimo y trataban de alentarlo, de hacerlo olvidar.

Tenía ganas de ponerse en movimiento. Lo ganaba la idea de viajar a Santiago a buscar contacto, pero no tenía como evitar el riesgo de la salida. Le contó de su idea a sus benefactoras y guardianas. Ellas no sabían nada de los comunistas ni de política, no podían sentir esa urgencia por partir, por buscar, por saber, pero comprendían que la situación no podía continuar como estaba. Se acercaba la Navidad. Decidieron presentar a Fernando a su padre, un republicano, derechista, come curas, exiliado español, dueño de tierras y negocios. No tenía nada de comunista, pero los conocía desde España. La idea era que se llevara como huésped a Fernando a una casa-quinta que poseía en las afueras de Concepción; si aceptaba, la única complicación sería pasar por el control carretero.

A las cuatro llegó a la casa de Carrasco. El viejo, alto y recio, de mirada penetrante, estaba apoltronado en un sillón bebiendo aguardiente de su propia cosecha. Saludó a Fernando sin mucho entusiasmo. Empezaron hablando del tiempo. Después, pasaron al tema de las sardinas; el viejo las preparaba rebozándolas con harina, para luego freírlas en aceite de oliva. Quedaban crocantes y sabrosas; solo el olor, que impregnaba el ambiente, no era muy

atractivo. Le contó que tenía una barrica llena y que le gustaba comerlas bebiendo aguardiente o vino pipeño. No era un tema tan lejano de Hemingway y su *El viejo y el mar*. De ahí a *Por quién doblan las campanas* y la Guerra Civil Española, el trecho fue corto. Carrasco sí sabía de la guerra civil y de literatura. También sabía de política nacional. Le gustó encontrarse con un hombre culto y sintió algo de respeto por Fernando.

—Conocí a un tal Landaeta en el tiempo de González Videla. Yo vivía en Punta Arenas. Este señor llegó relegado con una mano por delante y la otra por detrás. Era comunista. Yo lo ayudé. Sabe por qué, porque era una persona culta. Siempre he conocido a comunistas cultos. Lo malo es que no saben usar su cultura e inteligencia, podrían ser ricos en este país, pero no sé qué bicho les pica.

—Pero usted era republicano en España.

—Sí —contestó el viejo algo alterado— republicano pero no comunista. Yo odiaba a los curas, que es diferente. Los comunistas se parecen a los curas, pero no se hacen ricos con la credulidad de la gente.

—Eso ya no corre, estamos en otra época.

—No crea, no crea, mi amigo.

Un par de fuentadas de sardinas habían desaparecido junto a una botella de aguardiente. Llegada la hora de la sinceridad, Fernando no sabía cómo poner el tema. Sin embargo, el viejo facilitó las cosas:

—Usted me recuerda a Landaeta, patrón, y casi estoy seguro de que es comunista —dijo sin arrugarse.

Fernando pensó: ahora me echa o me entrega a los milicos.

—No se asuste —se adelantó a contestar el viejo antes que Fernando dijera algo—, tampoco me gustan los milicos, aunque estoy con el golpe. Si tiene problemas, es mejor que me lo diga.

—Sí, estoy con problemas —confesó algo amargado— soy comunista y me andan buscando.

—Ve, patrón, yo tenía razón, usted es upeliento. Pero no se amargue, yo lo voy a ayudar, dígame qué puedo hacer por usted.

Fernando le explicó su deseo de salir de Concepción.

—Ningún problema, patrón; tiene usted su casa todo el tiempo que quiera, pero cómo llega allá, esa es cosa suya. —El viejo le había dado solución a la mitad de su problema inmediato, aunque restaba la otra, ya era una esperanza.

Conversaron largamente. El viejo se explayó sobre su participación en el boicot al gobierno de la UP. Dejó que las vides se pudrieran en las suaves lomas de su fundo y guardó los inmensos fudres llenos de vino. No llevó animales a la feria y los dejó reproducirse libremente. Cosechó trigo, pero no vendió ni un solo grano. Lo escuchaba y le resultaba tan terrible tener que confiar en él, quizá su única esperanza para salir del círculo de exterminio impuesto por la represión. Pero necesitaba moverse, ir hacia algún lugar aunque fuera como un meteorito errante.

Para el Año Nuevo reaparecía el *Pelao* Báez. No daba signos de haber reconocido a Fernando y este tampoco se dio por enterado. Pensaba que tal vez por haber sido su amigo, no lo denunciaba o se lo llevaba preso. Lo que no podía explicarse era cómo los había engañado tanto. Parecía tan comunista, además un tipo servicial, amistoso y hasta paternal. Pero la triste realidad resaltaba a la vista: milico, ¿un infiltrado en el partido? Se encontraron en la casa del viejo, que hizo una fiesta para esperar el nuevo año. Evitó hablar con él y se dedicó a bailar con Betty, quien andaba sin su pololo. Báez lo miraba con insistencia, mientras de pie sometía a escuchar alguno de sus chistes al viejo español. El aguardiente lo obligó a sentarse, cada vez su voz era más alta. En un intermedio se paró con dificultad y bamboleándose se dirigió donde Betty, para sacarla a bailar. Ella aceptó, pero el Pelao apenas se mantenía en pie y la pisaba con frecuencia. En cuanto pudo se escapó y siguió bailando con Fernando. Báez se sintió ofendido y se fue con el ali-

vio de todos, menos de Fernando, caviloso porque la situación se complicaba. No le dijo nada a nadie sobre el asunto

Pasó una semana tensa. Cierta mañana, estando solo en el departamento, alguien golpeó con fuerza en la puerta. Se quedó en silencio. Los golpes se repitieron

—Sé que está ahí —gritó un hombre.

Reconoció el vozarrón de Báez. Abrió la puerta, allí estaba de uniforme su temible pesadilla. Entró y saludó militarmente. Se le notaba alterado y que había bebido

—Vengo a hablar contigo de hombre a hombre, dijo sin ningún preámbulo. Sacó de su cartera una botella de pisco.

Se sentaron frente a frente, junto a la mesa de la cocina. En medio estaba la botella de pisco y cada uno esgrimía su copa. De principio, Fernando no captó qué era lo que quería el oficial mayor. Tal vez jugaba al gato con el ratón o pretendía convencerlo, para que trabajara con él.

—Salud —exclamó como primera cosa el uniformado. Bebieron un par de copas en silencio, mirándose uno al otro. Un gran convencimiento embargaba a Fernando: ahora el Pelao le diría todo; ello podría significar muchas cosas, desde una propuesta de trabajar con él, denunciando a comunistas, hasta la cárcel o el silencio de la muerte. Pero también se daba cuenta de que el otro actuaba de forma extraña. ¿Tal vez remordimiento de conciencia?

—Son buenas estas niñas —se soltó Báez, comenzando—. Verdad que son buenas. Siempre las he querido, pero en especial a la Betty. Me gusta, me gusta mucho, ¿oíste?, Fernando. Haría cualquier cosa por ella. Pero es una ingrata. Quiere a otro.

Fernando recordó a Betty con su amigo, desnudos en la cama contigua. Seguro que no sabe eso, pensó, pero tal vez lo sospecha.

—Estamos hablando de hombre a hombre, ¿oíste? Tengo una espina aquí en el pecho y me la quiero sacar. ¡Tú eres el culpable, Fernando!

Entonces se le vino a la cabeza un crimen pasional, la forma perfecta de encubrir el crimen político. Y decidió terminar la comedia.

—Mira, Enrique, hablemos claro, ¿hasta cuándo me emborrachas la perdiz? ¿Qué te crees? Dime de una vez lo que quieres y termina la comedia.

—¡Yo no soy Enrique! —gritó alterado, pegando un puñetazo en la mesa el Pelao—. ¡Yo soy Esteban y vamos a hablar claro, de hombre a hombre!

—¿Cómo que no eres Enrique? ¡No seas cínico, Pelao maricón! Ahora te cambiaste de nombre, ¿a quién quieres engañar?

—Yo no soy Enrique —alcanzó a balbucear, azorado.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no eres el *Pelao* Báez, huevón? —retrucó ya alterado y poniéndose de pie.

Aquel se quedó callado y en silencio un instante, y de pronto soltó una carcajada estrepitosa.

—¡Ja, estás confundido, hombre, ja, ja, ja! ¡Claro que estás equivocado! Yo soy Esteban. Enrique es mi hermano, somos gemelos. ¿Tú conoces a mi hermano?

Fernando se quedó pasmado. Será cierto, se preguntaba, ¿será cierto?; es que este bolinche es más teatrero que mi abuelita.

—¿Gemelos? ¿Qué significado tiene eso?

—No solo dos, somos tres hermanos iguales, está también el Lucho. ¡Todos somos pelados!

Por más que lo intentaba, no podía salir de su asombro. He metido la pata hasta el fondo, imbécil de mí, se recriminaba. De pronto se sentó y dijo:

—Perdóname, Esteban, es que los confundí desde un principio… Es que yo conozco a tu hermano Enrique, somos muy amigos.

—¡Pero, hombre, venga un abrazo! Los que son amigos de mi hermano son mis amigos. Esto sí que hay que celebrarlo. Voy y vuelvo —dijo, parándose de un salto y saliendo a la calle a grandes pasos.

Cuando volvió traía varias botellas de vino, un jamón entero, pan y ají. Desde ese momento la conversación giró en torno al hermano Enrique. El uniformado descargaba su batería de chistes. A las cuatro de la tarde ya había bebido suficiente, se tuteaban como viejos conocidos. Al igual que Enrique, el oficial cantaba tangos, los que Fernando trataba de seguir con el sonido de la guitarra de Betty. Y puesto que a las siete de la tarde el oficial tenía que presentarse en el regimiento, como a eso de las seis paró la celebración y se puso solemne. Se arregló el uniforme y fue al baño a lavarse la cara. Se sentaron nuevamente frente a frente.

—Fernando, me alegro mucho de haberte conocido, pero quiero ahora preguntarte algo, de amigo a amigo.

—Pregúntame no más, hombre... —le sonrió, alentándolo, otra vez dueño de su tranquilidad—. Para eso están los amigos.

—Se trata de la Betty. Estoy enamorándome de la Betty, me vuelvo loco por ella. Y te pregunto a lo macho, ¿tienes algo que ver con ella? ¡Dime la verdad!, no te preocupes, porque si esa es la felicidad de Betty yo lo aceptaré, pero necesito saberlo. Por favor, dime la verdad.

Fernando sonrió y miró burlonamente a su nuevo amigo:

—No, hombre, no tengo nada que ver con ella, si somos como hermanos... No te preocupes, la Betty es tuya, solo tienes que conquistarla.

—¿En serio? —de un salto se paró, los ojos brillantes de contento—, venga otro abrazo, amigo, y tomémosnos otra copa. Salud por la Betty.

—Yo te ayudo con la Betty, pues. Ven para acá cuando quieras.

El oficial se despidió efusivamente, estaba feliz, su corazón se había aliviado de un gran peso y el de Fernando también.

XV

—Hace tiempo que ese milico huevón me hace los puntos —dijo Betty, entre halagada e irónica, una vez que se impuso de la conversación. Sabía que tenía cierto dominio sobre el hombre.

Aunque Fernando ignoraba cuánto tendría que ver el militar con los siniestros hechos que se estaban produciendo por esos días, lo suponía una buena persona. El sentido peyorativo que le daba Betty a sus palabras era debido más bien a una posición de clase, que en el fondo despreciaba a los militares, pero los consideraba útiles. Ella no podía negarlo como un excelente amigo, preocupado de procurarle bienestar y también a su hija, y que, en más de alguna ocasión, la había protegido de los resabios celosos de su exmarido, al que dejó porque le pegaba casi todos los días.

—A este milico le vamos a decir que te lleve a la quinta de mi papá —propuso Betty, pensativa.

Fernando meditó la situación. No era fácil decidirse. Le podía salir el tiro por la culata. Claro que si Betty se lo pedía, el militar no dudaría, o si dudaba, igual lo haría. Estaba el otro antecedente, el hermano de Esteban. El oficial seguro sabía que su hermano era comunista. Entonces, ¿qué pensaría de Fernando?

—Betty, ¿tú le pedirías a tu milico que me lleve a la quinta?

—Pero claro, por qué no. Se lo pedimos, y si no acepta, él sabe lo que se pierde —dijo en tono picaresco.

Había que decidirse:

—De acuerdo. Este fin de semana se lo pides.

—Chócala —dijo Betty, sellando, con un apretón de manos la promesa.

Fue Fernando, sin embargo, el que conversó primero. Báez llegó el sábado en la mañana, venía de civil, en actitud deportiva, con un par de botellas de vino bajo el brazo.

Apenas verlo, Fernando dijo:

—Vamos a hablar de hombre a hombre.

El militar primero lo tomó a broma, pero luego se dio cuenta de que su interlocutor hablaba en serio.

—Tu hermano es comunista, ¿verdad?

La pregunta fue hecha de sopetón. El militar se sintió tocado, su rostro se puso rojo y su cuerpo se envaró como una estaca.

—Pensé que lo podías saber. Sí, es comunista, pero es mi hermano y no le ha hecho daño a nadie.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, de salud. Tuvo que venirse a Parral. Vendió todo. Está bien cagado el hombre.

Respiró hondo antes de atacar el tema. Había llegado el momento decisivo. Miró al oficial, algo retraído en sus pensamientos. Vestido de civil, se veía como una persona cualquiera. Le dio por pensar: más de alguna contradicción debe bullir en tu cabeza, porque así es la vida, llena de contradicciones. Y con voz algo apagada, lanzó su tiro al aire:

—Yo también soy comunista.

El oficial golpeó la mesa con su puño.

—Ja. ¡Esto solo me faltaba! ¡Putas, el amigo que tengo, un comunista, igual que mi hermano! ¿Por qué no se dejan de huevear?

Se sirvió vino con mano temblorosa y empinó la copa al seco.

—Toda esta cagá me tiene loco. Los van a matar a todos. La vida de ustedes no vale un peso. Yo no puedo hacer más por ayudar a mi hermano, porque si me pillan también me matan. ¡Y ahora, más encima tú, hombre, por Dios!

La cosa no iba poniéndose tan fácil, pensó Fernando, pero ya había introducido el tema y debía seguir adelante. Optó por contarle cómo estaba su situación. Le fue relatando las vicisitudes pasadas. Él escuchaba en silencio y de vez en cuando se bebía unos sorbos de vino. Sus ojos se pusieron húmedos, ciertamente afectado.

—Ya te dije, Fernando, los amigos de mi hermano son mis amigos. No te preocupes, soy tu amigo.

—Te lo agradezco, te lo agradezco mucho. Pero quiero pedirte un favor grande, muy grande...

El ambiente quedó como en suspenso. El militar se recogió un poco en su asiento como rehuyendo la posibilidad de asumir una responsabilidad ajena a su condición de uniformado

—Quiero pedirte que me saques de Concepción. Necesito salir sin sobresaltos, salir a respirar, a caminar. Ya no soporto este encierro. Todos los días escucho noticias de compañeros muertos o presos, no puedo quedarme tranquilo. Necesito moverme, buscar una luz, una puerta, una salida, tratar de encontrar a alguien como yo para conversar sobre lo que está ocurriendo.

El oficial suspiró.

—Ay, Dios mío, es muy serio lo que me pides —dijo—, te das cuenta. Por mi juramento de lealtad, yo no debo hacer lo que me pides: es tremendamente grave ayudar a un tipo buscado por extremista. ¿Y si me pillan?

—Le dices que no me conoces y que yo te hice dedo. Te juro que nunca te echaría al agua.

—Tengo que pensarlo mucho. Te contesto la próxima semana. Lo único que te puedo asegurar es que de mí nadie sabrá que eres comunista.

Quedaron en silencio. El militar no se fue porque esperaba que llegara Betty a almorzar. Fernando se puso a lavar platos y a preparar comida. Se había deprimido, pensaba que el militar no lo ayudaría.

Durante el almuerzo, fue Betty la que habló hasta por los codos. De fiestas, de modas, de su cabra chica, no le faltaba tema. Coqueteaba con el militar a ojos vista. Al final, le pidió que la llevara al cine. Prometieron volver a cenar.

Pasó largamente la hora de la cena. Fernando se impacientaba. Se terminó de tomar lo que restaba de una botella de vino y se fue sumiendo en una depresión que no quería reconocer. Se cansó de esperar a la pareja y se decidió a acostarse. Le costó conciliar el sueño. A la mañana siguiente fue despertado por las voces de Betty y Esteban, de regreso del largo coloquio nocturno en que se había convertido la invitación al cine.

—Nos vamos al campo —dijo Betty, guiñándole un ojo e instándolo con las manos—. Nos vamos al tiro.

El oficial, que se veía feliz y miraba a Fernando con aspecto protector, corroboró todo. Es más, ayudó a guardar cosas en bolsos y paquetes, urgiéndolo porque la mañana era la mejor hora y la guardia del control pertenecía a su unidad. Los tres montaron en la camioneta en son de paseo campestre. Báez inició una nueva corrida de chistes, para despreocupar el ambiente. Pasaron a comprar vituallas que Esteban pagó de su bolsillo. Para Fernando se trataba del gran escape.

Cuando la camioneta se detuvo en el control, se acercaron los guardias escudriñando todo con recelo. Sin embargo, un sargento reconoció a su superior.

—A la orden, mi capitán —dijo cuadrándose—, tenga la bondad de continuar y buena suerte.

Esteban le devolvió el saludo llevándose la mano a la visera y activando el arranque del motor. Ahí fue que se pusieron a gritar de alegría, a todo pulmón. El oficial tomaba la mano a Betty, quien no oponía ninguna resistencia. Fernando empezó a sentirse libre y a respirar el aire de la campiña a toda plenitud. Pasaba a través de

una ínfima brecha al amplio y verde espacio, que tanto ansiaba. Se puso a cantar con su desabrido vozarrón:

—Se va, se va la lancha, se va con el pescador, se va también en ella, se va, se va mi amor.

Una canción que muchas veces había escuchado a su padre en las fiestas familiares; una canción de nostalgia, de días felices de infancia.

Aquella casa-quinta, algo más que una parcela, constituía la puebla de una extensión de terreno mayor, cubierta de vides que trepaban por el lomaje de un cerro. Sauces, avellanos, litres, rosales silvestres, boldos, higueras, potros, castaños, tunas, fresas, colihues, bambúes y palmeras formaban parte de la flora que rodeaba la casa. En la quinta misma se destacaban manzanos, damascos, perales y ciruelos y altos cerezos, bajo cuya sombra los cerdos y los patos rastrojeaban su alimento.

Fernando recorrió todo con curiosidad. No se contuvo y dejándose llevar por un impulso repentino se lanzó en una loca carrera hacia lo alto del cerro, gritando en forma desenfrenada y moviendo los brazos como aspas. Al ascender la cima fue sintiéndose sofocado, le faltaba el aire y descubrió la inmensidad del paisaje que lo rodeaba, interminables bosques de pino, colihues, robles, pellines, lejanas viviendas delatadas por hilillos de humo que se alzaban hacia el cielo. Se dejó caer con los brazos en cruz, mirando hacia arriba, hacia el espacio tan azul y alegre que lo invitaba a vivir y a soñar. La humedad tibia del pasto lo traspasaba, el olor a la tierra y al verde lo acunaban en sensaciones placenteras.

XVI

—¡Párate! —vociferaba una voz alterada.

Fernando sintió los puntapiés en sus costillas. Notó que su cabeza estaba recostada sobre algo duro, rectangular. Sentía frío. Al intentar moverse, punzadas lacerantes lo atenazaron.

—¡Párate, infeliz! —insistía la voz.

Decidió no moverse. Podía ser el fin, pero ya no podía seguir. El de la voz era bastante bruto y las palabras siempre las acompañaba de golpes. Pero no se movió. Exasperado, el militar lo agarró por las axilas y lo paró afirmándolo contra la pared.

—Te vas a quedar parado, oíste, o te vamos a sacar la cresta.

Decidió no decir nada, ni siquiera protestar. Se dejó caer al suelo. Bajo la venda sus dientes estaban apretados. Los dolores iban en aumento. El guardia se sintió desorientado, pero debía cumplir con su deber y siguió golpeándolo. El prisionero se quejaba para adentro, pero no se movió.

—Ya voy a volver, gallito, a ver cómo te va con el jefe.

La puerta de la celda se cerró. A solas, dejó que su cuerpo se fuera relajando, aunque el dolor se hacía más intenso. Trataba de acomodarse y de abrigarse con la frazada, pero el frío era muy penetrante. Quizás una hora más tarde, alguien entró en la celda. Sus músculos y nervios se tensaron. Sin embargo, no ocurrió lo que esperaba.

—Hola, amigo, ¿cómo te llamas?

—¿?

—Yo no soy de la aviación. Soy policía de investigaciones. Quiero saber cómo te llamas. Parece que estás mal. Te tienen harto mal. Te voy a arreglar un poco.

El hombre salió a buscar algo. Trajo una colchoneta y más frazadas. Acomodó a Fernando arropándolo.

—Si me das tu nombre se lo puedo decir a alguien. Hasta un recado puedo llevar.

Pensó que era una trampa. Pero debía seguir la corriente. Dio su nombre y su domicilio.

—Avísale a mi familia, para que sepan donde voy a morir.

—Trataré de avisar. Pero hombre, piénsalo bien. No vale la pena que sigas pasándolo mal. He visto cómo matan a la gente, estos tipos son malos. Así que lo mejor es que cooperes.

Ya no se preocupó por responderle nada.

—Piénsalo bien —sentenció otra vez el visitante, antes de irse.

Durmió varias horas. Cuando despertó le costaba estirarse, cada movimiento, un tremendo dolor. Se sorprendió de seguir en la colchoneta, ya no sentía frío. Tal vez se aburrieron de pegarme, pensó. Estaba amodorrado, cuando sintió abrirse de nuevo la puerta de la celda. Se dejaron oír los pasos de varias personas.

—Este es el gallito que no quiere cooperar, eh.

—Hola, Fernando —dijo otro, quitándole las frazadas—. Ha llegado tu hora. Desnúdenlo y pónganlo de pie.

Lo tomaron entre varios. No les costó mucho quitarle la ropa. Lo pusieron de pie, amarraron sus muñecas con una especie de correa y lo colgaron de ella en algún gancho. Apenas tocaba el suelo con la punta de sus pies. No podía evitar quejarse de dolor.

—Este está más hediondo que una alcantarilla. Está todo cagado.

El prisionero sentía por ello una satisfacción. Efectivamente, después de varios días sin ir al baño estaba fétido; su mal olor, al menos, agredía a sus carceleros.

—Echémosle una lavadita a este saco de mierda. Ya, vamos con el agüita. —Era un agua helada, que calaba. Después lo refregaron con una escobilla—. Bueno, Fernando, ahora nos dirás toda tu relación con la dirección de tu partido. ¿Quién era tu jefe, el senador?

—Ya dije que no tengo nada que ver con senadores. Apenas los conozco de antes del 11 —su respuesta, igual que él, también tiritaba de frío.

—Pero ¿quién es tu jefe, quién te daba las órdenes?

—No conocí a ningún jefe.

—Está duro este huevón, hay que darle hasta cagarlo. ¿Qué le hacemos primero?

—Corriente altiro —propuso uno.

—No —contradijo—, este caga con un par de cachuchazos. De inmediato le pegó un revés en la cara y un puñetazo en el estómago. Fernando sintió arcadas, pero no tenía nada que vomitar.

—Dinos de una vez cuál es tu jefe y deja de engrupirnos. Aquí nadie pasa piola, ¿oíste?

—No tengo jefe.

Al decir esto, Fernando decía la verdad. Sabía que los viejos que dirigían el partido debían ser los mismos de antes del golpe, pero no tenía idea de cuáles estaban al frente del trabajo clandestino. Tenía la determinación de proteger a quien lo había atendido directamente una vez, pero según sus cuentas, los militares no podían tener sospecha de su existencia o de su relación con él.

—Te crees duro, gallito, pero aquí todos cooperan. A este huevón hay que cortarle los cocos.

Lo inmovilizaron entre varios. Uno de ellos procedió a amarrar una cuerda en la parte superior de la bolsa de sus testículos apretando cada vez con más fuerza.

—¿Cuál es tu jefe, maricón?

—No tengo jefe. Ya sé que me van a matar, pero no tengo jefe.

Su corazón latía aceleradamente. Una sensación de pánico fue apoderándose del prisionero. No quería imaginar el dolor que podía sentir, si le arrancaban los testículos. Si ello ocurría, era seguro que lo matarían —pensaba—. El militar apretó aún más la cuerda. No resistió y se puso a gritar.

—¡Ay, ay, hijos de puta, me duele! ¡Mátenme luego mejor, cobardes de mierda! ¡Milicos cobardes, poco hombres!

Por respuesta recibió varios golpes y otro apretón de la cuerda.

—Te vamos a capar y te vas a quedar marica —dijo uno acariciándole las piernas.

—Tiene buen culo, blanquito. Vas a ser un maricón de primera —agregó otro.

Repentinamente surgió algo inusitado. Habló una mujer.

—Miren la cagá de pichula que tiene. Mejor cortémosle todo.

Era el colmo. No resistió y dijo con voz ronca, entrecortada por la rabia:

—Tenía que haber una puta entre milicos maracos.

La mujer se engrifó. Pasó suavemente sus largas uñas por el bajo vientre del prisionero.

—Lo que te gustaría esta putita, ¿no? Aquí me tienes, maricón —dicho esto propinó un fuerte tirón a la cuerda que le atenazaba los testículos. El dolor hizo retorcerse al colgado.

—Pobre cristiano —expresó como suspirando uno de los torturadores—. Sin los cocos va a tener que ponerse con el culito. Te va a gustar y para que te vayas acostumbrando, prueba esta callampita.

Terminó de decir esto e introdujo un objeto duro, tal vez el cañón de un fusil, en el ano del prisionero revolviendo sus entrañas.

—Desgraciados, infelices —gritaba Fernando que se sentía violado, humillado al máximo, absolutamente vejado. Sentía que la sangre corría por sus piernas. Era la hora del quiebre o de la muerte. Su rostro se puso rojo, las venas de su cuello se hincharon al máximo, sus músculos, sus nervios se tensaron y sus dientes

rechinaban como una escofina raspando sobre hierro. De su garganta afloraron gritos espantosos, angustiantes. Todo su ser parecía reconcentrarse en un gesto sobrehumano.

Ya no le importaba nada. Era casi el animal, la bestia acorralada atacando al enemigo mortal. Los esbirros primero atinaron a golpearlo, pero se dieron cuenta de que el prisionero hacía caso omiso de los golpes. Era una furia desatada que no temía a la muerte. Se percataron de que la tortura brutal estaba agotada. Alguien dio una orden y el grupo se retiró en silencio, tal vez de alguna manera tocados en su fibra humana, que en un lugar oculto debía existir.

XVII

Con las largas jornadas transcurridas desde su detención y su ceguera casi total, a raíz de la venda que día y noche tapaba su rostro, se fueron privilegiando los otros sentidos. Pudo cronometrar el tiempo por los ruidos que poblaban cada amanecer o el inicio de la noche. Escuchaba el agua corriendo por una alcantarilla, un pajarillo trinando incansable en su anidación o en la búsqueda de pareja. Toses, susurros, voces en sordina. Perros lejanos, grillos, croar de sapos. Un llanto, una risa. Ruido de motores, martillazos, el leve roce de la precavida carrera de una rata. Todo se dimensionaba en distancia, posición, tamaño, grado de amenaza, tiempo y espacio posible. Y la imaginación como una nave espacial, inmersa en un universo de sonido, tacto y olor, en un sublime vuelo desde el interior del alma herida al espacio infinito de sí mismo, que lo alejaba del dolor y el sufrimiento, por frágiles segundos o por largas horas de ensoñación.

Despertó sumido en un sopor que le impedía volver a la realidad. Se dejó llevar por los recuerdos, en la búsqueda precisa de la circunstancia que lo había llevado a su situación actual.

Nostálgico recordó cuando sentado en la galería de la casa-quinta saboreaba una pipa de aromático tabaco, obsequio del español. Había encontrado en la casa una pequeña biblioteca. En ese preciso momento leía *Los tambores del destino*. En un alto de la lectura, al levantar la vista vio cómo entre los cerros apareció pri-

mero una cabeza como flotando en el aire hasta que se asentó en un cuerpo de hombre que caminaba sobre la cima de una loma, después, lentamente, a medida que se acercaba, la figura humana fue desapareciendo, la cabeza flotó un instante contra el éter y se hundió también tras su dueño. Observó atentamente la más próxima cima hasta que apareció más nítida la figura del mismo hombre, que ahora bajaba sin duda hasta la casa. Su alegría fue grande al reconocer a Carlos. Ninguno de los dos era muy efusivo, sin embargo se abrazaron con indisimulada emoción.

Carlos traía noticias de todo tipo, pero la más importante era relativa al contacto con la organización, que al fin se había producido. Un dirigente del Comité Central esperaba a Fernando dentro de diez días en Concepción.

—Tanto tiempo —protestó Fernando.

—Sí —dijo Carlos— hay que tomar muchas medidas de seguridad, nosotros tenemos que estar en tres días más.

—Cómo, en tres días más, pero de qué manera llegaremos.

—Ya hablé con Betty. Viene a buscarte con el milico.

Fueron días muy largos, interminables. Fue sometido a chequeos no muy rigurosos, no existía mucha experiencia al respecto. Pero los organizadores del encuentro se dieron por satisfechos y a los diez días se produjo el encuentro.

Fernando entró a una casa del centro de Concepción. En un dormitorio, el lugar más frecuente de reuniones clandestinas, se encontró con el dirigente del Comité Central. Resultó ser un amigo suyo, Jacinto. No podía ser un hombre de más confianza, había sido dirigente de las Juventudes Comunistas y durante el gobierno de Salvador Allende había sido uno de los promotores de las JAP; en ellas se pretendía organizar al pueblo para luchar contra el acaparamiento y el alza desmedida de precios. Despertaban el odio de la derecha, pues ejercían una audaz acción fiscalizadora sobre la especulación. Tuvo que contarle todas las peripecias vividas hasta

ese momento. Jacinto también había logrado huir de un allanamiento, no tenía muy claro por qué no lo habían detenido. Su tesis: los milicos eran vulnerables y no las sabían todas. Tenía mucha confianza en la actividad del partido, lo que resultaba muy bueno ante los militantes, ya que les inculcaba cierto optimismo en medio de tanta debacle.

—Los «viejos» están actuando, la dirección sigue trabajando a pesar de los golpes. La detención de Corvalán fue un descuido muy grande. Hay gente que se la ha salvado y está en el exterior o esperando salir de las embajadas. Pero hay un núcleo de dirección, que sigue actuando con la misma capacidad de decisión.

Jacinto dijo todo esto mirando fijamente a su interlocutor, como pesando el efecto de sus palabras.

—Lo principal ahora es reconstruir la organización del partido en todo el país. Se necesita del aporte de cada uno de nosotros, de todos los que estén dispuestos. Los «viejos» se estuvieron acordando de ti, de tu época de dirigente regional. Y me mandan a preguntarte si estás dispuesto.

Fernando contuvo el aliento: ¡Por fin, lo que estaba esperando desde hacía tanto tiempo!, y le mandaban a consultar, como si tuviera que hacer un favor.

—¡Por supuesto, eso no hay ni que preguntarlo! ¡Claro que estoy dispuesto! ¿Qué es lo que debo hacer?

Jacinto se explayó largamente sobre la situación política. Pero él se impacientaba, porque no aclaraba lo que tendría que hacer para incorporarse a la actividad:

—Tienes que venirte a vivir a Concepción. Vas a tener que cortar los vínculos con tu familia, porque por allí te pueden buscar. Será duro. Vivirás clandestino. La idea es que tú trabajes en la organización del partido en la provincia de Concepción.

Estaba todo dicho. Jacinto ofreció toda su ayuda y se llevó la promesa de tratar de dar señales de la existencia de Fernando a su

familia. Este tuvo que volver a la casa-quinta, donde dio aviso que se iría a Santiago. Le organizaron una despedida. El español, sin embargo, lo llamó a un lado y le dijo:

—Sé que usted no va a buscar trabajo a Santiago. Se va a trabajar con los comunistas. Lo admiro por ello, pero es una tontería. La dictadura va a durar como mínimo doce años. Usted con su capacidad debería salir del país, yo le ofrezco mi ayuda, váyase a Bolivia, yo le doy el dinero que necesite, mi patrón, y hasta lo puedo ir a instalar. No arriesgue su vida, usted es joven, hágame caso, yo tengo experiencia, sé lo que es el sufrimiento, yo perdí a toda mi familia en España.

—¡Gracias, muchas gracias, no sabe cuánta alegría me da este gesto suyo tan humano! Con sinceridad le digo que me hace dudar, porque siento temor por mi vida y quiero mucho a mi familia.

Se interrumpió con brusquedad, pues sentía que se le quebraba la voz; por un momento, los pensamientos se le fueron embrollando con la imagen de una situación tranquila junto a su familia, a la cual extrañaba, aunque fuera en un país lejano. Le costó sobreponerse pero lo hizo.

—Le agradezco todo en el alma, pero tengo que ir a lo mío, a luchar porque esto termine lo antes posible. Tampoco podría soportar irme lejos, estando mis compañeros acá.

El español tenía los ojos húmedos. Se estrecharon en un fuerte abrazo. Durante largas conversaciones habían desarrollado una amistad y una afinidad de caracteres. Quizá pensaba en el hijo varón, que perdió en la Guerra Civil. Entregó a Fernando una cantidad de dinero para que se arreglara durante un tiempo.

—Le deseo mucha suerte, patrón —dijo, a modo de despedida.

Sus «hermanas» lloraban abiertamente. Se habían encariñado con el prófugo. Pensaban que tal vez nunca más lo verían. Fernando no pudo evitar que fluyeran sus lágrimas.

XVIII

No quería despertar, pero el lúgubre sonido de la puerta metálica lo puso en tensión. Alguien entró en la celda y dejo un bulto en el piso. Luego se retiró y puso el cerrojo. E inmediatamente abrió la mirilla desde donde habló al prisionero:

—Puedes proceder a comer, tienes diez minutos antes que llegue mi capitán.

Se sentó adolorido en la colchoneta. Se subió un poco la venda. Le costó encontrar la comida. Era un sándwich y una taza de té. Se sentía algo húmedo, pero curiosamente limpio. No era su ropa la que tenía puesta, presumía que era algo así como un mameluco o uno de esos monos que usan los aviadores. Le molestaban los músculos de la cara al masticar. Poco a poco volvía de su debilidad. Nuevamente se abrió la mirilla.

—¿Terminaste de comer? —preguntó una voz.

—Sí, ya terminé.

—Bueno, yo soy de la Fiscalía de Aviación y debo hacer que firmes una declaración. Te dejaré papel y lápiz, debes escribir el lugar donde fuiste detenido, qué estabas haciendo, con quién estabas. Debes agregar todos tus datos personales, incluyendo tu filiación política. Y debes relatar todo lo que sepas de aquellos comunistas que conoces, especialmente sobre los dirigentes del Partido Comunista.

El militar abrió la puerta y penetró en la celda. Dejó el papel y el lápiz al alcance de la mano del prisionero.

—Dentro de una hora volveré y no te preocupes, ya no te van a pegar más. Puedes subirte un poco más la venda cuando yo salga.

Se la subió otro poco; hasta ahí está bueno, ordenó la voz desde la mirilla. Alcanzaba a ver el piso y si levantaba un poco la cabeza una pared de color amarillo suave. Reconoció el objeto duro, que alguien le había puesto bajo la cabeza: una guía de teléfonos de Santiago. Cogió el papel y el lápiz y comenzó a escribir: «Sr. Fiscal, esto es una injusticia, fui detenido por el solo hecho de tener un ideal. Soy comunista, pero ello no es un delito. Se me ha golpeado y torturado y sometido a vejaciones humillantes...».

Una nota escueta, sin decir nada más de lo que ya había afirmado. Interiormente no se sentía ningún héroe, porque en realidad no sabía nada más y no era difícil ocultar uno o dos nombres, por los que se sentía realmente angustiado.

A la hora regresó el oficial. Recogió la nota, la leyó rápidamente y al terminar murmuró en voz alta:

—Muy bien, ha sido un gusto el conocerte.

Se marchó en silencio. Y no pasó nada más. Le siguieron trayendo comida regularmente y lo sacaban al baño una vez al día. Calculó que estuvo unos tres días más en el lugar. Los dolores se mitigaron. Nadie, sin embargo, le decía nada, solo las órdenes absolutamente necesarias.

Una mañana, aún oscura, lo fueron a sacar. Recorrió largos pasillos hasta desembocar en un lugar donde se escuchaba mucho ajetreo. Seguro es personal de guardia —pensó—. Lo hicieron sentarse en un taburete frente a lo que calculaba era un mesón como de un bar. Allí le dieron desayuno. Lo hicieron luego caminar por un piso de cemento y un espacio de gran resonancia que se imaginaba era un hangar. Lo subieron a un automóvil. Después de un largo viaje, quizás de una hora, lo hicieron bajarse y caminar por un sitio donde los pasos producían un ruido familiar. Llegaba nuevamente a la Academia de Guerra.

Lo recibió un suboficial que lo llevó a una celda junto a otros tres prisioneros. Con grandes aspavientos el uniformado lo saludó:

—¿Cómo estás diecisiete?, ¡qué gusto de verte!

Era como para que se enterara todo el subterráneo de la Academia. Le pidió luego a un móvil que trajera un sándwich y una taza de té. Un rato más tarde llegó un médico que le tanteaba las costillas adoloridas y los moretones y que de reojo le echó un vistazo a los testículos, como los encontró en su lugar dijo, también en voz alta: «El prisionero está muy bien».

Supo que en la celda había un prisionero en silla de ruedas, a quien le decían Quila. Otro, que hacía piezas de ajedrez con migas de pan. Había también un viejo de La Calera. El Quila le pidió permiso a un suboficial para jugar ajedrez con el diecisiete con las piezas que hacía el veintinueve. El suboficial se opuso. Entonces Fernando le solicitó si podían jugar de memoria, anunciando las jugadas en voz alta, para que el veintinueve fuera moviendo sus piezas de ajedrez. El uniformado aceptó. Así se pasaban unas tres horas al día jugando ajedrez, con los guardias observando atentamente la partida.

La situación se ponía trágica cuando sacaban al Quila en su silla de ruedas y lo regresaban como un trapo, quejándose de los golpes de corriente.

Un día llegó un guardia nuevo al que le decían Papudo, porque era de Zapallar. Diferente a los otros, conversaba con los prisioneros y trataba de intimar con ellos. Les contaba lo que pasaba en el exterior amenizando todo con chistes. Poco a poco estos entraban en confianza con el guardia y le preguntaban por otros internos. Siempre traía una respuesta. Cuando Fernando le preguntó por José, al cabo de dos días trajo la respuesta negativa, no había nadie con ese nombre, dijo que seguramente lo habían sacado hacia un recinto especial. Era un hombre extrovertido; cuando no estaba conversando, cantaba. Nunca se quedaba callado. Hacía pequeños

favores. Al de las piezas de ajedrez le permitía que intercambiara un cepillo de pelo con su compañera, que se encontraba en una celda contigua. Nadie entendía por qué ese afán de ambos de cepillarse el pelo constantemente.

La primavera se les venía encima con pasos agigantados. Con frecuencia se escuchaban algunos trinos de pájaros, música de nostalgia y lejanía. Nadie sabía si sería juzgado o enviado al otro mundo. Lo único cierto es que todos estaban pasando una temporada por el infierno. El mundo exterior de los humanos apenas si significaba un silencio del que solo existían los recuerdos.

Fernando solicitó permiso para escribir poemas. Una luz interior seguramente podría iluminar el mundo de tinieblas en que se encontraba. El Papudo, que parecía tener mucha injerencia sobre los guardias, no solo accedió a la solicitud de Fernando, sino que le encargó un poema para su polola. El prisionero escribió el poema de amor. A la semana, el Papudo llegó feliz, los versos habían encandilado a su pareja, comentó en voz alta. Todos los guardias empezaron a pedir versos, cartas, saludos y a todas esas solicitudes atendió Fernando; a cambio, los habitantes de la celda hicieron efectiva la posibilidad de ducharse con agua caliente, lavar sus ropas, conversar y contarse historias. De tal modo se impusieron que en la celda contigua había solo mujeres y entre ellas la del ajedrecista.

XIX

El prisionero que venía de La Calera era un hombre simple, de una gran bondad y muy generoso. Andaría cercano a los sesenta años. Su casa había sido la «bajada» del Comité Regional en La Calera. Allí llegaban los dirigentes clandestinos con un santo y seña, que solo él conocía. Era la llave para penetrar al mundo secreto de los comunistas, que debían moverse entre el sigilo y la conspiración.

—Yo estaba tomando un mate con la vieja, a eso de las cuatro de la tarde justito estábamos hablando de los compañeros que no venían, pensando que a lo mejor había pasado algo, porque las visitas eran regulares. En eso estábamos, cuando golpearon a la puerta. Apareció un joven rubio de ojos azules, tenía pinta de universitario.

«Señor, ¿aquí venden televisores?», me preguntó. «Sí, señor —le dije—, ¿de cuál tipo quiere usted?». «Quiero uno de pantalla chica, blanco y negro, con antena incorporada». Era suficiente. «Pase, compañerito» —le dije altiro—. Me sentía muy contento. Le ofrecimos unos matecitos, que el rucio se tomó con unos pedazos de queso de cabra. Preguntó: «¿Y cómo están los compañeros del regional?». «Haciéndole empeño, pues, compañero —le dije—, y los compañeros de la Dire ¿qué cuentan?». «Bueno —dijo el rucio—, están bien, algo preocupados porque las cosas están difíciles, pero estamos trabajando en una huelga general». «¿En una huelga general? —pregunté algo sorprendido—, eso es algo grande, ¿no le

parece, compañero?, aquí por lo menos no hay condiciones». «No, en Santiago es diferente, la cosa está que arde, por eso mismo tengo que hablar con el máximo de compañeros. Hay que mover la cosa».

El calerano tomó aliento antes de continuar.

—Entramos en total confianza con el rucio. En la tardecita lo llevé a la casa del orgánico y después los tres fuimos donde el secre. Quedamos de acuerdo en reunirnos al día siguiente por la tarde. Esa noche mi mujer preparó una cazuela de gallina y nos tomamos unas botellas de vino. Yo estuve hablando hasta por los codos, contando las historias de uno y otro compañero, de los presos y de los que se habían salvado. El rucio celebraba todo. Me cayó tan bien el rucio, que le presté mi cama matrimonial para que durmiera tranquilo y cómodo. Con la vieja nos arreglamos en una cama chica que era de mi hijo, que se fue pa'l norte. Antes de ir a la durma, le mostré al rucio la salida de atrás y cómo podía escaparse por si acaso, y dónde esconderse.

—A la mañana siguiente le dimos al rucio un desayuno de primera, frutas, huevos revueltos. Hasta echó unos chistes de contento. Estábamos justamente en sobremesa cuando golpearon la puerta. Fui a abrir, allí estaban los milicos de la Fuerza Aérea, que me empujaron para entrar sin ningún miramiento. Yo me fui de cabezazos con los gallos y le grité al rucio: «Escápese, compañero, yo me arreglo con estos maricones». Estaba en eso cuando sentí algo duro en la espalda, me di vuelta y ahí estaba el rucio apuntándome con una pistola. «Misión cumplida, mi capitán —dijo el desgraciado y agregó— lo siento, Juanito, me caíste bien». Yo me quedé mudo, helado, si lo único que me faltó fue prestarle a mi mujer. Otros gallos me amarraron y me agarraron altiro a combos y patás. Mi mujer gritaba como loca; también le tiraron unos golpes y la encerraron en una pieza. Al poco rato llegaron el secre, el orgánico y como cinco viejos más, todos presos y amarrados. Luego nos pusieron una venda y nos trajeron pa'cá.

Después de contar esta historia, el viejo se quedaba un rato mudo con los ojos llenos de lágrimas.

—Puchas, compañero —decía—, qué desgracia más grande; si el compañero Allende nos hubiera pasado a todos un fierro, estos gallos no se habrían atrevido a dar el golpe. Si esta historia no podía ser de otra manera, los ricos no se iban a quedar así.

Grande era su nostalgia por los matecitos con pan amasado y chicharrones que le preparaba su mujer, el piure y esas cazuelas de gallina, su mejor especialidad.

—Deben pensar que estoy muerto y quizás valga la pena que así piensen, porque de aquí no salimos vivos.

—Deja de comer caldos de cabeza, hombre, ya se arreglarán las cosas, la vida tiene muchas vueltas —le interrumpía el ajedrecista, preparando las piezas de miga para dar una batalla en el próximo partido.

—Sí, pero puchas las vueltas largas, compañerito, sentenciaba el calerano.

XX

Otra vez se llevaron a Fernando. En esta ocasión no fue muy lejos, solo al primer piso, donde lo dejaron parado en el pasillo, por una noche. A la mañana siguiente lo introdujeron en una oficina. En medio de ella, al parecer solo, esperaba ansioso. Al rato entró alguien:

—¡Súbete la venda! —extrañado, no atinó a obedecer.

—¡Súbete la venda, hombre! —reiteró la voz.

Se la sacó; se vio a sí mismo, de pie en medio de una sala iluminada por potentes luces. La ventana tapada por gruesas cortinas, que no dejaban transparentar a la luz diurna. Todas las paredes, cubiertas de gráficos. Había montones de diarios ordenados seguramente de acuerdo con su utilidad. Tras un escritorio, una persona de civil de unos cincuenta años, de cara redonda; su rasgo más notorio, una cicatriz en la frente que corría de arriba hacia abajo, en el lado derecho de la misma.

—Siéntate —ordenó casi amablemente el comandante—, aquí estás en un laboratorio de inteligencia de la Fuerza Aérea, nuestro jefe es nuestro general en jefe. A él le entregamos información todos los días. Somos como un secretariado, ¿entiendes? Nosotros aquí en la SIFA intercambiamos opiniones y luego se la llevamos a mi general, que es como el secretario. Toda esta información él la usa en la junta de comandantes en jefe. Estamos mucho más adelantados que las otras ramas, porque tenemos mejores métodos. Nosotros no maltratamos a los prisioneros ni los matamos, trabajamos con ellos, ¿entiendes?

No sabía para dónde quería ir el comandante. Sus mandíbulas contraídas le hacían tiritar la cabeza.

—Aquí hay mucha gente de ustedes colaborando. Lo pasan muy bien. Viven en habitaciones cómodas, de vez en cuando ven a su familia, y lo único que tienen que hacer es colaborar, ¿entiendes? Es por el bien de todos, así terminamos pronto con estos malos ratos y sufrimientos. A más resistencia, más sufrimiento. Los que colaboran les hacen un favor a ustedes mismos. Tú deberías hacer lo mismo, pero eso queda a tu voluntad; cuando estés dispuesto me avisas. Mientras tanto, te voy a pedir algunos datos que me faltan.

La adrenalina activó sus mecanismos internos de autodefensa. Presintió algo grave. No respondió absolutamente nada. El comandante se acercó a una pared y le mostró un gráfico. Allí estaban enumerados desde Arica a Punta Arenas todos los Comités Regionales del Partido Comunista. Había cuadritos que seguían al nombre de cada regional, uno correspondía al secretario, otro al orgánico hasta completar «la nómina». Había una cruz en el cuadro correspondiente al que había caído y un signo de interrogación donde aún faltaba detener a alguien. Las cruces eran el 80% del gráfico. Recién pudo darse cuenta de la magnitud del golpe represivo, en ese mes de junio del año 1974, en el que él mismo había caído.

—Mira, aquí en tu regional falta uno. ¿Tú sabes de quién se trata?

Movió la cabeza, negando. Sentía indignación y descorazonamiento. El comandante no se inmutó. Se dirigió a otro gráfico, una sucesión de cuadros que partía con uno superior donde estaba la foto de Luis Corvalán, con un *ticket* positivo sobre el rostro; después venían los de Víctor Díaz, Gladys Marín, Jorge Montes, también con un *ticket*; Américo Zorrilla, Orlando Millas: todo el Comité Central. Esas fotos provenían la mayoría de recortes de diarios. Había algunos lugares vacíos...

—¿Tú eras del C. Central? —preguntó el comandante.

Fernando movió nuevamente la cabeza en forma negativa.

—Entiendo —dijo el comandante—, eras de algún equipo especial.

La misma respuesta del prisionero.

—Tú conoces al Fanta.

Otra vez el movimiento negativo de su rostro.

—Bueno, tal vez lo vas a conocer.

Un silencio terco fue la única respuesta del prisionero.

—Sé que estás confundido, hombre, no es para menos. Ahora te das cuenta de que ustedes no tenían escapatoria. No te sientas culpable. Mira, tenemos todos los diarios de *El Siglo* y publicaciones sobre el partido comunista, todo analizado científicamente. Tenemos fotos, películas de gente entrando y saliendo del Comité Central en Teatinos, teníamos gente en cada ministerio. Ustedes le iban a vender a precio de huevo el cobre a Bulgaria. Teníamos gente en la UTE, sabíamos cómo se preparaban y de los que viajaban a la URSS a recibir instrucción militar. Cometieron el gran error de creer que unos cuantos hombres preparados en unos meses podrían enfrentar a unas fuerzas armadas profesionales y altamente capacitadas. Los del MIR, mucho más adelantados para llevar adelante la lucha armada, ya se derrumbaron. Ustedes no tuvieron en cuenta que toda la sociedad está conformada por seres humanos y que los seres humanos son débiles, cometen errores. No se puede concebir la sociedad como una máquina. Aquí hay hombres del MIR trabajando para nosotros. Nosotros le hemos salvado gente y a alguna incluso la hemos sacado del país. También hay gente de ustedes, muy valiosa. Te digo esto para que medites; la resistencia al gobierno de las Fuerzas Armadas es un grave error, que solo significa más sufrimientos para el pueblo, al que ustedes dicen defender. ¿Te das cuenta?

No conforme, el comandante invitó a Fernando a pasar a otra pieza. Arrastrando el grillete y con las manos esposadas, penetró a una sala más amplia con varios mesones de trabajo y con más

esquemas en las paredes; entonces supuso que se introducía a una escuela de la alta política de la dictadura. Continuaban los gráficos: la orgánica del PC en tiempos legales, tesis sobre la orgánica clandestina. En los estantes había notas sobre el desarrollo de la lucha contra el PC y su fracturación, según los golpes asestados.

—Lo único que pretendemos es descabezar a tu partido, impedir su funcionamiento. Sabemos que es imposible destruirlo, porque no podríamos llegar a todas las células, pero si podemos ganar tiempo, es lo que necesitamos. Quince o veinte años será suficiente. Esta es una guerra de carácter estratégico, mundial. Hay que recuperar terreno en el Perú, allí nos metieron el bichito en las Fuerzas Armadas, hay hasta un peligro de guerra, ¿te das cuenta?, tendríamos a la Unión Soviética invadiendo el norte de Chile. En Argentina no hay problema. En América Central hay que preparar la contraofensiva…

El comandante siguió hablando de geopolítica largo rato, yendo y viniendo por entre los muebles, haciendo sonar los tacos fuertemente.

En los mesones había toda clase de objetos, la mayoría papeles: documentos del partido, carnés de militantes, pequeños papeles arrugados con mensajes, dibujos de escondite de documentos, libros de marxismo, fotos oscuras de muchas personas que no sabían que ya estaban fichadas, que eran seguidas o buscadas, libretas con datos, retratos hablados hechos a grafito, grabadoras y cantidades de cinta, proyectoras de diapositivas. El comandante iba mostrando cada cosa con especial deleite.

—Esta libreta es la milagrosa —dijo, mostrando una que estaba sola en un mesón junto a un archivador—. Aquí están casi todos ustedes con el nombre real, la chapa, la bajada, el cargo y el santo y seña. Desde que los detuvimos ya sabíamos todo de ustedes. Mira, aquí está tu expediente, nos llegó de Valdivia. Te escapaste, si te hubieran pillado allá estarías muerto, agradece que te agarramos

aquí —al mismo tiempo que decía esto mostraba un largo papel, seguramente de un télex—. Te investigamos hasta si tenías algún delito económico.

Fernando se quedó pensativo. Entre todos los esquemas y planes nada había que se pareciese al Plan Z.

—¿Y el plan Z? —su voz, algo ronca y baja, fue acallada por la risotada del oficial.

—¡El Plan Z, ja, ja, ja, ese es invento de los milicos, jajaja! Eso se llama guerra sicológica. ¿Ves?, todo está dominado por nosotros. Ustedes no tenían fuerza para una aventura armada. Ahora debemos evitar que la tengan y por eso hay que justificar nuestros actos, para prevenir el futuro. En pocos años tendremos todo dominado y vamos a cambiar el país. Si mi general fuera el comandante en jefe, no tendría prisioneros porque no es necesario, basta con un buen trabajo de inteligencia. Y después le aplicaríamos a ustedes la misma ley que existe en Alemania occidental y caerían por su propio peso.

Toda esa fría racionalidad de cuanto comunicaba el comandante, adquiría un peso abrumador para Fernando. Sin embargo, se iba anidando en su pecho una rebeldía creciente; tal argumentación no resultaba válida para hacerlo perder la esperanza. No ponía en duda su ideal ni su utopía, por el contrario: lo colocaba al frente de las enormes dificultades, sus verdaderas dimensiones y si el partido logra sobrevivir —pensaba— será algo muy heroico. Serían muchas las vidas que se perderán y no tenía ninguna seguridad de que él mismo se salvaría. Pensó que el propio peligro después de la entrevista con este oficial, se acrecentaba. El objetivo de la FACH de hacer colaborar a sus prisioneros era difícil de eludir y de seguro presionarían cada vez más y no podía estar seguro del desenlace.

El comandante hizo un gesto de despedida:

—Bueno, tienes mucho tiempo para pensar. Ya sabes, solo tienes que dar una señal y todo cambiará para ti.

XXI

Y también la situación cambió en la celda. Fue prohibido terminantemente hablar. Se acabaron las cartas y los versos de amor. El ajedrecista ya no pudo acceder al misterioso intercambio del peine con su compañera. Eran tratados con indiferencia. Los guardias guardaban silencio. Se les permitía ir al baño solo una vez al día, separadamente.

Hora tras hora, los días transcurrieron interminables. Fernando sospechaba que se volvería loco. La incomunicación era angustiosa. Intentaba hablar a un guardia y este no respondía. Comenzó los soliloquios, en voz alta. Primero, cosas simples; luego se descubría desdoblado en dos personajes, a los que había llegado sin darse cuenta. Le menguaron la comida a tal punto que se sintió débil y cada vez, con mayor frecuencia, sufría alucinaciones y también le costaba más salir de ellas. Recordaba las experiencias de los primeros días en el pasillo y entonces supo que venía la locura. Empezó a resistir, pero sentía que se abandonaba más y más a esa sensación de fuga mental, alucinante, de la que le costaba enormes esfuerzos superarse.

Esa carga de permanecer incomunicado, la desconexión con el mundo exterior, el silencio casi absoluto a que habían reducido a los prisioneros de la celda; esa atmósfera de inseguridad, de amenaza cotidiana resultaban lacerantes. Lo único que me resta por hacer es resistir y resistir, se repetía martillándose su entendimiento, resistir sobreviviendo.

Ya tan solo ni únicamente conversaba consigo mismo. Se propuso practicar ejercicios emitiendo sonidos guturales y onomatopéyicos con distintos tonos e intensidades: GUAU GUAU GUAU GRR GGRRRMMMM AAHH. TATATAM. TATATAM - GAGUEGUI - GAGUEGUI - AJ - AJ - OJ - OJ. Los demás habitantes de la celda empezaron a imitarlo. Por momentos se producía un coro de sonidos, que les facilitaba una fuerte descarga emocional. Y comenzó a realizar una combinación de movimientos de los músculos y órganos de la cara, a los cuales luego sumó movimientos de las articulaciones, los músculos planos, los ojos, distintos ritmos de respiración, rictus, gestos.

En esa vastedad y en ese silencio atortujante, el espíritu tendía al onirismo. Pasos cercanos, quejidos distantes, respiraciones tenues despertaban fantasmas o configuraban sueños, imaginarias relaciones de hechos. De ese mundo emergían dolorosas reflexiones respecto a los acontecimientos; aparecían sucesos capitales; la muerte de Allende tan de hombre comprometido con sus ideales, ¿significaría algo más que un sacrificio humano?, ¿el pueblo tendría conciencia de tanta lealtad? La dictadura pretende matar los símbolos de la vida para imponer la muerte. Ocasionó la prematura partida de Neruda, pero no puede borrar sus versos, más poderosos que la espada, para lavar la herida y restaurar la senda traicionada. ¿Y acaso el canto de Víctor, a pesar de sus manos inertes y su guitarra destrozada, no está en el alma del pueblo? Trataba así de levantar su espíritu, pero luego se atormentaba en la soledad de la celda:

—¡Qué nos pasó, Dios mío! ¿En qué fallamos, por qué permitimos que tanta crueldad se descargara sobre la esperanza de tantos millones? Había que resistir, buscar la verdad, dar vuelta a la moneda a como fuere. Resistir y morir allí mismo, sin claudicar o resistir para vivir para la lucha, sin desfallecer, en un camino largo y difícil.

Tanta indignación y vergüenza le aumentaba a medida de sus reflexiones. ¿Por qué no fui capaz de defender al gobierno? Aunque

no había formado parte de él ni tampoco de la dirección superior de los partidos integrantes, Fernando comprendía que habían actuado con ceguera, con temeridad irreflexiva al no contribuir con energía a prevenir el golpe artero y preparar consecuentemente al pueblo.

En medio de estas cavilaciones, se le vino a la mente el recuerdo de esa niña que llegó a la casa donde se escondía, en Valdivia, pocos días después del golpe. Tendría unos catorce años y una cara muy dulce e inocente. Era una enlace, que traía un mensaje. Ruborizándose le pidió a Fernando que se diera vuelta. De entre sus piernas extrajo una toallita doblada, dentro de ella había una bolsita de plástico en la que transportaba los papeles comprometedores.

> Estimado compañero:
>
> Hemos constatado que la mayoría de los conscriptos de las fuerzas especiales (boinas negras) del Regimiento de Caballería son leales al gobierno de la Unidad Popular y repudian la traición de los mandos. Un emisario de ellos nos ha traído un mensaje, en que expresan su firme decisión de actuar para tomarse el regimiento, si nosotros entregamos una opinión positiva. La posibilidad se da solo ahora, porque los golpistas pronto tomaran medidas preventivas. Dicen estos compañeros que están en capacidad para tomarse el regimiento, pero necesitan nuestra opinión y una señal inequívoca de que contarán con nuestro apoyo externo. Le adjunto el plan que nos proponen. Varios de estos conscriptos son hijos de compañeros nuestros y también del partido socialista. Nosotros necesitamos la opinión suya. Fraternalmente…

Fernando levantó la vista de la nota, miró a la niña y le sonrió. La carta lo sometía a una excitación mental inmensa. Supo que aquel era un momento de muy alta responsabilidad. En los diarios aparecía la opinión de un grupo de dirigentes democratacristianos oponiéndose al Golpe, a contrapelo de la actitud de la mayoría de ellos,

que había favorecido el camino al pronunciamiento militar. ¿No sería necesaria alguna respuesta al Golpe, de otro tipo, de choque frontal dentro del propio Ejército? ¿Se podría provocar una reacción positiva o sería esto un pretexto para mayores represalias? Tal vez una resistencia de magnitud, en una ciudad importante, llegara a ser un ejemplo imperecedero como lo sería el de Allende. O quizás podría romper toda aquella tremenda sensación de impotencia y desmoralización, que originaba la aplastante ofensiva militar. Tenía que dar una opinión, estaba obligado a ello.

Y respondió con una nota lacónica.

> Compañeros:
>
> Si existe la posibilidad de que fuerzas militares se tomen el regimiento desde dentro, hay que intentarlo. No tengo capacidad para sopesar si hay fuerzas suficientes para ello. Eso solo lo pueden determinar los compañeros militares. Si ellos están seguros y decididos a llevar adelante este acto de audacia y valor, no podemos negarnos. En todo caso, son ustedes los que tienen la última palabra, la cual respetaré y acataré. También hay que ver el grado de convencimiento de aquellos compañeros, que tienen que jugar un papel desde afuera, según lo que expresa el plan. Si ustedes estiman necesario que yo asista a alguna reunión, estoy a su disposición. Les deseo mucha suerte y en cualquier caso, por favor, manténganme informado; está claro que de producirse, tendremos que salir todos a la calle a luchar con fuerza y decisión. Fraternalmente…

XXII

Unos treinta boinas negras esperaban con decisión férrea. Si se producía, a la hora acordada, una pequeña escaramuza en la entrada principal del regimiento con disparos de francotiradores a la guardia, ellos en la confusión neutralizarían a los oficiales y asumirían el mando. Tenían la capacidad para hacerlo. Pero los disparos contra la guardia no solo tenían el objeto de distraer o causar confusión, significarían también una señal de asentimiento y de decisión externa, lo que más necesitaban. Otro grupo esperaba impaciente en una casa cercana al regimiento. Habían determinado actuar de acuerdo con un plan sincronizado con los boinas negras. Con escopetas, rifles y armas cortas dispararían hacia los guardias de la puerta principal. Solo faltaba que llegaran las armas.

La noche era propicia. Una de esas terribles, por la niebla espesa, que nada dejaba ver a pocos metros.

Tres hombres avanzaban hacia la costanera que bordeaba el río Calle Calle. Iban en fila india, desplazándose apegados a los edificios. Nadie más caminaba por las calles, a esa hora de toque de queda. Los vehículos militares se escuchaban a lo lejos y sus luces casi no se distinguían, aunque pasaran muy cerca. El peligro mayor suponía encontrarse con alguna pareja de carabineros. Pronto llegaron a la ribera. El río estaba calmado, apenas se vislumbraba el agua de la orilla, tan negra como la noche. Amarrado a un viejo muelle de madera había un bote plano. Uno de los hombres sacó de

entre los pilares del muelle unos remos que tenían la pala envuelta en unos trapos al estilo de Lord Cochrane, cuando sorprendió a la guardia española del fuerte de Corral. Las chumaceras estaban engrasadas, para que ningún chirrido se levantara sobre las tranquilas y profundas aguas.

El mismo hombre que encontró los remos se subió al bote. Los otros dos lo despidieron con un fuerte apretón de manos. Cada uno sabía lo que debía hacer. El del bote debía bogar hasta la orilla distante e invisible y recoger, desde un escondite conocido solo por él, una media docena de armas, las cuales debían trasladar hacia la casa cercana al regimiento.

Empujaron el bote que se alejó silencioso, desapareciendo ante sus miradas a los pocos metros. La niebla era una prodigiosa encubridora de la conspiración que se gestaba. Luego se acomodaron bajo el muelle y se dispusieron a esperar una hora.

Todos esperaron en vano. El bote no regresó a la hora señalada ni a ninguna otra. Los dos hombres esperaron varias horas en su escondite, hasta que amaneció y se levantó el toque de queda. Después de dar varias vueltas y de mirar y remirar el cauce del río, se fueron al mercado a comer un mariscal, antes de juntarse con un enlace para dar cuenta de su situación.

Los boinas negras cancelaron la operación media hora más tarde de la fijada para el inicio de las acciones distractivas. Los conjurados en la casa cercana al regimiento no pudieron dormir en toda la noche y ansiosos esperaban el amanecer para desalojar al grupo.

Nadie, nunca más, supo del botero que desapareció entre la niebla. Los boinas negras desestimaron cualquiera otra acción y se conformaron con salvar del arresto, cuando les correspondía hacer allanamientos, a dirigentes de la juventud comunista o de la izquierda, buscados por terroristas. Muchas veces hicieron la vista gorda y en oportunidades muy especiales ayudaban a la gente perseguida a salir de la ciudad.

Cuando Fernando conoció el resultado del infructuoso intento de amotinamiento, pensó que ya no tendrían un Moncada y se arrepentía de no haber sabido aprovechar antes la inmensa potencialidad que tenían a su disposición las fuerzas del gobierno de la Unidad Popular. Era el resultado de la falta de una concepción más rica de lucha y de poder popular. Y aun, a pesar de ello, sentía un inefable contento porque un grupo de hombres, de luchadores, de jóvenes, adultos del mañana, se había atrevido a hacer el intento. Todo un aliciente, una esperanza de futuro.

XXIII

Transcurrieron varios días de silencio sepulcral en el subterráneo de la Academia de Guerra. Una mañana, sacaron al Quila de la celda. De nuevo se iniciaba el movimiento. A la hora siguiente, a Fernando. Otra vez al segundo piso. Allí lo metieron en una oficina sin mayor preámbulo.

—Sácate la venda y siéntate —ordenó una voz conocida, inconfundible para el prisionero.

Tras un escritorio estaba el comandante Cabezas, taladrándolo con sus ojos azulados. No había humanidad de ningún tipo en esa mirada. En sus manos tenía un tubito, al que le daba vueltas y vueltas.

—Estás muy flaco y demacrado —comentó, mientras dejaba el tubo sobre el escritorio. Fernando fijó su vista en el tubo.

—Ah —dijo al percatarse de la mirada puesta en el aparato—, ¿no sabes para qué sirve esta cosa?

El prisionero movió la cabeza, denegando.

El militar le sacó una tapita a lo que parecía un *spray*.

—Es un invento que nos llegó de Alemania: un gas que inmoviliza a una persona en forma instantánea. Con esto vamos a salir a cazar comunistas. Ya lo probamos con un perro y en estos días vamos a cazar a unos miristas, así, sin escándalo.

Fernando persistió en su mutismo, con rostro inexpresivo, solo su mirada delataba un odio profundo y una especie de recelo, como el que se siente ante una alimaña.

—¿Y qué dices, cómo te han tratado, qué has pensado?

—¿Hasta cuándo voy a estar aquí, señor? ¿Hasta cuándo me van a hostilizar?

—Bueno, tú sabes, aquí el que coopera lo pasa bien, para qué hacerse daño. ¿Por qué son tan duros los comunistas?, son cabeza de piedra, por huevadas sin importancia son capaces de morir como tontos. ¿Qué es lo que los mantiene, si ya están derrotados? Y a ti te digo: Mala suerte, pero perdiste.

Fernando callaba con un odio sordo y sus manos impotentes empuñadas a la espalda.

—El comunismo y el socialismo son una utopía. Siempre habrá ricos y pobres, así lo dice la Biblia y así será, por más que existan curas comunistas. Y para que sepas, yo soy un cristiano de verdad. Los pobres no pueden mandar, hombre; no tienen educación, no tienen capital, no tienen acceso a la técnica, no son nada. Tú eres una persona educada, inteligente, ¿qué haces en el Partido Comunista? Lo único importante es la familia, a favor de ella hay que trabajar y ganar plata, lo demás no tiene valor.

—Señor, a mí no me importa lo que usted piense. Soy un prisionero de la Fuerza Aérea y de los ricos, ¿qué va a pasar conmigo?, ¿me va a matar?, ¿me tengo que podrir aquí? Dígamelo pronto. Dígame la verdad.

—Claro, lo mismo que todos los cabezas de piedra. En toda mi vida no había conocido gente tan terca. Pero yo no voy a sacrificar mi carrera con blanduras. Soy un oficial y tengo un porvenir por delante y me va a ir bien, porque esta guerra la ganaremos nosotros. ¿Qué edad piensas que tengo?

—Cerca de setenta, señor. Y no sé qué clase de triunfo es este, ¿qué le dirán su mujer y sus hijos cuando sepan que duermen y viven con alguien que torturó a sus semejantes?

—Imbécil —gritó alterado el coronel—. Con ustedes no se puede razonar nada. ¡Guardia!, lleve al prisionero a su celda.

En su fuero interno el comandante se sentía herido en su vanidad, porque aún le faltaba bastante para llegar a los sesenta, lo demás no le hacía ni mella.

XXIV

Una terrible depresión se apoderó de los cuatro residentes en la celda. Se acercaba la Navidad con un enorme manto de soledad. Tal vez pronto ya no existiría ni navidades ni nada, tan solo el silencio eterno. Fernando divagaba recordando lecturas: *El prisionero de Zenda, Sacco y Vanzetti, El conde de Montecristo, Zoia y Shura*. Otras, pensaba en el célebre juicio contra el búlgaro George Dimitrov. Sus ojos, cubiertos por la venda, lagrimeaban permanentemente, no sabía si por el roce constante de la tela o por la tristeza que embargaba su alma, por tantas derrotas personales y colectivas. No estaba hecho de piedra, era de carne y hueso, de espíritu, de ideas nobles, y se daba aliento comprendiendo que toda su firmeza radicaba en un pensamiento fortalecido por una causa, una utopía basada en sueños de igualdad, libertad y justicia. Quizás lo mismo como pudiera sucederle a cualquier hombre sencillo, que, a la hora de la verdad, eleva su calidad de ser humano y es capaz de resistir y causar asombro hasta al más cruel y sutil de los torturadores.

Llegó el 24 de diciembre. Todo seguía igual. Sin embargo, la Nochebuena hizo un milagro. Cerca de la medianoche como un Rey Mago, bajó a las catacumbas el mismo general de la Academia, que había salvado a Fernando de morir a causa de la tortura recibida. Saludó a todos, deseándoles suerte. Era como un fantasma, ningún oficial de la SIFA estaba presente seguramente —pensó Fernando— todos estarían celebrando con sus familias, incluyendo

a los torturadores. Permanecían de turno algunos suboficiales y la guardia de conscriptos.

—Señor, ¿podemos pedirle un favor? —dijo el ajedrecista.

—Dígame, ¿qué desea?

—Señor, ¿podríamos saludar a los prisioneros de la celda vecina?

—Pero en esa celda hay solo mujeres. ¿Conoce a alguna de ellas?

—Sí, señor, ahí está mi compañera.

—Caramba, caramba —reflexionó el general en voz alta—. Suboficial, ¿qué posibilidad tenemos de acceder a la solicitud del prisionero?

—Como usted mande, mi general, estoy a sus órdenes.

—Bien, suboficial... proceda... lleve a los prisioneros a la celda vecina... Solo podrán hablar en voz baja, no podrán intercambiar nada. Podrán subirse la venda, tienen tres minutos.

Se produjo una gran agitación entre los prisioneros. Avanzaron lo más rápidamente posible, arrastrando sus grilletes. El general ordenó que les mantuvieran las manos esposadas, pero por delante. Las mujeres estaban esperando y se habían levantado la venda por orden del general. Como pudieron se saludaron, no podían abrazarse. Las lágrimas corrían por las mejillas de las prisioneras. Fernando percibió su pecho agitado y unos sollozos entrecortados casi lo ahogaron.

El ajedrecista no se despegaba de su compañera, pero no podían abrazarse. Todos pedían que les soltaran las esposas. El general accedió. Cuando se abrazaron, ningún prisionero pudo reprimir las lágrimas, pero eran de felicidad.

El suboficial, al que le decían Monkey, era el más afectado, lloraba desconsoladamente. Era el que había encontrado en la cartera de Rosita un pequeño papel, donde estaba la dirección de la casa donde cayó Fernando. Rosita por las torturas recibidas, abortó ya de varios meses de embarazo. Anduvo muchos días chorreando sangre por las piernas.

—Se terminó el tiempo —dijo el general—, todo debe volver a la situación anterior. Buenas noches, señores, a pesar de todo Feliz Navidad. Se llevó la mano a la gorra y desapareció.

Para los suboficiales y soldados, aquella noche fue de jolgorio. Seguramente rompiendo el reglamento entraron licores y a poco andar estaban ebrios y hablando a gritos. Monkey expresaba su arrepentimiento sin tapujos. Se sentía culpable por la suerte de las mujeres torturadas, especialmente por Rosita.

—Te juro —decía— que nunca pensé que sería tan terrible. Los jefes son unos chacales. Y tan bonita la chiquitita —se refería a la que cayó con Fernando—, estaba virgen y se la violaron, palabra, yo me casaría con ella —decía moqueando—. Si en algo pudiera arreglar el daño, me caso con ella.

Del resto, algunos discrepaban abiertamente, alegando que eran prisioneros de guerra y que la guerra es la guerra, otros le daban la razón. Ninguno dejaba de estar tocado por aquella situación. Había muchachos jóvenes, la mayoría había ingresado al servicio militar pretendiendo postular a seguir prestando servicios como clases; debido a ello, cumplían a pie juntillas las órdenes superiores. En ocasiones eran drogados para participar en las torturas. Aquella noche, en víspera de Navidad, la mayoría aseguraba que deseaba salir lo más pronto posible del servicio.

Monkey pedía perdón a Dios.

El Papudo entró a la celda. Hacía mucho tiempo que no aparecía. El Quila, el de la silla de ruedas, entabló una conversación franca con él. Preguntó por varios prisioneros. A lo que el Papudo dio respuesta hablando de su estado de salud. Hizo una descripción de los prisioneros de otras celdas. Dio una larga lista de chapas de gente del MIR, detenida o muerta. El Quila hacía uno que otro comentario.

—¿Qué drogas usan para los prisioneros? —preguntó el Quila.

—Pentotal I, para ablandarlos. Pero es una mezcla brasileña. Aquí todo se hace con asesoría de la Fuerza Aérea del Brasil.

—¿Las torturas también?

—Sí, las torturas también. Otra droga es la scopolamina.

—¿Y qué pasa con los prisioneros, hasta cuándo vamos a estar aquí?

—Eso no lo sabe nadie. Pueden salir para cualquier parte. Hay algunos que se los han llevado a lugares más estrictos, son gallos importantes, duros, que sabían pero no quisieron hablar. Otros, están trabajando en el segundo piso, tienen una suite.

—¿Conoces el nombre de alguno?

—No, eso es resecreto y nosotros no podemos ingresar a ese lugar. A veces los bajan a los tipos, para que reconozcan gente, pero vienen con un capuchón con huecos para los puros ojos. Hasta en torturas participan y hacen preguntas capciosas, para saber si el prisionero está mintiendo.

La noche terminó triste para los prisioneros, a pesar de la gran alegría producida por el encuentro con sus vecinas de infortunio.

XXV

Faltaba un par de días para el Año Nuevo de 1975. A media mañana, los prisioneros de la celda fueron sacudidos de su ensoñamiento.

—Todos de pie —ordenó una voz— vamos, vamos, todos de pie.

Pusieron a Fernando delante de un «trencito» que partió lentamente, porque no les sacaron los grilletes. Caminaban como Chaplin, con pasitos muy cortos pero rápidos. Cerraba la pequeña fila india la silla de ruedas del Quila. En las escaleras eran ayudados por los soldados, que los subían o bajaban casi en vilo.

A dónde nos llevan —pensó Fernando. Estaba inquieto, nadie les decía nada. Solo esa orden, avanzar. Después de lo que le parecieron interminables vericuetos, desembocaron en un pasillo del primer piso, por el que caminaron hacia un lugar desconocido.

—Cuidado, que hay un escalón —dijo un soldado. Temeroso, Fernando dio un paso hacia adelante. En ese momento sintió que algo candente lo quemaba entero; sintió el choque de una brasa ardiendo en su cabeza; un resplandor hería sus ojos, traspasando la venda. Pensó en aquella caldera, por donde había entrado al subterráneo. Lanzó un alarido y se tiró hacia atrás.

—¡Asesinos de mierda! ¡Me quieren quemar vivo, maricones! ¡Nos van a quemar vivos!

—Cálmate, cálmate, hombre, no te va a pasar nada —dijo un suboficial—. Soldado, sáquele la venda al prisionero, con cuidado. Cálmate, hombre, vas a ver que no te pasará nada.

El soldado sacó la venda al prisionero. «Cierra los ojos —le ordenó— y ábrelos de a poco». Fernando se calmó, lentamente abrió los ojos. Estaba bajo el dintel de una puerta. Delante de él, una luz enceguecedora. Era la luz del día. Un sol quemante que surgía en medio de las tinieblas de la noche, tan larga... tan tremendamente larga.

—Sáquenles los grilletes y déjenles las manos esposadas adelante —ordenó el suboficial—. Ahora camina con calma, pero antes, ponte la venda como un gorro o te vas a convertir en chicharrón.

El prisionero dio un paso y expuso primero sus manos al sol. Nunca pensó que quemara tan violentamente. Le dolía la piel y apenas podía abrir los ojos. Luego sintió un ardor inmenso en su rostro. Era la vida, de la cual se había olvidado. Uno a uno fueron llevados hasta un césped, donde les ordenaron sentarse, guardando silencio en un semicírculo.

La frescura de la hierba era la mejor caricia para su cansado cuerpo. Había un grupo de mujeres a unos diez metros de ellos, que conversaban sin restricción aunque también estaban esposadas. A Fernando le llamó la atención una mujer muy flaca y blanca, que le miraba con una cara de profunda tristeza.

La cordillera de los Andes mostraba toda su grandiosidad; en uno de los faldeos se veía lo que parecía ser un convento. Pájaros, mariposas, saltamontes reproducían sensaciones casi olvidadas. Los prisioneros sentían un infinito deseo de dormir, a causa del aire y el sol que los relajaba. Demasiada lujuria para cuerpos tan sufridos. Ubicados a cierta distancia, observaban a los prisioneros algunos militares entre los que destacaba uno de civil, elegantemente vestido. Era el jefe, el de los ojos grises. Junto a él, varios oficiales, uno alto, moreno, crespo; otro rubio más bajo, de clásico corte alemán. Había también una mujer de cabello rubio teñido. Algo alejados, una pareja singular, un tipo de hechura fina y muy pálido y a su lado un ser gigantesco. Este es el de las manos grandes y los resoplidos, pensó Fernando.

Haciendo un círculo mayor y tendidos sobre la hierba, una decena de soldados apuntaban sus fusiles hacia los prisioneros.

Otro par de suboficiales conversaban en un extremo. Por la voz, él supo que uno de ellos era el Monkey, que, aunque había pedido perdón a Dios, volvería a torturar a quien se le ordenara, pues seguía el ejemplo de su jefe, el de los ojos grises, que lo hacía personalmente cuando el caso le interesaba.

¿Qué significaba esta *tourné*e bajo el sol? ¿Por qué los torturadores se mostraban tan abiertamente? ¿Habría llegado el instante de la libertad o de la muerte? Creyó que había transcurrido una hora cuando se les ordenó entrar; al llegar a la puerta, debieron ponerse la venda e ingresaron nuevamente al mundo de las sombras.

Aquella misma noche, mientras todos cavilaban sobre su suerte, se llevaron al ajedrecista.

A su regreso, las cosas no estaban igual. Se produjo un gran desbarajuste de guardias. Algo acontecía. El ajedrecista, en un momento de desatención de la guardia, se atrevió a contarle en un susurro a Fernando lo que le había sucedido. Lo habían llevado a una oficina del segundo piso. Le sacaron la venda. De sopetón se encontró ante un hombre de unos sesenta años, vestido con su uniforme azul. Tenía el cabello blanco y una mirada afable.

—Te traje ante mi presencia por una razón de conciencia. Yo no estoy de acuerdo con lo que está sucediendo, pero me encuentro solo, no puedo hacer nada en contra, por ello solo trato de ayudar a los prisioneros. Me parece temible lo que está pasando. Yo tengo hijos de la edad de ustedes y quisiera que nunca les pasara algo semejante. Dios no lo permita. Sé que mañana ustedes van a ser trasladados de aquí, no sé adónde, tal vez a la libertad, a la cárcel, a un campo de concentración; no sé, Dios quiera que sea para mejor y no se trate de otra locura. Por eso, esta noche podrás verte aquí mismo con tu compañera; tendrán media hora para despedirse, porque tal vez los van a separar. Por favor, no le digas a nadie que estuviste aquí.

El alto oficial saludo militarmente y se fue. A los pocos minutos su compañera ingresó custodiada por un guardia que se quedó en la habitación mirando hacia otro lado. Se abrazaron. Ella lloraba tiernamente. Conversaron de sus días felices, acariciándose mutuamente. No hablaron sobre lo que les podía suceder, no querían perturbar el momento que se les había regalado en medio de tanta crueldad.

—Puede ser la libertad, compañero —concluyó el ajedrecista.

Fernando se sintió presa de una gran inquietud. Trató de comunicarse con un suboficial pero lo hicieron callar en forma terminante: la incertidumbre persistiría hasta el día siguiente.

XXVI

Era ya la víspera del Año Nuevo. A las siete de la mañana una veintena de prisioneros fueron conminados a levantarse. Se les ordenó ducharse y guardar sus pertenencias. De uno en uno fueron llevados ante una ventanilla, donde les devolvían todo lo que les habían retirado al momento de su ingreso y los hacían firmar un papel. Para el efecto de hacer este trámite, les permitían levantarse la venda. Fernando se dio cuenta de que no estaban en el gran *hall* ni en el sector de las celdas. Se hallaban ante una ventanilla, que daba a un pasillo angosto, flanqueado por oficinas, desde cuyo interior, protegidos tras las puertas entreabiertas, los espiaban seres misteriosos. Le pareció ver sombras y oír cuchicheos. Los torturadores no salían de las sombras, hubiera querido dar unos pasos y mirarles las caras, comprendía que ello equivaldría a un suicidio.

Aquella espera resultó tensa. Nadie hablaba. Recién a las diez de la mañana, hicieron avanzar el trencito humano hasta la salida. Presumía que los despedían de la Academia por la puerta ancha y quizá este era un indicio de buen augurio, pero el temor no desaparecía de su espíritu. Alguien lo tomó de los hombros y lo hizo subir a un vehículo. Por la configuración del asiento, se dio cuenta de que era un automóvil. Por el ruido de los portazos, llegó a la conclusión de que eran varios autos.

—¡Guarden todos silencio! —Perentoria repercutió la orden—: Ante cualquier intento de fuga o de agresión al personal, los guardias tienen orden de disparar.

Perfectamente pueden simular un intento de fuga y matar a varios —pensó Fernando—. La caravana avanzó con lentitud por algunas cuadras, luego se detuvo.

—Atención, señores, a continuación se procederá a sacarles las vendas, nadie se moverá, deben mirar solo hacia adelante durante todo el trayecto. No se puede conversar.

Cuando le sacaron la venda, vio un auto azul que iba delante y más allá, el cerro Manquehue. Estaba sentado junto al chofer. Sus manos continuaban aprisionadas por las esposas que a su vez estaban aseguradas por una cadena. No sabía si en el asiento posterior iban solo guardias o algún prisionero.

Cuando la caravana se puso nuevamente en movimiento, lo hizo a gran velocidad, doblando por avenida Las Condes hacia la capital. Luego siguieron por Providencia. En la Plaza Italia se desviaron hacia el sur. Finalmente llegaron a Avda. Departamental, por donde avanzaron, introduciéndose por unas callejuelas hasta un gran edificio blanco.

Los recibió una gran cantidad de carabineros. Hicieron una fila en una especie de galpón, donde los fueron despojando de las esposas y grilletes. Se sentía un rumor de muchas voces. Un oficial de cara agria se presentó:

—Yo soy el comandante Pacheco. Esta unidad está a mi cargo. Este es el campo de prisioneros de guerra Tres Álamos, a cargo del Cuerpo de Carabineros de Chile. Deben observar estrictamente el reglamento, el que lo vulnere será castigado sin contemplaciones. Se acabaron los sindicatos, aquí no hay derecho a reclamo. Si alguien quiere hacer una petición personal, debe hacerla por escrito a la comandancia. ¿Entendido?

—Síií —respondieron todos.

—¡Entendido, mi comandante, se dice! Estos huevones no aprenden nunca. Ya, todos digan: «Entendido, mi comandante».

—Entendido, mi comandante —dijeron todos.

Paco de mierda —pensaba Fernando en su interior—, milicos de mierda, pero estamos vivos, estamos vivos. No estaban libres todavía, pero habían escapado de la muerte.

Mientras permanecía en la fila se le acercó un suboficial.

—Hola, Fernando, ¿no me reconoces? —Se quedó mirándolo, no podía recordar de quién se trataba.

—Soy yo, hombre, José del Campo, fuimos compañeros de curso en el Liceo.

—Pero, claro, si tú eres José.

El suboficial le estrechó la mano:

—¿Cómo estás, hombre? Veo que no te han tratado muy bien. Pero aquí ya estás casi a salvo, la Cruz Roja Internacional viene a visitar el Campo y se preocupa de los prisioneros. Para cualquier cosa puedes contar conmigo, yo soy el mismo de siempre. Por favor, ten cuidado con los «jefes», son gallos duros y siniestros —agregó en un susurro.

Seguían conversando de las respectivas familias, haciendo recuerdos de los amigos mutuos, cuando apareció el comandante Pacheco.

—¿Qué pasa con este prisionero, suboficial?

—Nada, mi comandante, es que fuimos compañeros de curso —explicó rojo y sobresaltado.

—¿Compañeros de curso, eh? Sargento —gritó a otro uniformado—, lleve a este prisionero a una celda de castigo. Aquí nadie tiene privilegios. Y usted, suboficial —dijo increpando duramente al amigo de Fernando—, se me presenta mañana a la comandancia.

El ajedrecista que estaba inmediatamente detrás de Fernando protestó con fuerza:

—Señor oficial —dijo— esto es una injusticia.

—Una injusticia, eh —replicó el comandante—, los huevones creen que están en un tribunal, los dos al chucho.

Un sargento mal agestado y un paco raso tomaron a los prisioneros con los brazos a la espalda y los llevaron al interior de la comandancia; en una especie de *hall* había una escalera que conducía a un subterraneo. Allí dejaron a los prisioneros en una celda oscura y maloliente.

Fernando no se desesperó. Ya estaba acostumbrado. Se puso a meditar: único ejercicio posible. En la fila de prisioneros traídos desde la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea había reconocido a su amigo Jacinto. Le resultó divertido constatar que ese nombre, tantas veces callado, era el de un compañero ya detenido. Todo parecía una farsa cruel, las torturas, los apremios sicológicos, los castigos, los muertos y los desaparecidos. Sin embargo, a su haber podía contabilizar una inmensa satisfacción: no se había quebrado y estaba vivo; ello acrecentaba esa esperanza remota de volver a la lucha, ahora con más decisión que nunca.

XXVII

Tenían tiempo para las confidencias. Cada uno contaba rasgos de su vida. El ajedrecista había sido dirigente sindical en Copiapó. Cuando vino el golpe, tuvo que fondearse. Anduvo de casa en casa. Al final ya no se sintió seguro y decidió emigrar hacia el sur. Su partida fue triste porque su esposa, aburrida quizá de tantos descuidos conyugales a raíz de la permanente actividad política de su esposo, lo puso, en el peor momento, en la más difícil disyuntiva: yo o tu partido. Al final no sabía bien si había elegido al partido o su libertad de ser, lo cierto es que no podía convivir con alguien que no lo entendiera, ni estaba dispuesto a hacer sufrir a quien amaba, si esa persona no se sentía dispuesta a compartir su suerte. Viajó escondido en un camión hasta La Serena. De allí se fue a pie hasta Ovalle a la casa de unos parientes. No le duró mucho su buena estrella. En una redada detuvieron al dueño de casa. Decidió seguir hacia el sur, se fue a pie orillando el camino. Se sentía enfermo. Tenía fiebre y le daban vómitos. No podía caminar. Estuvo tendido un par de días bajo unos matorrales junto a la carretera. Débil y mareado decidió pedir auxilio en una casa cercana.

Los campesinos lo acogieron con mucha amabilidad. Lo alimentaron y le proporcionaron medicinas. Cuando ya se sintió bien dieron cabida para que les contara sus penurias. El ajedrecista les contó cuál era su problema. Los campesinos no hicieron más preguntas y le pidieron que se quedara con ellos.

Les ayudaba en los quehaceres del campo. Los campesinos agradecían esa ayuda, tenían que trabajar muy duro para sobrevivir. Una tarde llegó al lugar una joven que venía de La Serena. Era la hija del matrimonio, que estudiaba en la Universidad. Pronto se hicieron amigos. Ella había trabajado con la juventud allendista, como independiente de izquierda.

Una mañana la joven invitó al ajedrecista a pasear por el campo. Lo llevó por senderos de cabras hasta un valle pequeño en cuyo fondo corría un riachuelo, que saltaba entre grandes rocas horadándolas caprichosamente. A veces el esmirriado torrente hacía remansos bajo frescos sauces. En una gran roca el riachuelo había moldeado una piscina natural, donde el agua, bajo el sol constante, se calentaba.

—Este es el Baño del Inca —le dijo la joven al ajedrecista, medio boquiabierto ante tanta belleza.

—Mira esos dibujos en las rocas, son petroglifos.

—¿Petro qué? —preguntó asombrado.

—Petroglifos, son dibujos en las rocas que hacían artistas de antiguos pueblos, en este caso los incas. Dicen que por aquí pasaba el Camino del Inca hacia el sur y este era un lugar de descanso.

En el valle, había infinidad de extraños dibujos. Unas piedras lisas tenían varios huecos. Son las piedras tacitas —aclaró la joven.

El ajedrecista no tenía idea de la existencia de ese lugar que lo subyugaba. ¿Qué significado tendrían esa especie de jeroglíficos?

Recorrieron el valle tomados de la mano. La joven trataba de vencer la timidez del ajedrecista. Sentados ante la poza de agua, fue ella la que acarició el rostro del hombre hasta que sus labios se encontraron. En el valle reinaba la soledad, solo el agua cristalina y el aire entre las hojas rompían el silencio. Se quedaron dormidos. Al despertar, el ajedrecista se dio cuenta de que la joven no estaba a su lado, asombrado vio sus ropas tiradas junto a él. Al erguirse pudo observar a la joven que se sumergía desnuda en el Baño del Inca.

—Ven —dijo la joven—, báñate conmigo.

Tal vez en un tiempo remoto algún señor del norte, un príncipe, rodeado de su séquito de soldados y cortesanos, se detuvo a descansar en este mismo lugar y se bañó en estas mismas aguas. Era el misterio del tiempo que envolvía al ser humano el que lo acogía para la sublimación de su amor.

—¿Sabes cómo se llama este valle? —preguntó la joven, mientras se apegaba al ajedrecista—. Se llama el Valle del Encanto.

Desde ese día ya no se separaron. Varias veces, de día o de noche bajo la luz de la luna acudían al lugar.

La joven tenía que seguir sus estudios y se llevó al ajedrecista a La Serena. Pronto se ligaron con el partido, pero su actividad no duró mucho. Un día llegaron unos aviadores, que conocían el domicilio exacto de muchos comunistas y se los llevaron a todos a Santiago.

Los militares después de un primer interrogatorio le ofrecieron a la joven que se fuera a su casa, pero ella no quiso, deseaba seguir la misma suerte del ajedrecista, por ello se la llevaron a la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea de Chile.

Fernando lo escuchaba con atención; emocionado, le preguntó:

—¿Y por qué se cepillaban tanto el pelo en la Academia?

La respuesta lo dejó asombrado. En realidad, el de las piezas de ajedrez era muy hábil con las manos. Los dientes del cepillo estaban incrustados en una goma flexible. Al tirar de los dientes, que eran una especie de alfileres, se levantaba la goma y dejaba al descubierto un pequeño espacio. Él y su compañera se habían conseguido lápices con el pretexto de solucionar crucigramas. De esa manera se escribían cartas de amor que enviaban dentro del cepillo.

Terminada su explicación, rieron con alegría, pero pronto volvieron a caer en una meditación abrumadora.

—De dónde aparecieron tantos seres miserables, que se ensañan con sus semejantes, que abusan de la dignidad, de la vida, que

mienten con tanto desparpajo escudados tras una supuesta tradición de honorabilidad —meditó en voz alta el ajedrecista—. ¿Cómo un pueblo entero puede soportar y aceptar ser gobernados por tal calaña de gente? ¿Cuántos se habrán vendido a los nuevos amos? ¿Quiénes serán los que habitan las *suites* de la Academia de Guerra?

Luego discurría en silencio: resistir o morir. No cabía otra consigna posible. El gran culpable, el organizador de todos los odios y vilezas, el conductor de los crímenes, el embaucador de la nación estaba en la cúspide del poder. El gran traidor algún día debía pagar sus crímenes. Será un camino largo y difícil, pero en algún recodo se encontrará la verdad y cueste lo que cueste, tendrá que hacerse justicia.

Pasaban las horas. Por alguna razón, tal vez por pura intuición, se sentía fortalecido. Ya no era el provinciano tomado por sorpresa, había crecido. Los mismos torturadores, que se esforzaron en hacerlo desistir de sus convicciones, lo habían hecho definir su camino. Si solo un puñado de prisioneros tomara tal determinación, el estado de injusticia que hoy impera en el país no podrá ser eterno. Estaba convencido de que miles se disponían a continuar con decisión el camino que habían abrazado. Y estaba seguro: afuera de las cárceles y campos de concentración seguía la batalla sin cuartel contra la tiranía, aún dispersa, aún débil pero es el ejemplo que se necesita. Los combatientes de hoy —pensaba— serán héroes anónimos, hombres sencillos que no dudan en exponer sus vidas, los que resisten. No buscan nada para sí: ni poder, ni monumentos, ni homenajes, buscan la liberación del ser humano.

No estaba bajo su control vaticinar cuánto tiempo más habría de permanecer prisionero, pero ya tenía claro el objetivo que lo mantenía alerta, para seguir viviendo.

Con todo, se sentía mejor que en la Academia, estaba acompañado por el ajedrecista, eso no era consuelo, pero tenían la posibilidad de conversar largamente, dejar que las ideas fluyeran

libremente en una conversación amena. La incomunicación del ser humano es un castigo terrible —pensaba.

Se recostó sobre el piso de tierra de la celda. Sentía su olor y su consistencia tan humana como la había sentido siempre, desde su infancia campesina. La tierra es vida más allá de la muerte, es también la madre y la resurrección de todo. Su padre yacía en la tierra, ¿qué habría hecho si hubiese vivido esta situación? Lo recordaba un luchador, que no alcanzó a ver el triunfo de Allende tan anhelado y tampoco su derrota. Tu hijo quiere continuar —se dijo— a fin de convertir en realidad tus sueños, que hoy también son los míos. Su padre no había sido un comunista, pero sí un revolucionario…

XXVIII

Tal vez anarquista, más que por abrazar una ideología, por las circunstancias en que se incorporó a la lucha. La historia paterna la había escuchado primero de su madre, casi como un secreto de familia; después había conocido rasgos inéditos cuando en una oportunidad, acompañando a su padre al bar del pequeño pueblo que visitaban una vez a la semana, este se juntó con algunos de los protagonistas de aquella historia y en medio de la comida y los tragos recordaron uno u otro hecho.

Eran veteranos de la insurrección de la Armada ocurrida el año 31. Toda una explosión, ante los malos tratos del alto mando y la oficialidad. Suboficiales, clases y managuás reclamaban por los bajos salarios y ya no querían seguir siendo instrumento de represión contra el pueblo. Solidarizaron especialmente con las luchas de los trabajadores de los puertos. Eran momentos de crisis. El levantamiento se había producido en Coquimbo, Valparaíso y Talcahuano. Su padre, suboficial de instrucción, se desempeñaba en la Escuela de Torpedos en la Península de Tumbes.

La insurrección fue como una ola gigantesca: de la noche a la mañana los marinos se tomaron los buques de guerra y las dependencias de la Armada, hicieron prisioneros a los oficiales y eligieron a sus dirigentes en forma democrática, para que asumieran el mando. Fueron elegidos nueve suboficiales, entre ellos su padre. Los marinos apostados en tierra tomaron posiciones en los cerros

para repeler los ataques del ejército. En los regimientos se engañaba a los soldados asegurándoles que los peruanos pretendían invadir el país por los puertos.

—Caían como moscas, los pobres —recordaba el relato de alguno de los contertulios—, los hacían entrar desfilando por entre los cerros, daba lástima dispararles.

Acuartelaron a los regimientos, entre ellos el Húsares de Angol, en el hipódromo de Talcahuano. No quisieron bombardearlos con las baterías de los barcos de guerra, habría sido una masacre. Pero el hecho de no contar con oficiales comprometidos en el levantamiento, malogró la mejor sincronización, y, sobre todo, la colaboración de los buques de guerra. Tampoco los alentaba la idea de la toma del poder, el alzamiento no alcanzó a transformarse en decisión política.

El gobierno ofreció parlamentar con los insurrectos de Talcahuano. Los marinos aceptaron y enviaron a sus cabecillas premunidos de bandera blanca y acompañados por una patrulla a Talcahuano. Había un acuerdo de caballeros propiciado por los militares de respetar el alto al fuego y no hacer ningún acto ofensivo mientras duraban las conversaciones. Sin embargo, apenas los suboficiales se alejaron de sus posiciones y entraron en el campo enemigo, fueron hechos prisioneros. En Coquimbo y Valparaíso, con la ayuda de la aviación y también con promesas de parlamentar, la insurrección había sido derrotada. La desmoralización cundió rápidamente y los buques fueron devueltos a los oficiales.

Los nueve fueron sometidos a Consejo de Guerra y condenados a muerte. Mientras esperaban que se aplicara la sentencia, los condenados iniciaron una huelga de hambre indefinida. Uno de ellos murió. Fernando conoció una foto de los condenados en la que aparecían flacos y desmedrados físicamente.

—Estábamos todos cubiertos de piojos —aseguró otro exmarino.

El clamor popular les salvó la vida. Cayó el gabinete. La Corte Marcial les conmuto la pena de muerte y les concedió la libertad. Fueron, sin embargo, exonerados y ante todo el contingente formado fueron degradados, con una espada cortaron los botones y las charreteras de sus uniformes.

—¿Por qué peleaba, papá? —le preguntó Fernando.

—Hijo, en ese instante no lo sabía. Ahora sé que luchaba por los oprimidos, por los pobres y que luchaba contra los poderosos de siempre en este país; contra los que lo tienen todo y son capaces de matar, para defender su *status*. A un hombre sencillo le resulta difícil usar las armas, le pesa actuar con violencia, pero en algunos casos no solo es necesario, sino que es imprescindible. Yo sentía esa injusticia tan grande, por eso me rebelé y te juro, hijo, que jamás me arrepentiré de ello.

Habían sido palabras muy hermosas, discurría Fernando varias décadas más tarde: conceptos con plena validez, que alguna vez quisiera repetírselos a mis hijos.

XXIX

Ruidos de una llave que abría la puerta de la celda interrumpió sus recuerdos. Un carabinero les ordenó que salieran. Iban llegando al *hall* de entrada del subterráneo cuando se encontraron con un hombre de edad, manco de un brazo, que los saludó con afecto.

—Yo soy el presidente del Consejo de Ancianos del campo. Hemos logrado que el comandante Pacheco los deje libre de castigo. Vamos para adentro.

Se abrió un portón y de sopetón se encontraron en un gran patio interior, con suelo de tierra pelada. Cientos de prisioneros se apretujaban bajo el sol quemante, sentados o caminando de un lado para otro. Una avalancha de ellos se acercó a Fernando abrazándolo y felicitándolo.

De entre el tumulto se le acercaron dos caras conocidas, coterráneos. El primero, un joven socialista, alto, fornido, arrogante, que cuando triunfó Allende, premunido de una bandera, se puso al frente de una frenética caravana de vehículos que daba vueltas y vueltas a la Plaza de Armas de Valdivia. Gran admirador del Che, creía como nadie en la liberación de América Latina. Le costó reconocerlo ahora, algo empequeñecido por las torturas. El joven lo abrazó con lágrimas en los ojos, mientras de sus bolsillos sacó un tubo con Vitamina C de las que entregaba la Cruz Roja y se la obsequió al nuevo habitante del campo, así le dio la bienvenida. El otro era un obrero de estirpe recia, dirigente de los trabajadores de

una empresa metal mecanica. Ante su presencia, Fernando no pudo evitar los sollozos. Habían luchado juntos por muchos años como dirigentes, primero de la juventud y después del partido. Se confundieron en un abrazo de hombres con recias palmadas a la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó el obrero—, yo quedé cagado de la columna.

Pronto se les sumó un hombre fornido:

—Bienvenido, compañero —exclamó con voz recia, abrazando también a Fernando—. Yo soy el Respe —se presentó, acompañando las palabras con un gesto de su mano empuñada, que dejaba libres y extendidos los dedos pulgar e índice que de esa manera ponía a un par de centímetros de su bigote. Tal gesto formaba parte de la jerga carcelaria. Fernando lo reconoció, había sido subdirector de Investigaciones.

Algo alejado, con un cierto aire de melancolía, enflaquecido como un palote, se encontraba el senador con el cual trataron de vincularlo. Se acercó con una sonrisa que resaltaba unos muy cuidados bigotes, lo saludó con afabilidad:

—¿Cómo está, compañerito?... después conversaremos —dijo, alejándose con sus cavilaciones.

Había muchos conocidos, tanto ellos como los desconocidos le ofrecían fruta, comida, ropa limpia. Se plasmaba una solidaridad humana inmensa. De entre el grupo apareció Jacinto con un plato de fruta picada revuelta con leche condensada y se la obsequió de inmediato a Fernando.

—Cómo estás pu's viejo, hay que recomponerse altiro, esta fruta está buenísima.

—Hola, Jacinto, te das cuenta en el lío que me metiste y a pesar de ello yo no te eché al agua —saludó bromeando.

—Lo sé, lo sé, ja, ja... Pero estos huevones sabían todo, se la entregamos en bandeja. Hay que mandarle a decir la firme a los viejos para que se cuiden.

Siguieron conversando animadamente, hasta que fueron interrumpidos por un grupo de prisioneros de rostros muy tristes que se presentaron con sus nombres.

—Compañero, como usted viene llegando le queremos preguntar si en el lugar donde estuvo detenido vio a alguno de los compañeros que le vamos a nombrar. No sabemos nada de ellos y están desaparecidos, después de haber sido detenidos.

Fueron entregando muchos nombres. Fernando no había visto a ninguno. Les habló de José y de aquel que había caído, a su lado, fulminado por las torturas, en la Academia. Observaba como la esperanza se iba borrando de los rostros. Se acabaron las preguntas y se quedaron todos meditabundos.

XXX

Esa noche, Año Nuevo, aunque la retirada a las celdas era a las ocho, nadie pudo impedir que a la medianoche se abrieran las puertas y se abrazaran cantando el Himno Nacional.

A las siete de la mañana siguiente, todos estaban formados en el patio para la revista matinal.

El comandante Pacheco se paró delante de todos.

—Prisioneros, buenos días —exclamó con voz marcial.

—Buenos días, comandante —respondieron todos. Era la regla; de no ser cumplida seguro que castigaban al Consejo de Ancianos o a quien se le ocurriera al comandante.

—Feliz Año Nuevo —exclamó de nuevo.

Nadie contestó.

El comandante no se dio por enterado. Después de un silencio algo embarazoso, continuó hablando:

—¿Por qué será que en las mañanas cuando me lavo los dientes me dan arcadas? —dijo en son de pregunta.

—Por asesino —contestó una voz anónima, a lo que todos se rieron.

—¿Dije algún chiste? —preguntó el comandante desafiante.

Nuevamente silencio. Los carabineros pasaron lista. Después los prisioneros se fueron a tomar desayuno. Pero antes que alcanzaran a hacer nada, ingresó al campo un piquete de guardias.

—Todos a sus celdas, todos a sus celdas, revisión.

El comandante Pacheco, acompañado por un séquito de oficiales y suboficiales, entre ellos uno que apodaban el Cuervo, empezó a revisar camas, alimentos, libros, y a retirar una gran cantidad de pertenencias de los prisioneros. Castigó indiscriminadamente con la suspensión de la visita a la mitad de ellos, a otros los mandó a lavar los baños de la guardia. Al final todos debieron salir y quedarse parados bajo el sol hiriente, en silencio. Era una venganza por la afrenta recibida durante la revista.

De pronto, Fernando se sintió embargado por una gozosa alegría: no me equivoco, la resistencia está aquí mismo. Quizá este sol quemante será el símbolo de las futuras luchas por la libertad.

Lo sucedido en sus momentos iniciales en Tres Álamos y estos atropellos se le antojaban un buen comienzò. El primer día de enero y el año que recién nacía entregaban un saludo a este hombre, el mismo que había ingresado prisionero, y que también ahora era otro, pues el subterráneo de la Academia de Guerra había forjado a un ser humano diferente, que comenzaba a caminar de nuevo.

Epílogo inconcluso

Casi treinta años más tarde, una mañana de cielo azul, avanzó una caravana de autos, desde el Noveno Juzgado del crimen, hacia el barrio alto de Santiago, que ya no era el mismo. Sin embargo, las dos mujeres y el hombre, a los que escoltaban los policías de investigaciones, revivían intensamente los momentos de su detención y traslado hacia la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea. Iban a cumplir con la diligencia que se debía realizar para ratificar las denuncias sobre la desaparición de Luis Baeza, la muerte de Alfonso Carreño y los secuestros y torturas de varias decenas de prisioneros en la segunda mitad del año 1974.

En la misma entrada que habían traspasado vendados, engrillados y encañonados por pistolas afirmadas en su abdomen, los recibieron los guardias para guiarlos hacia el interior del recinto donde resplandecía un edificio pintado de blanco, que emergía como una mole tranquila y serena ante el trasfondo omnipresente que le prestaba la cordillera, como si nunca hubiera ocurrido nada en el fondo de sus entrañas.

Aunque habían pasado casi seis meses como prisioneros en el subterráneo del AGA, ninguno conocía visualmente su fachada principal.

La jueza pidió a la comitiva dirigirse hacia la parte posterior donde separadamente empezó a interrogar a cada uno de los tres sobrevivientes.

Fernando logró ver casi lo mismo que vio minutos antes de que lo vendaran. No estaban las barricadas con sacos de arena, ni las ametralladoras antiaéreas. No aparecían los guardias que aquella vez vislumbró agazapados entre el pasto. Pero pudo reconocer la puerta por donde introdujeron a Luis Baeza camino a su desaparición.

Hasta esa puerta él mismo había llegado entonces vendado y casi arrastrado por sus verdugos: Ahora lo hacía con sus ojos muy abiertos. Cada paso resonaba en su memoria. Al ingreso había olor a comida tal cual la sintió antaño y ahora supo que a los prisioneros los introducían al subterráneo pasando al lado de la cocina del casino de oficiales. Bajó los escalones sereno y frío, sujetando los latidos de su corazón. Ingresó enseguida en un pasillo estrecho y oscuro flanqueado por unos baños y la armería, hasta desembocar en un pasillo más ancho.

Recordaba que había presumido la existencia de una caldera, pero esta no aparecía. Por un momento pensó que sus sentidos lo habían engañado. Sin embargo, al preguntar la jueza si efectivamente existía una caldera, los oficiales de la Fuerza Aérea que la acompañaban abrieron una habitación ubicada casi al inicio del pasillo y allí la encontraron, ahora inactiva y callada.

Así fue armando el rompecabezas de sus recuerdos. Se acordó de un detalle preciso que le permitió establecer cuál había sido la celda donde permaneció más tiempo. El pasillo ancho era donde mantenían de pie, por horas y días, a los prisioneros, sin comer y sin dormir, propinándoles golpes, hasta que se volvían locos.

Las dos mujeres también iban reconociendo cada rincón del infierno. Ellas indicaron el lugar, al fondo del pasillo, transformado en oficinas, donde se instalaba junto a unos mesones la guardia de oficiales.

Parado en medio de todo, Fernando sentía de nuevo los gritos de angustia y dolor de los prisioneros, las imprecaciones de los

soldados, los olores nauseabundos, la miseria humana desfilando desde los muros, como fantasmas del horror vivido.

En el primero y segundo piso descubrieron las oficinas donde interrogaba y decidía la suerte de los prisioneros el comandante Cabezas.

Faltaba aún señalar el lugar donde los uniformados torturaban a los prisioneros con corriente eléctrica y otros métodos deleznables. Fernando recordó que cuando lo sacaban del subterráneo para someterlo a tortura, lo hacían caminar por un patio, no más de unas decenas de pasos, hasta introducirlo a una habitación donde le aplicaban electricidad. Esta habitación no podía encontrase más allá de un ala posterior del edificio.

De nuevo se sorprendió, porque al entrar al lugar que presentía fue el de tortura, lo que vio fue una amplia sala, serenamente iluminada, que servía de capilla. Caminó desconcertado hacia el altar pensando que se había equivocado. Después de unos minutos de duda y meditación, preguntó si había algún espacio tras el altar. Los militares respondieron que allí estaba la sacristía.

Su instinto no lo había engañado, tras el altar se encontraron con una sala de concreto rústico, enteramente pintada de negro, incluyendo el piso, que tenía una salida directa, ahora clausurada, hacia otras habitaciones que daban al patio. Casi como en un sueño recordaba esa negrura pavorosa en medio de la cual lo interrogaron varias veces, y en especial cuando una vez, después de aplicarle corriente hasta hacerle perder la conciencia, lo tiraron en una celda para que se muriera.

Quizá fue el momento culminante del reconocimiento de la escena de tanta acción criminal. Tuvieron que esperar después en el amplio *hall* de entrada del edificio. Unas añejas flores artificiales puestas sobre una mesa de centro no podían disimular el polvo diseminado sobre la cubierta. Varias fotos de los directores de la

Academia le parecían a Fernando acordes con la ornamentación, tan lejos de la vida.

Rosa le contó a Fernando cómo el comandante Cabezas se instalaba en su casa, donde su hijo permanecía solo, y jugaba ajedrez con él por horas y horas, esperando que alguien cayera en su trampa. El niño se las había arreglado para hacerles saber a los vecinos que debían alertar de los peligros a todo el que se acercara.

Unos meses antes de ser conducido a la Academia de Guerra lo habían careado con el mismísimo Cabezas, que parecía otro y ocultaba muy bien su otrora arrogante y jactanciosa posición de torturador, más bien parecía un adulador cínico y cobarde tratando de liberarse de sus responsabilidades de manera retorcida. Fernando, del odio, había pasado al desprecio más absoluto hacia tal personaje.

Ese día de cielo azul, pensaba cómo podía sentir orgullo institucional la Fuerza Aérea, incapaz de reconocer que en su propia Academia sometió a la tortura y provocó la muerte de tantos compatriotas. También se preguntaba si el juicio en el cual estaba declarando como testigo, tendría algún resultado...

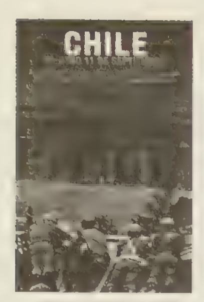
Guillermo Teillier



DISCURSOS ANTE EL SENADO
Soy un escritor elegido senador por los obreros
Pablo Neruda

La labor parlamentaria de Neruda, desconocida para la mayor parte de los lectores que a lo largo y ancho del mundo transitan por su obra poética, estuvo consagrada a combatir los abusos de la oligarquía criolla y la injerencia imperialista, y a defender los derechos de los trabajadores chilenos.

156 páginas, 2012, ISBN 978-1-921700-53-8



CHILE: EL OTRO 11 DE SEPTIEMBRE
Una antología de reflexiones del golpe de Estado en 1973

Una antología de ensayos sobre el 11 de septiembre de 1973, fecha del golpe de Estado que derribó el gobierno democrático de Salvador Allende en Chile. Incluye una cronología del contexto chileno entre 1970 y 1973; y las palabras de Ariel Dorfman; de Joan Jara; de Beatriz Allende, y de Fidel Castro.

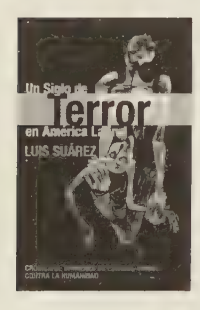
82 páginas, 2006, ISBN 978-1-920888-81-7



FASCISMOS PARALELOS
El golpe de Estado en Chile
Jorge Timossi

Los ataques terroristas a las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001, en Nueva York, motiva este volumen de Jorge Timossi donde reúne relatos, discursos y documentos jurídicos sobre otro momento dramático de la historia continental: el golpe de Estado contra el presidente chileno Salvador Allende en 1973.

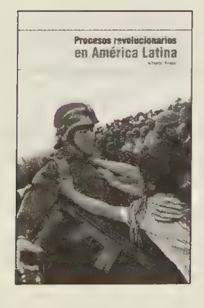
273 páginas, 2007, ISBN 978-1-921235-11-5



UN SIGLO DE TERROR EN AMÉRICA LATINA
Crónica de crímenes de Estados Unidos contra la humanidad
Luis Suárez

Una visión panorámica de la historia de las intervenciones y crímenes de guerra de los Estados Unidos en América Latina. Este volumen documenta los desafíos que para las naciones latinoamericanas ha representado el modelo de dominación imperialista de los Estados Unidos durante los últimos cien años.

591 páginas, 2006, ISBN 978-1-920888-49-7

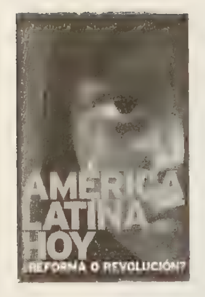


PROCESOS REVOLUCIONARIOS EN AMÉRICA LATINA
Alberto Prieto

Una inspiradora travesía por la historia de los procesos revolucionarios de América Latina iluminada por Túpac Amaru, Hidalgo, Martí, Bolívar, Miranda y San Martín, Mariátegui, Sandino y el Che. Las insurrecciones y revueltas en el siglo XVIII, la avalancha independentista, las transformaciones democráticas y antiimperialistas, el influjo de la Revolución Cubana, el Sandinismo y el nuevo auge revolucionario y democrático en nuestra región quedan registrados en sus páginas.

360 páginas, 2009, ISBN 978-1-921438-26-4

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR

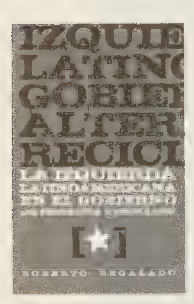


AMÉRICA LATINA HOY: ¿REFORMA O REVOLUCIÓN?

Coordinado por Germán Rodas / Edición y presentación de Roberto Regalado

En medio del confuso clima creado por el fin de la bipolaridad, fue acuñada la frase «búsqueda de alternativas». Para una parte de la izquierda política, esa noción sepultaba los conceptos de *poder, revolución* y *socialismo*. La editorial Ocean Sur invitó a un grupo de politólogos y dirigentes políticos a reflexionar sobre el tema «América Latina hoy: ¿reforma o revolución?».

259 páginas, 2009, ISBN 978-1-921438-72-1



LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA EN EL GOBIERNO: ¿ALTERNATIVA O RECICLAJE?

Roberto Regalado

Transcurridos trece años de la primera elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela y con más de una docena de gobiernos en Centro y Sudamérica considerados de izquierda o progresistas, ya no basta con hablar de «nuevos» movimientos sociales y de la «búsqueda» de alternativas de izquierda.

259 páginas, 2012, ISBN 978-1-921700-45-3



SER UN JOVEN COMUNISTA
Cinco textos para la juventud chilena

Pablo Neruda, Salvador Allende, Gladys Marín, Ernesto Che Guevara, Fidel Castro

«Los jóvenes deben también aprender a ser jóvenes, y esto no es tan sencillo [...] la vida, mientras más serios problemas nos propone, mientras más difícil sea el descubrimiento de nuestro camino, cuanto más grave sea el sentimiento de la injusticia social, más razones tenemos para sentirnos dignos de nuestra responsabilidad». —*Pablo Neruda*

80 páginas, 2012, ISBN 978-1-921700-42-2



MANIFIESTO COMUNISTA

Carlos Marx, Federico Engels
Prólogo de Armando Hart

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos solo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios nada tienen que perder en ella, más que sus cadenas. Tienen en cambio, un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!

58 páginas, 2012, ISBN 978-1-921700-46-0

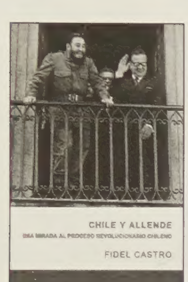
OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



CHE GUEVARA PRESENTE
Una antología mínima
Ernesto Che Guevara
Compilación y prólogo de David Deutschmann y Ma. del Carmen Ariet

Reúne escritos, ensayos, discursos y epistolario que revelan aristas sobresalientes del pensamiento teórico y práctico del Che acerca de la lucha revolucionaria, sus conceptos de cómo construir el socialismo en sociedades subdesarrolladas, su rol en la política exterior cubana y su solidaridad e internacionalismo.

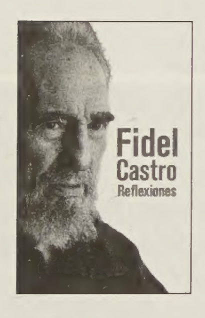
453 páginas, 2004, ISBN 978-1-876175-93-1



CHILE Y ALLENDE
Una mirada al proceso revolucionario chileno
Fidel Castro

En noviembre de 1971, Fidel Castro, realizó un recorrido por el Chile gobernado por el presidente Salvador Allende. Esta visita era el símbolo de un abrazo entre dos formas de lucha: la conquista del poder en Cuba mediante la guerra de guerrillas y el triunfo electoral de la Unidad Popular en Chile.

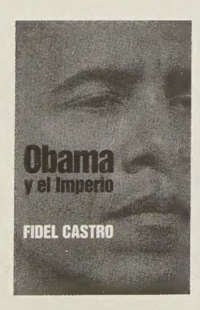
316 páginas, 2009, ISBN 978-1-921235-42-9



REFLEXIONES
Fidel Castro

Las Reflexiones de Fidel Castro, cuyo impacto internacional las ha situado desde el 2007 en la portada de los principales medios de información del mundo, combinan el acercamiento crítico al acontecer actual, con la memoria de uno de los mayores ideólogos revolucionarios de todos los tiempos.

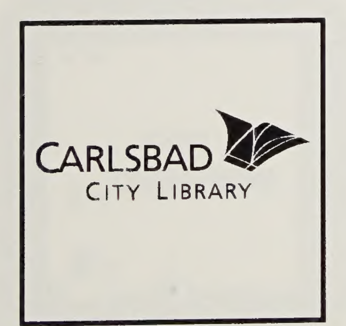
321 páginas, 2010, ISBN 978-1-921438-71-4

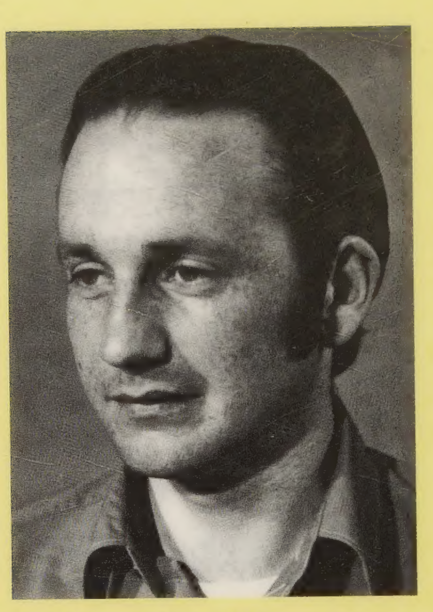


OBAMA Y EL IMPERIO
Fidel Castro

¿Cómo caracterizar la elección de Obama a la presidencia de los Estados Unidos y cómo evaluar su desempeño durante el primer año en el cargo? Una de las figuras de estatura mundial mejor calificadas para dar respuesta a estas interrogantes es Fidel Castro Ruz. Este volumen incluye todas las Reflexiones sobre Obama y su política divulgadas por el líder cubano desde 2008 hasta 2010.

141 páginas, 2011, ISBN 978-1-921700-00-2



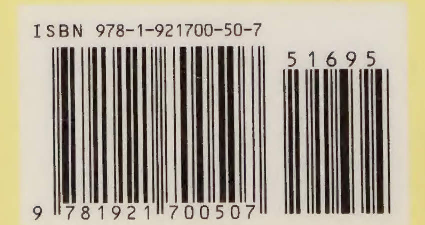


Guillermo Teillier, 1973

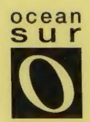
De academias y subterráneos es el relato de la experiencia individual y colectiva que conmovió la sociedad chilena después del golpe de Estado militar del 11 de septiembre de 1973 contra el gobierno de la Unidad Popular.

Guillermo Teillier —presidente del Partido Comunista de Chile y diputado— narra sus propias vivencias (bajo el nombre de Fernando) en un país en el que las Fuerzas Armadas sostienen un conflicto interno y han convertido los subterráneos de la Academia de Guerra en laboratorios de tortura. Allí intentan, clandestinamente, socavar, denigrar y aplastar al ser humano en un proceso corrosivo que afecta a la víctima y al victimario, y que deja profundas marcas en todo un pueblo.

ISBN 978-1-921700-50-7







US$16.95
www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au